

**DE SÚBDITO OTOMANO A NATURAL COLOMBIANO: CRÓNICA HISTÓRICA DE
UN MIGRANTE SIRIO EN COLOMBIA.**

MATEO VIACINI LÓPEZ GARCÍA

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
FACULTAD DE HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES
LÍNEA DE ENSEÑANZA DE LA HISTORIA
BOGOTÁ D.C**

2025

**DE SÚBDITO OTOMANO A NATURAL COLOMBIANO: CRÓNICA HISTÓRICA DE
UN MIGRANTE SIRIO EN COLOMBIA.**

Por

MATEO VIACINI LÓPEZ GARCÍA

Código: 2021260028

Trabajo para optar el título de:

Licenciado en Ciencias Sociales.

Dirigido por

DRA. OLGA MARLENE SÁNCHEZ

**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL
FACULTAD DE HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES
LÍNEA DE ENSEÑANZA DE LA HISTORIA
BOGOTÁ D.C**

2025

Dedicatoria

Dedico este trabajo a mis abuelos, en especial a la señora Patricia Muñoz y a don Álvaro García, por siempre creer que algo interesante podía salir de mi cabeza. Por cuidarme cuando era un niño y dotarme de un millón de historias que nutrieron mi imaginación. La deuda es eterna con ustedes, mis viejos.

A mi compañera de vida, Daniela Miranda Murcia, por creer en mi escritura y en que este proyecto tenía futuro. Por sus consejos sabios y sus abrazos complacientes. Por resistir la adversidad en los momentos más oscuros y llenar siempre mi rostro de una sonrisa.

Y, por último, a la maestra Marlene, por confiar en mí y por su ayuda incondicional. Siempre la recordaré, maestra. A usted, mis más profundos respetos.

Agradecimientos

Agradezco a Daniela; sin ti, sencillamente, nada habría sido igual. Gracias por recomendarme el libro que sirvió de epifanía para realizar esta crónica, por tus correcciones de estilo y por tu dedicada labor de edición.

También a Rubi, por apoyarnos económica y moralmente cuando nos veíamos desfallecer ante la incertidumbre. Sin su ayuda, no habría podido sentarme a escribir este texto.

A la señora Mildreck Ramírez, por brindarnos alimento, hogar y buenos consejos que, en últimas, permitieron mantener mi estómago lleno mientras investigaba.

A don Javier, por todos los libros regalados, por prestarme sus buenos consejos y por narrarme fabulosas historias que me inspiraron a seguir escribiendo.

Al profesor Pablo Nieto por su valioso consejo de leer a Walter Benjamin; de lo contrario, no habría sido posible construir la figura del narrador contemplativo.

Por supuesto, a la maestra Marlene, por enseñarme las bases de la investigación histórica.

Y, por último, agradezco a José Fayad por permitirme contar su historia.

Calle de las carretas

A Mustafá Kemal, muy afectuosamente.

Locales y locales y locales de turcos y más turcos... ¿Quién diría que sin fez y con fines comerciales se nos volcase allí media Turquía, para vender botones con ojales y ojales sin botones?...

Y de día merendar, entre agujas y dedales, quibbe, pepino, rábano, sandía!... Y en tanto, milenarias, indiscretas, las carretas aún violan esa faja que han invadido Estambul y el sol abrume, pues no han muerto esas fósiles carretas, como aún viven, después de la tinaja y el lebrillo, el anafe y la totuma!...

Luis Carlos López Escauriaza (2009, p. 65)

TABLA DE CONTENIDO

1. INTRODUCCIÓN	8
1.1 Delimitación del problema	9
1.2 Pregunta de investigación	10
1.3 Objetivo general	10
1.4 Objetivos específicos	11
CAPITULO 1: ESTUDIOS SOBRE LAS MIGRACIONES SIRIO, LIBANESES Y PALESTINAS A COLOMBIA (1880 – 1930)	13
Discusiones y debates en torno a las migraciones sirio, libanesas y palestinas	13
Investigaciones históricas	14
Estudios de la Comunicación Social	21
Estudios Políticos	23
Referentes Conceptuales	25
La Crónica Histórica: La Fusión Indicada para Narrar los Acontecimientos	26
La Historia es narrativa. Debe, por tanto, ser narrada.	28
Historia y literatura: Una distancia paradójica.	30
El narrador histórico: entre memoria, archivo y verosimilitud	32
Conclusión: el narrador contemplativo hace Historia.	34
Marco Metodológico	35
CAPITULO 2: DEL CANDENTE HEDOR DE LA SANGRE Y LA ARENA, AL CARIBE COLOMBIANO.	41
Sirios, libaneses y palestinos. El proceso de emigración en oriente a la inmigración en el sur.	41
Antecedentes de la llegada	41
El proceso de asentamiento de los sirios palestino y libanes en Colombia desde 1880 hasta 1930	48
Del conflicto al azar del paraíso	49
Sobre el asentamiento y la formación de un imperio	52
El Caribe Medio Oriental	56
La Lorica turca y sus alrededores.	61
CAPITULO 3: DE SÚBDITO OTOMANO A NATURAL COLOMBIANO.	68
CAPITULO 4: SISTEMATIZACION DE LA EXPERIENCIA DE FORMACION	137
CONCLUSIONES	146
BIBLIOGRAFÍA	148
Fuentes primarias	151

TABLA DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1 . Ruta tentativa por los primeros migrantes del territorio	51
Ilustración 2 . Número de habitantes de Lorica, Tolú, Montería y Cereté	66
Ilustración 3 . Vista de Beirut en la cumbre del Monte Líbano en el siglo XIX	69
7	
Ilustración 5 . Calle de las Carretas	75
Ilustración 6 . Vista del puerto de Marsella, finales del siglo XIX	80
7	
Ilustración 8 . Artículo de prensa sobre Vapores Franceses	82
Ilustración 9 . Artículo de prensa sobre la empresa de <i>Pacini Hermanos</i>	85
Ilustración 10 . Artículo de prensa sobre el alquiler de la parte más alta del señor M. I. Mebarack	86
Ilustración 11 . Novios libanenses	90
Ilustración 12 . Carta de naturaleza de Salomón Fayad	94
Ilustración 13 . Concepto de la gobernación favorable sobre la solicitud de Salomón	94
¡Error! La referencia de hipervínculo no es válida.	
Ilustración 15 . Concepto del secretario de gobierno favorable, pero al revés de la hoja	96
Ilustración 16 . Club de libaneses	97
Ilustración 17 . María de la Concepción Saleme Franco	100
Ilustración 18 . Navegabilidad por el Sinú	102
Ilustración 19 . Casa de los Saleme	103
Ilustración 20 . Certificado expedido por el alcalde de Tocaima	110
Ilustración 21 . Carta escrita por José Fayad al ministro de relaciones exteriores, Tocaima	111
Ilustración 22 . Concepto de Zoilo Cuellar sobre Fayad	112
Ilustración 23 . Concepto del prebítero de Tocaima sobre Fayad	115
Ilustración 24 . Concepto del Párroco José Espiga sobre Fayad	116
Ilustración 25 . Concepto de la Gobernación	117
Ilustración 26 . Concepto del ministro	119
Ilustración 27 . Declaración de Muyamar	121
Ilustración 28 . Nota de citación de declaración juramentada por parte del gobernador	124
Ilustración 29 . Carta del ministerio a la gobernación de Cundinamarca, expresando que no se ha devuelto el expediente con el adjunto de las pruebas.	130
Ilustración 30 . Carta de la encargada de correspondencia Lucia Ventinovolt	131

1. INTRODUCCIÓN

Las migraciones procedentes de Damasco, Beirut y otras ciudades del Levante hacia Colombia constituyen un campo de estudio que sigue exigiendo aproximaciones sensibles y metodologías variadas. Esta investigación propone una crónica histórica centrada en la figura de José Fayad como dispositivo analítico y narrativo para comprender las trayectorias de llegada, las prácticas comerciales y los procesos de naturalización que caracterizan la primera oleada de migrantes sirio-libaneses y palestinos en Colombia. La crónica, entendida aquí como método y como género, permite recuperar tanto los hechos documentados como las sensaciones, las incertidumbres y las prácticas cotidianas que los archivos por sí solos no siempre revelan.

En el balance del estado del arte se observa que la revisión de fuentes historiográficas en torno a las migraciones árabes en Colombia permite ampliar el panorama sobre la llegada, la adaptación y la configuración de formas de sociabilidad basadas en la complicidad connacional. Los estudios desde la comunicación social, por su parte, muestran un posicionamiento de privilegio que persiste en ámbitos públicos y mediáticos, y en los estudios políticos esa visibilidad encuentra reafirmaciones manifiestas. Sin embargo, las investigaciones continúan relegando a los migrantes que no figuraron con plenitud en las escenas públicas ni en los espacios empresariales del poder.

Aun así, cada trabajo aporta —a su manera— una reconstrucción imaginaria de cómo pudo haber sido esa experiencia migrante; ese gesto resulta clave para la realización de la crónica histórica que aquí se propone. La presente crónica busca dar vida a esos vacíos y silencios y mostrar una diáspora completa: una que no inicia necesariamente en el Caribe —como plantean la mayoría de los estudios—, sino en Beirut o en Damasco; y que no concluye en los asentamientos ribereños, sino que asciende hacia la montaña andina, reivindicando la vida del sujeto desde sus propios viajes.

Con base en lo anterior, este trabajo articula fuentes primarias (cartas de naturaleza, expedientes de migración, prensa hemerográfica, fotografías, registros notariales y testimonios orales) con referentes teóricos que hacen posible una crónica histórica reflexiva: la noción del narrador contemplativo, los debates sobre memoria y narración, y las conversaciones entre historia y literatura. La intención es demostrar que la crónica puede ser un instrumento válido y riguroso para la producción de conocimiento histórico, siempre que combine la exigencia de las fuentes con la responsabilidad hermenéutica del narrador.

1.1 Delimitación del problema

La investigación se concentra en la dificultad de atender, desde la historia académica tradicional, a las trayectorias vitales de aquellos migrantes levantinos que no alcanzan visibilidad pública pero cuya experiencia es constitutiva de dinámicas sociales y económicas locales. El problema que se delimita es, en términos prácticos: la ausencia o marginalización de las biografías cotidianas en los estudios sobre migración árabe en Colombia, y la necesidad de explorar cómo esos itinerarios personales (comerciales, legales, familiares) configuran procesos de integración y disputa cultural.

La investigación se centra en una trayectoria de vida concreta (José Fayad y su red familiar, incluyendo a Salomón Fayad), enmarcada temporalmente entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX (la primera oleada migratoria levantina a Colombia). Espacialmente, la pesquisa abarca el tránsito inicial desde Damasco y Beirut, la llegada y asentamiento en el Caribe colombiano (Cartagena, puertos del Sinú) y la posterior movilidad interior (ascenso hacia la región andina y asentamiento en Bogotá y otras localidades).

El caso individual funciona como una ventana: a partir de la biografía documental y de la imaginación informada por fuentes, se construye una crónica que articula la dimensión micro

(experiencias, relaciones comerciales, conflictos) con análisis macro (redes de comercio, mediación eclesial, procesos de naturalización). Teóricamente, la crónica se sostiene en la figura del narrador contemplativo, que combina la lectura atenta de archivos con la imaginación responsable para producir una historia verosímil y críticamente fundada.

El estudio se apoya principalmente en expedientes de cartas de naturaleza (AGN y otras series), prensa del periodo, archivos notariales, fuentes orales y secundarias. El alcance es analítico-reconstructivo y narrativo: no pretende generalizar cuantitativamente a toda la diáspora, pero sí ofrecer una reconstrucción plausible y documentada que permita comprender procesos y dinámicas que otras investigaciones han dejado en penumbra.

1.2 Pregunta de investigación

¿Cómo se configuran, entre finales del siglo XIX e inicios del XX, las trayectorias de llegada, las estrategias comerciales y los procesos de naturalización de los migrantes sirio-libaneses y palestinos que arribaron a Colombia —y de qué manera esas experiencias constituyen prácticas de sociabilidad y memoria que trascienden el ámbito ribereño para consolidarse en el interior colombiano—?

1.3 Objetivo general

- Reconstruir y analizar, mediante una crónica histórica centrada en el caso de José Fayad, las trayectorias de llegada, las relaciones comerciales y los procesos de naturalización de migrantes sirio-libaneses y palestinos en Colombia entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, para visibilizar prácticas cotidianas de sociabilidad, adaptación y memoria que han sido relegadas en la historiografía convencional.

1.4 Objetivos específicos

- Recuperar y ordenar el expediente documental del caso Fayad (cartas de naturaleza y fuentes asociadas), identificando nodos documentales relevantes para la reconstrucción biográfica.
- Caracterizar las estrategias comerciales y las redes de sociabilidad que articulan la presencia levantina en el Caribe colombiano y su tránsito hacia el interior del país.
- Analizar los procesos de naturalización registradas en las cartas de naturaleza y en la prensa, indagando el papel de mediaciones institucionales (Iglesia, consulados, autoridades locales).
- Producir una crónica histórica que articule fuentes primarias y secundarias, aplicando la categoría del narrador contemplativo como herramienta teórico-metodológica.

El texto se organiza en cuatro capítulos que articulan teoría, fuente y crónica. El Capítulo I presenta el estado del arte sobre las migraciones árabes en Colombia, ofrece el balance crítico de las investigaciones existentes y señala los vacíos que motiva esta crónica. reúne También los referentes conceptuales y metodológicos —la crónica histórica, la noción del narrador contemplativo y lecturas sobre memoria y narración— que sostienen la propuesta analítica. El Capítulo II es un análisis historiográfico partiendo de fuentes secundarias sobre la llegada de los migrantes levantinos y sus procesos de asentamiento en el caribe colombiano. El capítulo III despliega la crónica histórica de José Fayad: la reconstrucción biográfica a partir de expedientes, prensa y fuentes orales, y la articulación narrativa que intenta devolver voz y vida a los sujetos migrantes. Finalmente, el Capítulo IV sistematiza la experiencia de formación en investigación: describe el proceso, analiza los aprendizajes y explicita la producción de conocimiento nuevo que emerge de la fusión entre investigación y escritura creativa.

Es importante precisar que esta investigación se desarrolla bajo una de las modalidades

establecidas en el artículo 4° del Acuerdo 146 de 5 de noviembre de 2021 —por el cual se expide el reglamento de práctica educativa para la Licenciatura en Ciencias Sociales—. Corresponde a la modalidad f, la cual es asumida en la Línea de investigación y enseñanza de la historia (LIEH) como la modalidad de práctica que tiene por propósito desarrollar procesos de formación en investigación, reflexionar como docente en formación acerca de sus propios procesos en la producción de conocimiento y su divulgación en medios de comunicación masivos, alternativos y/o TICs.

En suma, este trabajo muestra que investigar y narrar pueden ser un mismo gesto: el de buscar sentido en los rastros del pasado. La historia de José Fayad revela que detrás de los grandes procesos migratorios hay vidas concretas, afectos y decisiones que también construyen nación. La escritura de la crónica permitió darles voz a esos silencios del archivo y demostrar que la historia puede contarse desde la emoción sin perder su rigor. A la vez, la experiencia de investigación, vivida en la Línea de Enseñanza de la Historia, reafirma que aprender a investigar es aprender a mirar el mundo con atención, a dudar y a enseñar desde la sensibilidad.

CAPITULO 1: ESTUDIOS SOBRE LAS MIGRACIONES SIRIO, LIBANESES Y PALESTINAS A COLOMBIA (1880 – 1930)

Navegando entre las dudas que acompañan la realización de este trabajo, resulta fundamental iniciar desenredando el asunto desde la consulta historiográfica y teórica. Este capítulo, por tanto, presenta una revisión de los estudios existentes sobre la migración sirio-libanesa y palestina en Colombia, apoyada principalmente en fuentes secundarias, y una reflexión teórica que ofrece un lugar de enunciación para narrar esta historia.

El capítulo se organiza en tres apartados: el primero corresponde al estado del arte, donde se sintetizan y analizan las investigaciones previas sobre el tema; el segundo desarrolla los referentes conceptuales, en los que se definen las categorías que orientan el análisis; y el tercero aborda las fases metodológicas que guiaron el proceso de investigación y escritura de la crónica histórica.

Discusiones y debates en torno a las migraciones sirio, libanesas y palestinas

La revisión de distintos trabajos que han incursionado en el estudio de las migraciones sirias, libanesas y palestinas hacia el territorio colombiano entre finales del siglo XIX y comienzos del XX evidencia un campo aún en consolidación. Se identificaron cerca de veinte investigaciones, de las cuales se seleccionaron catorce como principales fuentes de análisis para este apartado, sin embargo todos los textos fueron utilizados, de esto se da muestra en el capítulo dos. Dichos estudios se agrupan en tres grandes categorías: investigaciones históricas, estudios desde la comunicación social, y estudios de carácter político.

El propósito de este estado del arte es dar cuenta de los aportes, enfoques y vacíos presentes en las investigaciones previas, y señalar cómo la propuesta de esta crónica histórica contribuye a enriquecer el campo, al articular la narrativa literaria con el rigor histórico.

Investigaciones históricas

Estudios históricos generales

Uno de los primeros trabajos que aborda las migraciones sirio-libanesas y palestinas en Colombia es el de Luz Fawcett de Posada (1991). En *Libaneses, palestinos y sirios en Colombia*, la autora se enuncia desde una postura que reconoce la significación de las migraciones en la creación del Nuevo Mundo, y centra su mirada en los desplazamientos provenientes del Levante, especialmente hacia el Caribe colombiano. A partir de fuentes disponibles tanto en Colombia como en el extranjero, Fawcett (1991) desarrolla una investigación sobre la llegada de libaneses, palestinos y sirios entre finales del siglo XIX y la década de 1930, periodo al que denomina la primera ola migratoria. Su ensayo critica la escasez de estudios dedicados a este tema, y su importancia radica en el intento por evidenciar la predisposición de estos migrantes a asentarse en el Caribe colombiano y, desde allí, expandirse hacia el resto del país. La autora resalta, además, que muy pocos migrantes dejaron testimonios escritos, y que los estudios de caso particulares son excepcionales.

Un año después, la autora, junto con Eduardo Posada (1992), publica *En la tierra de las oportunidades: los sirio-libaneses en Colombia*. A diferencia del ensayo anterior, este texto no se centra en la llegada de los migrantes, sino en sus procesos de adaptación e incursión dentro de la sociedad colombiana. Los autores articulan el proceso de modernización nacional, propio de finales del siglo XIX e inicios del XX, con la llegada de los migrantes. Su análisis responde a las condiciones políticas y económicas del país en ese momento y muestra cómo los procesos de adaptación fueron impulsados, en buena medida, por los intereses comerciales de los migrantes sirios, libaneses y palestinos. Este texto resulta clave para comprender tanto la inserción económica como el proceso de blanqueamiento cultural que acompañó la integración de estos grupos en la sociedad colombiana.

De las generalidades sobre la llegada de los migrantes y su inserción en la sociedad colombiana, pasamos a la escala local con Joaquín Vilorio de la Hoz (2003). En *Lorica, una colonia árabe a orillas del río Sinú*, el autor analiza el caso de Lorica como una de las colonias árabes más representativas del Caribe colombiano. Su estudio se centra tanto en la llegada de los migrantes al pueblo de Lorica como en la consolidación de un circuito fluvial por el río Sinú, conectado con Cartagena. Es importante destacar de esta investigación la evolución de los asentamientos en el Caribe colombiano, pues a inicios del siglo XX eran considerables los asentamientos en las zonas aledañas a los ríos —siendo el mayor de ellos Lorica—, pero hacia mediados del siglo, la sedimentación del río y la construcción de carreteras propiciaron la migración de los árabes hacia ciudades como Barranquilla (p. 3). Este artículo permite comprender el fenómeno de las migraciones del Levante como un proceso diaspórico que se adapta según las condiciones espaciales, primero para el comercio y luego para la participación política, lo que demuestra que no se trata de un proceso lineal.

Finalmente, dentro de los estudios históricos generales se encuentra el de Óscar Domínguez (2019), *Comunidades sirio-libanesas en Colombia durante la primera mitad del siglo XX*. Este artículo ofrece una aproximación al fenómeno migratorio de los sirio-libaneses hacia Colombia durante la primera mitad del siglo XX. A diferencia de los anteriores, el texto incluye entrevistas sin estructura fija a descendientes directos de libaneses, visitas a lugares frecuentados por esta comunidad en Bogotá y el análisis de fuentes secundarias. Además, plantea que para esta población levantina Colombia representaba una opción migratoria secundaria y, aun así, lograron establecerse y relacionarse con la sociedad colombiana a través del comercio. Finalmente, el autor propone conclusiones valiosas sobre la configuración comercial del Caribe hacia el interior del país a partir del fenómeno migratorio sirio-libanés (p.13).

En conjunto, estos trabajos constituyen el núcleo historiográfico sobre la llegada, asentamiento y adaptación de las poblaciones levantinas en Colombia: ofrecen marcos explicativos que van desde la descripción general y la identificación de oleadas migratorias (Fawcett, 1991), pasando por la inserción económica y los procesos de legitimación social (Fawcett & Posada, 1992), hasta los estudios regionales que muestran las rutas fluviales y las transformaciones espaciales (Viloria de la Hoz, 2003) y las aproximaciones etnográficas contemporáneas que recuperan memorias familiares (Domínguez, 2019). No obstante, el conjunto conserva vacíos, faltan estudios que integren de manera sostenida la voz de los migrantes con prácticas culturales cotidianas y análisis de sus diásporas dentro del territorio. Precisamente en ese hueco se inscribe la propuesta de esta crónica histórica, que busca conjugar la verosimilitud documental con la fuerza sensorial de la experiencia migrante, tomando a personajes como José Fayad como nodos desde los cuales se puedan pensar trayectorias individuales y circuitos colectivos.

Historia cultural

Saliendo de los estudios históricos tradicionales —que han evidenciado las causas estructurales de las migraciones—, es importante adentrarse en los estudios desde la historia cultural. El único trabajo encontrado es el de Laura de Moya-Guerra (2023) en el texto *La viuda migrante de Zahlé y sus hijos: migración árabe a Barranquilla, Colombia, 1900–1945*. El texto es un artículo extraído de su tesis de maestría (más adelante citada). La autora, centra su atención investigativa precisamente en los vacíos historiográficos existentes, realizando un relato desde los individuos particulares y dotando de humanidad a los sujetos que investiga. En el artículo se reconstruye la historia de la libanesa Amelia Zathar de Traad. Moya-Guerra (2023) muestra no sólo que era viuda, sino que llegó así a puertos colombianos, lo que refuta la hipótesis estructural —frecuente

en parte de la bibliografía— de que los primeros en llegar fueron hombres solteros (p. 3–4).

El artículo sitúa su temporalidad desde inicios del siglo XX hasta mediados del mismo; el objetivo de la autora es narrar la vida de Amelia a partir de fuentes primarias, en particular archivos notariales que datan de la primera mitad del siglo XX (p. 8). El texto no sólo documenta hechos: relaciona la cotidianidad de Amelia con lo doméstico y lo comercial, y dota esas escenas de una intensidad dramática que se hace manifiesta, por ejemplo, en la narración de la muerte de su hijo Miguel.

Precisamente, la capacidad de retratar a individuos particulares desde fuentes primarias es el recurso metodológico que busca emular la crónica histórica que propongo. Aunque la historia cultural ha permitido ahondar en espacios antes considerados vacíos y ha recuperado vidas que no pertenecen al heroísmo, aún flaquea a la hora de articular de modo sostenido la relación entre estructura e individuo. Son necesarios trabajos que hilvanen relatos estructurados con aquellos contruidos desde el archivo y la memoria. La crónica histórica que presento en este trabajo aspira a llenar ese vacío: unir los discursos desde afuera y desde adentro de los sujetos, y recrear escenarios para que el lector se inmiscuya en el relato y no quede fuera de él.

Y si bien son escasos los trabajos que relatan historias de vida de los migrantes levantinos —hasta la fecha, solo uno—, sí se han trabajado otros aspectos culturales que dialogan con la cotidianidad de los sujetos. Con esto en mente, el siguiente bloque discutirá cómo los estudios culturales han dialogado con la prensa y los imaginarios públicos, y de qué modo esos discursos mediáticos contribuyeron a configurar percepciones sobre los migrantes —un puente natural hacia los trabajos que analizan la esfera pública.

Historia - Estudios culturales-

Desde los estudios culturales, es importante iniciar mencionando uno de los trabajos más

completos hasta la fecha sobre las migraciones árabes en Colombia, atribuido a Ana Rhenals (2013) y su texto *Del ideal europeo a la realidad árabe: inmigrantes sirio-libaneses en el circuito comercial entre Cartagena, el Sinú y el Atrato (Colombia), 1880-1930*. Su objetivo es revisar la incidencia de los levantinos en la vida económica y social de pueblos como Loricá y Cereté, y de ciudades como Cartagena. La autora plantea la hipótesis de una posible configuración de un circuito comercial entre los ríos Sinú, Atrato y Magdalena, propiciado por la llegada de estos migrantes. Rhenals (2013) basa su investigación en fuentes primarias, destacando la consulta de anuncios de prensa cartagenera de comienzos del siglo XX. Esto resulta fundamental, pues permite hilar más fino en torno a las prácticas sociales que desarrollaron los migrantes árabes a su llegada, entre ellas la creación de clubes sociales, las redes de apoyo entre connacionales y la incursión en el comercio fluvial.

Ahora bien, las relaciones sociales entre migrantes y locales no siempre fueron estables. Rhenals, junto con Francisco Flórez (2013), en su texto *Escogiendo entre los extranjeros “indeseables”: afroantillanos, sirio-libaneses, raza e inmigración en Colombia, 1880-1937*, demuestra cómo ambos grupos —levantinos y afroantillanos— enfrentaron una fuerte estigmatización racial. Nuevamente, la prensa se convierte en fuente central, al registrar anuncios que los calificaban como “indeseables”. Todo ello se enmarca dentro de las políticas de blanqueamiento promovidas en las primeras décadas del siglo XX. Este texto amplía la comprensión de las relaciones sociales que sostuvieron los árabes a su llegada, así como de las estrategias empleadas para alcanzar una aceptación paulatina en la sociedad colombiana, evidenciada finalmente en el ascenso social que esta comunidad logró con el tiempo.

En relación con el trabajo anterior, Sandra Paternina (2010) propone un análisis de prensa sobre la inmigración siria y libanesa en Cartagena en su texto *La prensa y la inmigración*

sirio-libanesa en Cartagena, 1912-1930. El objetivo de la autora es demostrar que la prensa funcionó como un canal atravesado por dos vertientes: el rechazo y la aceptación. Su estudio reconstruye las tensiones que coexistían en el espacio urbano ante la llegada de los migrantes, pero también la paulatina aceptación estratégica que fueron ganando los levantinos. A diferencia de Rhenals (2013), quien sitúa las discusiones en los ámbitos político y económico, Paternina (2010) se ocupa de evidenciarlas desde el discurso público y mostrar sus contradicciones. Su texto, cargado de fuentes hemerográficas, nos permite reconstruir una Cartagena de finales del siglo XIX e inicios del XX que abría sus puertas —no sin recelo— a los habitantes del oriente.

Una vez revisados los trabajos que, desde los estudios culturales, analizan históricamente el proceso de las migraciones árabes, se revela un panorama de los imaginarios sociales del Caribe, especialmente de Cartagena. Estos textos resultan fundamentales para la creación de escenarios por donde pueda movilizarse el sujeto de la crónica histórica. Dichos escenarios lo interpelan y lo ponen en tensión con su lugar de origen —sea sirio, libanés o palestino—. Ahora bien, resulta necesario salir de los imaginarios para adentrarnos en detalle en la experiencia migratoria. Por ello, el siguiente segmento abordará las relaciones entre historia y migración, enunciadas desde diversos campos como el cultural, social y económico.

Historia y migraciones

Hasta este punto hemos analizado trabajos que nos adentran en la estructura, pero que también nos sacan de ella para centrarnos en un conjunto específico de migrantes levantinos. Ahora, este apartado recoge textos enunciados desde la historia social, cultural y económica. Aunque estos estudios son recientes, permiten ampliar las visiones tradicionales al integrar las diásporas migratorias dentro de marcos nacionales y latinoamericanos, demostrando que Colombia no fue el único territorio que recibió migrantes árabes, quienes, como una telaraña, se mantenían

conectados con sus connacionales hasta generar redes entre naciones que facilitaron el comercio internacional.

Centrados en cómo los estudios históricos sobre migración han permitido comprender los desplazamientos árabes como procesos de construcción identitaria y de intercambio cultural, aparece nuevamente Moya-Guerra (2018) con su texto *Migración, negocios y familia: las actividades económicas de los árabes en Barranquilla, 1920-1945*. Su objetivo principal es reconstruir la vida de cuatro familias inmigrantes asentadas en Barranquilla durante la primera mitad del siglo XX, propósito que alcanza al analizar la configuración de redes económicas entre familias árabes. Sus historias se centran en las trayectorias económicas de estos agentes del intercambio local e internacional. La investigación, apoyada en fuentes notariales y de archivo, reconstruye la manera en que las familias árabes —desde los Fayad hasta los Nasser o Saab— articularon estrategias económicas basadas en la confianza, el parentesco y la adaptabilidad cultural. La autora, logra así desplazar el foco de las representaciones estigmatizadoras hacia una comprensión más compleja del sujeto migrante, en tanto actor económico y social que configuró espacios de movilidad y ascenso.

La discusión sobre los intercambios internacionales es ampliada por Sasha Basmagi (2019) en *Migración sirio-libanesa en Colombia, Brasil y Argentina a finales del siglo XIX y principios del siglo XX: exposición y análisis desde las teorías migratorias*. El texto se centra en revisar los estudios teóricos y académicos realizados en torno al fenómeno migratorio árabe hacia Suramérica a finales del siglo XIX. La autora aborda la migración como un fenómeno social y cultural, explicándola desde los campos de la geografía, la antropología y la sociología. Por otro lado, se detiene en los procesos sociales, territoriales y políticos que antecedieron las migraciones en los territorios de Siria y Líbano, aspecto sumamente relevante, dado que en los

trabajos anteriores no se había hecho énfasis en los antecedentes históricos. Finalmente, para explicar las causas y dinámicas de los desplazamientos, Basmagi (2018) plantea que las migraciones del Levante deben entenderse como procesos simultáneamente económicos, afectivos y simbólicos, donde las redes familiares y los lazos comunitarios fueron determinantes para la adaptación y el éxito comercial de los migrantes.

Continuando una línea interpretativa similar a la anterior, Rhenals (2020) en *Más allá de la austeridad: migración árabe en Colombia*, continua con una lectura desde la historia económica pero esta vez se sumerge en las relaciones simbólicas y afectivas de la migración. Escarba como se construyeron los sentidos de pertenencia entre migrantes del Levante y en últimas como los interpela su arraigo por los territorios de origen. Este enfoque alimenta los discursos en torno a la migración y los nutre con narrativa. De esta manera, Rhenals (2020) abre el camino hacia la comprensión de los sujetos migrantes como agentes de memoria —una perspectiva que dialoga directamente con la intención de este trabajo de recuperar, a través de la crónica histórica, las voces y sensibilidades de quienes cruzaron el mar en busca de otro horizonte.

Estudios de la Comunicación Social

Es precisamente en la prensa, la crónica y los testimonios orales donde los migrantes árabes en Colombia dejan de ser cifras o actores económicos para convertirse en narradores de sí mismos. El siguiente bloque, por tanto, se centra en los estudios de la comunicación social, donde las palabras, los silencios y las imágenes mediáticas dan cuenta de los procesos de representación, identidad y memoria que acompañaron la experiencia migratoria.

El primer texto digno de mención en este campo corresponde a Shadya Karawi (2010) con *Nosotros, los colombo-árabes: las voces de la inmigración*. En su trabajo, la autora propone

una metodología centrada en la voz del migrante, presentando diversas entrevistas realizadas a familiares y amigos libaneses, sirios y palestinos. De esta manera, desplaza la mirada hacia una historia oral de la identidad, construyendo, a partir de las entrevistas, una memoria colectiva que rescata experiencias que, de otro modo, podrían perderse o homogenizarse culturalmente. Aunque los periodos abordados corresponden a finales del siglo XX, superando la limitación temporal de otros estudios, es importante destacar que estas entrevistas funcionan como herramientas de recreación de emociones. En última instancia, estas emociones pueden ser incorporadas por el sujeto de la crónica, presentadas por la autora casi como una diáspora de sentimientos, que enriquece la narrativa y aporta profundidad a la comprensión de los migrantes y sus experiencias.

El segundo texto, muy en la línea metodológica del anterior, es el de Samuel Salgado (2024), *Migrantes árabes en el corazón de Bogotá. Crónicas sobre libaneses y palestinos*. Este trabajo se centra en la reconstrucción de las experiencias cotidianas de los migrantes en la capital, articulando elementos de la historia oral con la observación etnográfica. Salgado (2024) analiza la manera en que libaneses y palestinos construyeron redes de sociabilidad, comercio y apoyo mutuo dentro de un entorno urbano complejo y, a menudo, hostil. Aunque se trata de una crónica desde lo periodístico —cuyas fuentes son principalmente orales, recogidas mediante entrevistas—, constituye un aporte significativo en la consolidación de narrativas vivas sobre la migración árabe. Su énfasis no está puesto en el Caribe, sino en la configuración de la sociabilidad entre migrantes y bogotanos, mostrando cómo la ciudad también fue escenario de encuentros, tensiones y procesos de integración cultural.

Es así como los migrantes árabes y sus descendientes reviven dentro de la historia a partir de los trabajos etnográficos. Estos estudios permiten reconocerlos como agentes de memoria,

identidad y pertenencia, cuyas experiencias personales y colectivas enriquecen la narrativa histórica. Sin embargo, aún persisten vacíos en la reconstrucción de las historias sustentadas en fuentes primarias: en la mayoría de estos trabajos no se busca recrear un ambiente histórico anclado en los documentos y testimonios de época. Ese vacío es precisamente el que intenta cubrir la crónica histórica, al situar los relatos en contextos verificables y, al mismo tiempo, dotarlos de una dimensión sensible y humana.

Estudios Políticos

En los últimos años, los estudios sobre la migración árabe en Colombia han comenzado a abordar las dimensiones políticas de estas comunidades, un campo que por mucho tiempo fue relegado en las investigaciones centradas únicamente en la economía o la cultura. La participación política de descendientes palestinos, sirios y libaneses ha adquirido visibilidad, no solo en el ámbito electoral sino también en los espacios de representación social, diplomática y comunitaria. En este sentido, los siguientes trabajos aportan miradas complementarias que vinculan la historia migratoria con las dinámicas del poder y la ciudadanía.

Ana Guerra y Claudia Torres (2022), en *El papel de la comunidad palestina en la política colombiana actual*, analizan la influencia que han tenido los descendientes de migrantes palestinos en escenarios políticos contemporáneos. A partir de entrevistas, análisis de prensa y fuentes institucionales, las autoras evidencian cómo la comunidad palestina ha logrado insertarse en distintos niveles de representación: desde cargos diplomáticos hasta movimientos de solidaridad internacional. El texto destaca, además, la manera en que las causas históricas de Palestina han encontrado eco en el escenario colombiano, no solo como una forma de militancia transnacional, sino como un proceso de afirmación identitaria que articula memoria, herencia y acción política. De este modo, Guerra & Torres (2022) aportan una lectura actualizada que

conecta la diáspora con las prácticas ciudadanas y el compromiso ético de las nuevas generaciones.

Por otro lado, José Meneses (2025), en su tesis *Sirios, libaneses y palestinos en Magangué: redes sociales y circuitos comerciales, 1900–1940*, propone una visión histórica de lo político desde lo local. Su investigación demuestra cómo las redes económicas y familiares de los migrantes árabes en el Caribe colombiano se tradujeron, paulatinamente, en formas de poder social y político. A partir de fuentes notariales, registros comerciales y testimonios orales, Meneses (2025) revela que estas comunidades no solo fueron agentes económicos, sino también mediadores en las decisiones políticas y administrativas del municipio. Lo político aparece aquí no como un campo institucionalizado, sino como una red de influencias que se construye en el intercambio cotidiano, en los favores, alianzas y vínculos interétnicos que sostuvieron la vida local.

En conjunto, estos trabajos evidencian que la política también fue un territorio de inserción, negociación y reconocimiento para los migrantes árabes en Colombia. Desde las gestiones comunitarias hasta las representaciones diplomáticas, lo político se manifiesta como un espacio donde la memoria migrante adquiere sentido público. Así, el estudio de estas prácticas permite comprender que la historia de los árabes en Colombia no solo se escribe en los puertos, los comercios o los barrios, sino también en los discursos, las decisiones y los símbolos del poder.

En conclusión, la revisión de fuentes historiográficas en torno a las migraciones árabes en Colombia permitió ampliar el panorama sobre la llegada, adaptación y configuración de formas de sociabilidad basadas en la complicidad connacional. Los estudios desde la comunicación social, por su parte, revelan un claro posicionamiento de privilegio que aún se mantiene vivo y

que, en los estudios políticos, encuentra una reafirmación visible. Sin embargo, las investigaciones siguen relegando a aquellos migrantes que quizá no figuraron en las escenas públicas ni en los espacios empresariales de poder.

Aun así, cada trabajo aporta, a su manera, una reconstrucción imaginaria de cómo pudo haber sido esa experiencia migrante, un gesto que no es menor para la realización de esta crónica histórica. La presente crónica busca justamente dar vida a esos vacíos y silencios, y mostrar una diáspora completa: una que no inicia en el Caribe —como lo plantean la mayoría de los estudios—, sino en Beirut o en Damasco; y que no concluye en los asentamientos ribereños, sino que asciende hacia la montaña andina, reivindicando la vida del sujeto desde sus propios viajes.

Referentes Conceptuales

La crónica, una ventana al renacimiento de la narrativa histórica

Mis abuelos fueron los responsables de mi pasión por la historia. Ellos fueron mi primera fuente: la fuente viva de un pasado que revivía en cada uno de sus relatos. Uno de esos relatos, el de mi abuela paterna, me marcó profundamente. Su mezcla cultural era fascinante: medio árabe, medio africana, criada entre indígenas. De ese espectáculo de memorias nació la chispa por conocer más sobre su padre, ese libanés que incluso se me ha aparecido en sueños. Los libros de Luis Fayad, el Melquíades macondiano y el Flecha de Julio me empujaron a buscar la magia en las vidas de estos inmigrantes. Así llegué al archivo, y allí encontré a Fayad: un sirio que luchaba ferozmente por ser colombiano en un país ajeno, casi como un condenado. Por eso, considero mediocre contar la historia de Fayad sin antes atravesarla por las mías. Este marco teórico intenta justificar por qué narrar desde la crónica histórica es más sensato, más humano y honesto, tanto para el narrador como para el lector. Aquí no se trata solo de recuperar datos, sino de contar una vida con sentido. Narrar desde el sujeto, desde lo vivido, desde el detalle mínimo, es también una

forma de hacer historia. Y para eso, la crónica resulta ser una forma privilegiada.

Este marco teórico se organiza en tres grandes apartados. Primero se intenta definir qué es la crónica histórica, donde más que un método es una forma de concebir la historia. Siguiendo con esclarecer de que forma la historia es indudablemente narrativa, se examina el carácter narrativo de la historia en diálogo con autores como Ricoeur (2013), Ordóñez (2008) y Burke (1996), quienes reivindican el valor del acontecimiento y de la narración como elementos constitutivos del saber histórico. Luego se aborda la relación entre historia y literatura, identificando tanto sus afinidades como sus fronteras, para mostrar que el rigor no está reñido con la sensibilidad ni con la imaginación. Todos los apartados buscan dotar de sentido la utilización de la crónica histórica y refuerza desde distintas perspectivas principalmente cultural el valor de narrar desde la crónica histórica.

Finalmente, se propone una figura nueva o revalorada: la del narrador histórico. Inspirado en la distinción de Benjamín (1991) entre el narrador viajero y el sedentario. Este trabajo plantea una figura híbrida y contemplativa, capaz de articular la memoria familiar con la lectura crítica de las fuentes. Un narrador que a su vez es lector, y un lector que puede transformarse en narrador. En conjunto, este marco teórico no solo fundamenta el uso de la crónica como teoría de investigación histórica, sino que reivindica una forma ética y situada de narrar, donde el archivo se lee con afecto y la palabra se convierte en memoria compartida.

La Crónica Histórica: La Fusión Indicada para Narrar los Acontecimientos

Entre documentos empolvados se hallaba un folio de 67 hojas, junto a miles de solicitudes de migrantes que, en algún momento, quisieron ser colombianos. Allí estaba Fayad, ese sirio que pudo haber pasado desapercibido en la historia colombiana, de no ser por el maravilloso recurso de la investigación. José Fayad se hizo carne por medio del verbo: esto solo lo permite la crónica

histórica. Ordóñez (2008) menciona la conciencia del tiempo en la que se ancla la historia. Ser conscientes de qué tiempo histórico habitó Fayad y cuáles fueron las condiciones para que se sembrara en el territorio es lo primero que debe cuestionarse el investigador. No obstante, pronto la imaginación lo asalta al comenzar a leer el caso hoja por hoja, cuando recurre a su mente e intenta comprender quién es el sujeto estudiado y cómo pensaba. Es en esos choques entre la imaginación y la fuente donde comienza a parirse un narrador.

Aquel que, queriendo contar la historia y, al tiempo, expresarle al lector un punto sensorial y subjetivo, recurre a la crónica como recurso teórico y narrativo. Es entonces cuando las diferencias entre historia y literatura se resuelven y se fusionan en una hibridación: la crónica histórica. Dicha crónica contiene características profundamente descriptivas: narra el hecho de manera secuencial, con la seguridad de no dejar espacios en blanco ni lagunas en la historia. La crónica histórica describe el contenido de cada instante desde la conciencia del tiempo narrado, de manera completa y sin fisuras (Ordóñez, 2008). El historiador que narra con crónica no requiere partir de la nada —a diferencia del literato—, dado que sustenta toda su narrativa en fuentes distintas y diversas; las contrasta y, además, les adhiere su propia consigna, su propia voz. El historiador se permite humanizar los sucesos, penetra en la sensibilidad de los lectores, genera la sensación de estar en el mismo tiempo y posibilita salirse de la conciencia del tiempo presente. Abre el camino y renace, dejando atrás la historia ortodoxa y frívola, la historia estructuralista y macroproblemática. Sitúa entonces toda la atención en el sujeto, hijo de un tiempo, cuyo tiempo revive en la voz del verso.

Para el caso de la presente crónica, el inmigrante Fayad es observado a través de múltiples fuentes de distinto carácter: desde sus variadas solicitudes para ser naturalizado, hasta la prensa que circulaba en la época por los mismos sitios que él recorrió. Los vacíos de las

fuentes primarias, así como el contexto histórico, se completan desde la historiografía que estudia las migraciones provenientes del Medio Oriente a finales del siglo XIX. De este modo, se construye un escenario que gira en torno a los Fayad, con el propósito de explicar, desde lo particular, algo tan complejo como la vida de un migrante sirio en un país cultural y socialmente ajeno al suyo. Es precisamente esa la magia de la crónica histórica y de la literatura: tener infinitas posibilidades de contar, pero con el ancla de la conciencia histórica y el sustento en las fuentes.

Pero no basta con fusionar disciplinas en la narrativa de los sucesos; hay que contar con la capacidad de hacerlo. El narrador es quien finalmente nos cuenta la historia desde su cabeza, quien ingresa al siglo estudiado y recrea el mundo que estaba viendo. El historiador, entonces, adquiere el rol de narrador y, como el novelista, debe hacer de su relato un todo unificado que cobre sentido (Ordóñez, 2008). Es así como el autor de la crónica se convierte en el dios de su mundo: aquel que lo va construyendo y debe sostenerlo frente a la crítica de los lectores, quienes juzgarán su verosimilitud.

La Historia es narrativa. Debe, por tanto, ser narrada.

Cuando Fayad (personaje de la crónica) escuchó el porro sabanero, reveló en un breve gesto —no ajeno a la historiografía— la mezcolanza caribe-africana que se le presentaba como nuevo miembro de la arena y el mar. La historia no es otra cosa que la narración del acontecimiento; por ello se convierte en un mundo de posibilidades para ser contada. Al contarse, deviene en un “cuento” que otorga significado a los hechos pasados desde la sustancia misma del suceso: la narración. Esto, sin duda, le confiere un carácter literario (Ordóñez, 2008). Esta manera de narrar los acontecimientos recibió fuertes críticas de historiadores ingleses como Lewis, quienes sostenían que la historia no solo narra sucesos, sino que debe “elevar la mirada” hacia las

estructuras para someterlas a un análisis profundo. Es decir, en la segunda mitad del siglo XX la historia de los pueblos conservó la narración como herramienta fundamental para relatar el hecho, mientras que la academia se centró en el estudio de la estructura (Burke, 1996).

A finales del siglo XX, las escuelas historiográficas se concentraron principalmente en el análisis de las estructuras, descuidando en cierta medida a los sujetos como portadores de narraciones diversas. Aunque el conflicto entre *histoire événementielle* e *histoire structurale* está sintetizado de forma muy acertada por Ricœur (1987) —quien señala que toda historia escrita requiere de la narrativa como recurso. Este debate se traslada al nivel de narratividad empleado: las aproximaciones estructurales tienden a minimizar a ciertos sujetos que podrían nutrir el relato. La crónica, metodología que se aplica en este trabajo, apuesta por un énfasis máximo en la narración y se suma a la lógica del “renacimiento del relato” descrita por Burke (1996), quien explica que tras décadas de énfasis estructural surgió un resurgimiento del relato que otorgó protagonismo a los acontecimientos concretos, entendidos como microhistorias capaces de revelar corrientes sociales subyacentes (Burke, 1996).

En concordancia con Burke (1996), la historia de un sirio inmigrante en Colombia a inicios del siglo XX, contada desde el recurso crónico-literario, enriquece y permite comprender, desde lo particular, el entramado cultural entre el Medio Oriente y Colombia. La narración de los hechos en la crónica parte del “descongelamiento” de la estructura y se centra en los sujetos involucrados: estos sujetos hablan, aún parecen vivos dentro del relato; tienen luz y voz propia. Esa capacidad de revivir el acontecimiento y dejar que el suceso hable por sí mismo la posibilita la literatura. El historiador debe practicar la heteroglosia, confrontando discursos y generando nuevos sentidos a través del sistema lingüístico. Entonces, ¿cuál es la fusión posible entre la literatura y la historia? ¿Cómo integrarlas para crear una crónica histórica?

De este modo, la pregunta por la fusión entre literatura e historia abre la posibilidad de revisar cómo distintos autores han reflexionado sobre dicha relación. En esa dirección, Dominick LaCapra (1985) sugirió cambiar el enfoque tradicional del historiador y propuso un tránsito hacia la literatura y las posibilidades discursivas que esta ofrece. En consecuencia, se hace necesario revisar qué similitudes existen entre las distintas narrativas y en qué se distancian, para comprender finalmente esa metamorfosis que ocurre entre lo literario, lo histórico y el acontecimiento, siendo el narrador siempre el mediador.

Historia y literatura: Una distancia paradójica.

La historiografía y la literatura comparten, indudablemente, un valor narrativo que las mantiene unidas. Esto permite que la historia se aleje, en parte, de su valor científico y se acerque a los valores literarios. Ordóñez (2008), sobre este punto, aclara que, aunque la historiografía se presente cercana a la literatura, el objeto de la historia pretende narrar la verdad. Ahora bien, que esta pretensión de verdad no se torne positivista ni engorrosa es, precisamente, lo que complementa Burke (1996), cuando señala que el giro hacia *la historia de los acontecimientos* revaloriza la dimensión literaria en la historia. Los historiadores redescubren que la selección de episodios y la forma de contarlos transmiten sentido tanto o más que un análisis estructural puro. Es decir, el carácter ficcional y estético posibilitado por la narración literaria dota de sentidos y estilos a la narrativa histórica. Es entonces cuando las relaciones entre estas dos disciplinas comienzan a tornarse porosas.

Es equívoco, pretender que todos los historiadores modernos se adscriban a experimentos literarios dentro de su trabajo historiográfico. Burke (1996) sugiere que, al menos, aquellos historiadores que se embarcan en generar conciencia histórica desde las narrativas literarias son, sin duda, una muestra de que no encontraron sentido en los propósitos estructuralistas de las

formas narrativas más tradicionale. Es revolucionario, tanto para Burke (1996) como para Ordóñez (2008), atreverse a narrar desde los recursos literarios, desde una narración que otorga voz a los sujetos. Es, por tanto, revolucionaria la propuesta de este trabajo, porque dota de sentido humano a los sujetos e imagina finales posibles: los estudia con sentimientos y en sus contextos. Da vida y voz a Fayad y a su familia; pretende enseñarle al lector un acontecimiento —la mezcla cultural entre árabes y colombianos, tanto caribes como andinos—, pero lo hace desde el sujeto mismo. Al estilo de *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg (1976), la crónica de ese inmigrante es, en sí misma, una forma de narrativa revolucionaria.

Pero las bases de este giro narrativo deben cimentarse en pruebas que brinden al narrador posibilidades para la imaginación. Es precisamente en las fuentes donde se realiza un primer distanciamiento entre la historia y la literatura, pues la literatura no necesita fuentes historiográficas o primarias para existir. En cambio, la historia depende de las fuentes, pues en ellas fundamenta la narración de los acontecimientos. La historia se sostiene en la “verdad referencial”, mientras que la literatura opera en el “mundo posible” de la ficción (Ricoeur, 2013). Ahora bien, no sería sensato afirmar que la historia no utiliza ciertos recursos de la imaginación que, a veces, no resultan completamente verosímiles; sin embargo, recurre a la deducción para dar forma a la narración. No obstante, los historiadores como narradores que prestan su pluma a la ficción —campo propio de la narración literaria— para representar personajes e incluso lugares que permiten nutrir la secuencia del hecho y construir un mejor imaginario del suceso para el lector (Cruz, 2020).

Un ejemplo clave de que los hechos no siempre son como la historia los manifiesta, o como, en su defecto, se insertan en el imaginario colectivo, es el de Colón, quien muere sin saber que había arribado a un “nuevo mundo”; o el mismo Darwin, que solo utiliza una vez la palabra

“evolución” en su obra cumbre *El origen de las especies* (Ordóñez, 2008). La historia nos muestra el pasado, lo que fue. En cambio, la literatura expone lo que pudo ser, lo que podrá ser e intenta descifrar lo que es. La articulación entre historia y literatura abre una ventana a la creación del narrador y “descongela” al sujeto científico y distante. Ambas se sostienen en la narración y, juntas, configuran una nueva academia y multiplican las posibilidades de contarla. En esa línea, Cruz (2020, p. 5) acierta al afirmar que “la historiografía puede ser una buena historia literaria y la historia literaria puede ser una fuente historiográfica”.

El narrador histórico: entre memoria, archivo y verosimilitud

Aquel niño a quien su abuela le narraba fabulosas historias de libaneses, llegando por el Sinú a una pequeña aldea de indígenas zenúes cruzados con españoles y negros, llamada Santa Cruz de Lorica, es el autor de este texto. La inspiración adquirida en sus experiencias en el pueblo, la complicidad otorgada en cada palabra extrañísima que no provenía del castellano, sentaron las bases para preguntarse por la magia intercultural entre árabes y loriqueros. El narrador está dotado de experiencias que son tan suyas como ajenas: experiencias transmitidas a través del tiempo. Benjamín (1991) lo expresa con claridad: la experiencia transmitida por la palabra de unos a otros es el recurso primordial utilizado por todos los narradores. Él mismo delimita dos tipos de narradores: *el narrador sedentario* y *el narrador viajero*. En este caso, la crónica pretende ser narrada desde ambos: aquel viajero que cimienta toda su narrativa en el recuerdo y el sedentario encargado de fundamentar su relato desde las fuentes.

Sobre el narrador viajero, el autor de la crónica presentada es bisnieto de un libanés, quien narró a su hija la historia de su llegada, y esta a sus hijos, convirtiéndola finalmente en una tradición oral familiar. La narración viaja por el tiempo, pero también por la imaginación del narrador, quien, desde niño, evoca momentos y espacios de un libanés migrante en Colombia, y

acude al recuerdo en su tiempo presente. Sobre esto, Benjamín (1991) menciona que el cronista recurre a la memoria, que a su vez engendra el recuerdo; y es precisamente allí donde se encadena la narrativa. El recuerdo de sus viajes imaginados y de su abuela como narradora del suceso da base al narrador para nutrir la crónica con momentos y fuentes empíricas, desde la vivencia misma. Es así como el narrador viajero relata una historia que no requiere explicaciones, donde dicha narración está dotada de humanismo (Benjamín, 1991).

Ahora bien, para el caso de la crónica histórica es necesario sumergirse en el narrador sedentario, aquel que, según Benjamín (1991), se adentra en la experiencia del otro, en el tiempo del otro. Este narrador lee el relato, contempla otros tiempos y tiene la capacidad de narrarlos desde su presente. Es el narrador que nace en la revisión de las fuentes históricas; aquel que, revisando los archivos, encuentra algo que llama su atención de tal manera que lo transfiere a su propia experiencia. Es aquí donde se fusiona el juego de experiencias: la propia y la transmitida (Benjamín, 1936).

Cuando el narrador de la crónica histórica comienza a inmiscuirse en las fuentes del archivo Fayad, entrelaza la experiencia transmitida con sus propios viajes imaginarios al pasado. Por eso, la crónica es narrada desde el ojo del niño que busca su pasado en los encuadernados polvos del archivo del inmigrante sirio. Fusiona ambas dimensiones y crea *De súbdito otomano a natural colombiano: crónica histórica de un migrante sirio en Colombia.*, título del trabajo de investigación.

Una vez finalizada la narración, el narrador asume una posición expectante: adopta la postura del lector. Esta actitud lo lleva a cuestionarse sobre la verosimilitud de lo que acaba de narrar, sabiendo que se trata de un relato con intenciones históricas. Es aquí donde comienza el problema de la verosimilitud de lo narrado, que, sin embargo, es resuelto por el propio lector. El

narrador no solo es visto como relator de hechos, sino como sujeto: aquel que dota de criterio —en este caso, criterio histórico— a todo el relato (Ordóñez, 2008). Dicho criterio deberá ser descubierto por el lector. En este sentido, el protagonista de la crónica histórica no es el narrador, sino cada uno de los lectores, quienes dotan de interpretación y sentido histórico al relato. Así el historiador ortodoxo está forzado al limbo de la explicación, mientras que el cronista presenta el acontecimiento y, además, lo enriquece con interpretación (Benjamín, 1991).

Esta riqueza de interpretaciones se transforma en experiencia para el lector, quien —si es un buen lector— narrará lo acontecido y se convertirá, a su vez, en un narrador contemplativo: un narrador sedentario. No se le permite dejar morir el suceso, porque el suceso lo interpela con el único hecho innegable: está cargado de humanismo. Y el lector, que no es un perro, sino humano, responde con memoria y palabra.

Conclusión: el narrador contemplativo hace Historia.

En conclusión, este marco teórico no solo fundamenta el uso de la crónica histórica como herramienta metodológica legítima, sino que reivindica una forma ética y situada de narrar, donde el archivo se lee con afecto y la palabra se convierte en memoria compartida. La crónica histórica no es solo una estrategia narrativa, sino una forma de reconstruir vidas, sujetos y experiencias que han quedado marginadas de los grandes relatos oficiales. Narrar desde el sujeto, desde el acontecimiento mínimo, desde lo vivido, es también una forma de hacer historia.

Hace casi un siglo, Walter Benjamín (1991) lo advertía: el mundo se estaba quedando sin narradores. Hoy, más que nunca, es necesario que renazca la narrativa histórica y, con ella, el narrador. En ese renacimiento se ubica el principal aporte teórico de esta tesis. A partir de los tipos de narradores propuestos por Benjamín —el viajero y el sedentario— y en diálogo con Burke (1996), Cruz (2020), Ordóñez (2008) y Ricœur (2013), se plantea aquí la figura del

narrador histórico como una construcción híbrida. Este narrador oscila entre la memoria familiar y el archivo, entre lo oral y lo documental, entre lo afectivo y lo crítico. Es viajero cuando narra a partir de relatos transmitidos en el ámbito familiar; es sedentario cuando construye su voz desde la lectura e interpretación de las fuentes.

Así, el narrador de la crónica histórica es también un narrador contemplativo, que existe en la medida en que sus lectores doten de sentido su relato. La verosimilitud no se impone, se construye; y, en esa construcción, el lector deja de ser espectador pasivo para convertirse también en narrador. La historia, entonces, no queda sellada: se abre a múltiples lecturas, todas atravesadas por el hecho innegable de que lo narrado está cargado de humanismo. Y ese humanismo —en el que narrador y lector se encuentran— es, en última instancia, lo que da vida a la crónica como forma de historia.

Marco Metodológico

Esta investigación se inscribe en el enfoque cualitativo con un diseño histórico-documental y una orientación narrativo-interpretativa. Su propósito no consiste en cuantificar los procesos migratorios, sino en comprender las experiencias, trayectorias y tensiones que atraviesan los sujetos provenientes de Siria, Líbano y Palestina al llegar a Colombia entre finales del siglo XIX y mediados del siglo XX.

El estudio parte del supuesto de que la historia, además de ser un ejercicio crítico sobre el pasado, posee una dimensión narrativa (Burke, 1996; Ricœur, 2013); por lo tanto, reconstruir la vida de un individuo —en este caso, la de José Fayad— exige articular evidencias documentales con marcos interpretativos que otorgan sentido, temporalidad y coherencia al relato histórico.

En consecuencia, la crónica histórica se adopta como dispositivo metodológico que integra archivo, teoría narrativa e imaginación histórica, sin contradecir la evidencia documental pero reconociendo que todo acto historiográfico se produce desde una mediación narrativa.

Fundamento epistemológico y justificación metodológica

El enfoque cualitativo permite acceder a la dimensión subjetiva y relacional de los procesos migratorios: prácticas, percepciones, disputas por la ciudadanía y mediaciones religiosas o estatales que no se reducen a cifras. El diseño histórico-documental habilita la reconstrucción de trayectorias temporales a partir de fuentes diversas —expedientes judiciales y administrativos, prensa contemporánea, correspondencia y materiales literarios contextualizadores—.

La elección de la crónica histórica como dispositivo metodológico responde a una doble necesidad: (1) epistémica —articular y desplegar datos fragmentarios en una trama comprensible que remueve capas de sentido—; (2) ética-hermenéutica —dar voz y densidad humana a sujetos marginados por los grandes relatos migratorios sin sacrificar la exigencia crítica de la evidencia—. Bajo este marco, la imaginación historiográfica se regula por principios claros: distinguir con precisión entre hecho documentado, inferencia fundada y reconstrucción hipotética; consignar niveles de certidumbre y decisiones interpretativas; y preservar la transparencia frente al lector.

Supuestos ontológicos y operativos

La investigación asume que las prácticas migratorias son procesos socialmente contruidos y que la documentación archivística refleja tanto acciones concretas como relaciones de poder, intereses institucionales y circuitos culturales. Operativamente, esto implica que la lectura de fuentes sea hermenéutica —contextualización histórica, consideración de usos y convenciones—

y comparativa —contraste entre fuentes primarias y secundarias para detectar discontinuidades o coherencias—.

Propósito y alcance metodológico

El propósito metodológico consiste en reconstruir la trayectoria biográfica y jurídica de José Fayad como vía para comprender dimensiones colectivas de la migración levantina hacia Colombia: rutas de llegada, estrategias económicas, mediaciones religiosas (maronitas y rito latino), vínculos con el Estado y desplazamientos internos entre el Caribe y el interior del país. El estudio se delimita temporalmente entre finales del siglo XIX y mediados del XX, y espacialmente en Cartagena, los corredores fluviales del Caribe y los destinos interiores registrados en archivo —como Tocaima y Bogotá—.

Consideraciones éticas

Aunque José Fayad pertenece a un pasado histórico, la investigación mantiene el principio de respeto hacia las memorias familiares: cualquier reconstrucción que pueda afectar la intimidad o reputación se trata con prudencia y se señala con claridad cuando se formula una conjetura frente a un hecho documentado. Asimismo, este trabajo reconoce la responsabilidad de no exotizar a los actores migrantes ni instrumentalizar la crónica como ornamento literario, sino como un medio legítimo de comprensión histórica.

Procedimiento de investigación

El proceso metodológico se desarrolla de manera progresiva, a medida que el archivo revela rutas y silencios. Aunque las fases iniciales del proyecto nacen en momentos distintos de búsqueda, lectura y hallazgo, para efectos de claridad se presentan aquí integradas en cuatro etapas fundamentales, sin perder la secuencia ni el espíritu original de cada fase.

Revisión documental y delimitación del problema

El punto de partida es la búsqueda bibliográfica y hemerográfica sobre migraciones sirias, libanesas y palestinas hacia Colombia, con énfasis en el Caribe y particularmente en Lórica (Córdoba). La lectura de fuentes secundarias permite construir un estado del arte y reconocer tres momentos migratorios recurrentes en la literatura: (1) finales del siglo XIX y comienzos del XX; (2) pos Primera Guerra Mundial; (3) pos Segunda Guerra Mundial.

La investigación se ancla en el primero de estos momentos —el de la llegada más temprana— bajo la intuición humana e histórica de que allí reposan los cimientos del tránsito de los Fayad.

De esta revisión emerge un vacío visible: abundan estudios sobre comercio, asentamientos y presencia "turca" en el Caribe, pero aparece escasa la voz del individuo, las disputas por ciudadanía o las rutas internas hacia el interior del país. Ese vacío se convierte en brújula y justificación.

Localización y análisis de fuentes primarias

La ausencia de información detallada en la bibliografía conduce al archivo. En el Archivo General de la Nación se consultan expedientes de cartas de naturaleza pertenecientes a sujetos nacidos en Siria, Líbano y Palestina. Allí aparece la primera grieta luminosa: numerosos solicitantes no permanecen en el Caribe, sino que habitan Bogotá y Cundinamarca. El mapa migratorio se expande tierra adentro.

Entre decenas de folios surge un expediente que se convierte en eje del estudio: la carta de naturalización de José Fayad, 67 páginas que registran un proceso jurídico que se extiende de 1910 a 1929. La duración —diecinueve años para obtener una carta— revela no solo burocracia, sino tensión y resistencia. José Fayad se vuelve sujeto y puerta; con él aflora una historia que merece ser narrada.

El archivo permite identificar las labores comerciales de la familia Fayad, la intervención eclesiástica en asuntos migratorios, el vínculo estrecho con un Estado conservador y la diáspora interna que lo conduce del puerto Caribe a Tocaima y finalmente a Bogotá.

Para reconstruir el contexto cotidiano del Caribe decimonónico, la búsqueda continúa en la Biblioteca Luis Ángel Arango, donde se revisa prensa de época. Allí emergen vapores, rutas marítimas francesas y un paisaje urbano que los "turcos" pisan con mercancías, acentos y esperanzas. La hipótesis de la llegada a través de embarcaciones francesas se fortalece, no como certeza absoluta sino como posibilidad histórica razonada.

Toda la información recopilada se sistematiza en matrices temáticas alrededor de cinco ejes: ciudadanía, movilidad, comercio, relaciones Iglesia–Estado y vida cotidiana de migrantes maronitas.

Construcción interpretativa y articulación narrativa

Tras el rastreo documental surge una pregunta inevitable: ¿cómo narrar esta historia sin perder su carne humana? La respuesta aparece en el diálogo con los autores. Burke (1996) insinúa grietas para escribir historia de otro modo; Benjamín (1991) recuerda que el narrador es puente entre memoria y experiencia; Ordóñez (2008) sitúa la crónica como territorio donde historia y literatura conviven sin traicionarse.

Así nace la apuesta metodológica del proyecto: la crónica histórica como dispositivo interpretativo y narrativo. En ella el archivo no se embellece, se ilumina; los silencios no se inventan, se rodean; la imaginación no suplanta al dato, lo acompaña cuando este se interrumpe.

Se define una posición del investigador-narrador —que denomino narrador contemplativo—: quien camina las fuentes con paciencia, escucha el eco del expediente y concede humanidad al sujeto histórico sin desbordar la evidencia.

Esta etapa articula interpretación, archivo y narración, y establece límites éticos claros: no afirmar lo que no está sustentado documentalmente; señalar cuándo se infiere o se imagina; evitar la exotización del migrante; cuidar la memoria familiar y comunitaria.

Escritura de la crónica y sistematización de la experiencia

La etapa final consiste en escribir la crónica histórica de José Fayad, tejiendo su travesía desde Beirut hasta Colombia sin romper los límites temporales del estudio. La escritura busca que José respire en el papel: que negocie telas y palabras, que dude frente al mar, que extrañe las montañas del Líbano mientras el vapor avanza lento por el Magdalena; que el lector escuche el puerto pujando, la humedad espesa del río y esa incertidumbre que acompaña a quien espera una ciudadanía que tarda casi veinte años en concederse.

Con la crónica concluida, el proceso se sistematiza reflexivamente: se registran hallazgos, silencios y extravíos; se iluminan las luces que este ejercicio aporta a la investigación histórica y narrativa. Queda evidente que un caso individual ilumina un fenómeno colectivo; que archivo y crónica dialogan sin deslegitimarse; que la diáspora interna Caribe–Cordillera aparece como ruta poco explorada y aquí encuentra un hilo documental; que el tránsito religioso maronita al rito latino —por razones prácticas y no de conversión— se convierte en clave interpretativa para comprender formas de integración en el país.

CAPITULO 2: DEL CANDENTE HEDOR DE LA SANGRE Y LA ARENA, AL CARIBE COLOMBIANO.

Sirios, libaneses y palestinos. El proceso de emigración en oriente a la inmigración en el sur.

Al mejor estilo garcíamarquiano, esta historia retrata a miles de Melquíades en una lejana aldea del Caribe, junto a un río descomunal que, en invierno, arrastra casas sin pedir permiso. Esos Melquíades que, según muchos locales, sin ellos no habría habido hielo, ni electricidad, ni mucho menos progreso. El relato parece mágico, casi inverosímil, pero es real: llegaron con sus cachivaches y se quedaron.

Hoy, a los caribes nos queda la mezcla de sangres: negra, indígena, española y, por si no fuera suficiente, la árabe. La magia, sin embargo, comenzó miles de kilómetros lejos de esta costa, en Beirut y Damasco. Las pócimas nacieron en el Mediterráneo, cruzaron Gibraltar y se adentraron en la incertidumbre del Atlántico.

Aquellos inmigrantes, inmortalizados como “turcos” en el puerto colombiano y hoy algunos convertidos en senadores de la República, forman parte de una historia que se nutre de fuentes secundarias, pero también de la imaginación y la memoria colectiva. Este relato es un intento de reconstruir ese realismo mágico que impregnó los mares y ríos colombianos hasta erigir una colonia que el tiempo bautizó como la Lorica Turca.

Antecedentes de la llegada

Las guerras, el hambre, los enfrentamientos, los conflictos religiosos y políticos, los juegos de poder, la imposición cultural, el miedo y las huidas para sobrevivir constituían el pan de cada día para los sujetos provenientes de los territorios del Líbano, Siria y Palestina. Como recuerda

Behaine G. (1989, citado en De la Hoz, 2003): “En esa época, cuando un joven era reclutado, sus parientes lloraban por él, como si muriera. El servicio no tenía límite de tiempo y además era cruel”, un testimonio que revela el profundo dolor asociado al reclutamiento y al contexto bélico de inicios del siglo XX. La Primera Guerra Mundial (1914) agudizó esta situación y se convirtió en el punto de quiebre que impulsó a muchos habitantes de estas regiones a emigrar, tomando las Américas —y entre ellas, Colombia— como destino preferente. No obstante, antes de este conflicto ya existían procesos de migración interna o regional, producto de un pasado amplio y conflictivo. Este primer apartado propone, precisamente, algunos acercamientos históricos y sociales a estos antecedentes que marcaron la llegada de estas comunidades.

Como punto de partida, y con el fin de delimitar los sucesos históricos que marcaron el siglo XIX —periodo que antecede y da inicio a las migraciones desde estos territorios medioorientales hacia Suramérica—, es pertinente situarse en el Imperio turco otomano, gobernado por el sultán Mahmud II entre 1808 y 1839. Su mandato se caracterizó por el interés en expandir el imperio y recuperar los territorios sirio, libanés y palestino, entonces bajo control egipcio. En este contexto, De la Hoz (2003) señala que “en 1831 Mehmet Alí de Egipto, protegido de Francia, aprovechando que Turquía había salido debilitada de su guerra con Rusia, envía a su hijo Ibrahim a la cabeza de las tropas egipcias que invadieron Siria, Líbano y Palestina, quienes permanecieron en estos territorios hasta 1840” (p. 10).

Cabe aclarar que el discurso empleado por el sultán Mahmud II para justificar el reclutamiento militar y el expansionismo territorial tenía un carácter profundamente religioso. Este enfoque permitió la formación de los denominados jenizaros, una fuerza militar compuesta en gran parte por cristianos maronitas. Parafraseando a Basmagi (2019), el objetivo central del

imperio era imponer el islam no solo como religión, sino también como forma de vida (p. 57). Este aspecto no fue menor: más allá de las condiciones políticas y económicas del territorio, existió un marcado componente étnico-religioso que atravesó los conflictos en estas zonas mediorientales y que, a su vez, incidió de manera decisiva en sus procesos de migración.

Tras la recuperación violenta de los territorios sirios, libaneses y palestinos por parte del Imperio otomano —que habían permanecido bajo dominio egipcio durante nueve años—, estas regiones quedaron configuradas como comunidades profundamente diversas en lo religioso. El retorno al control otomano deterioró aún más las relaciones entre cristianos maronitas y drusos musulmanes, aunque en la zona también coexistían otras comunidades como ortodoxos, chiitas, sunitas, entre otros. Maronitas y musulmanes, grupos predominantes, se vieron especialmente afectados por la implementación de las leyes del Tanzimat, iniciadas en 1839. Sin embargo, sería a partir de 1841 cuando dichas reformas impulsarían una polarización mucho más radical entre ambos grupos.

En 1841 estallaron violentos enfrentamientos entre drusos y maronitas, lo que obligó a las autoridades de la Sublime Puerta a instaurar un régimen de administración directa en el Monte Líbano. Esto condujo a la creación de dos distritos caimacatos —uno druso y otro maronita—, medida que, lejos de apaciguar las tensiones, acentuó la división entre las comunidades (Kabchi y Raymundo, 1997, p. 26).

La creación de los caimacatos en el Líbano profundizó las divisiones internas al fragmentar territorialmente a la población: los drusos quedaron ubicados en el sur y los maronitas en el norte. Cada distrito quedó bajo la autoridad de un caimacán impuesto por el poder otomano —uno cristiano maronita y otro druso musulmán—, siguiendo la propuesta europea de administrar la región como respuesta inmediata al conflicto. Sin embargo, aunque

esta medida pretendía restablecer el orden, pronto evidenció su carácter excluyente: las demás comunidades religiosas —ortodoxos, chiitas, sunitas y otras— quedaron ante el dilema de adscribirse forzosamente a uno de los dos distritos o permanecer en una zona intermedia donde el enfrentamiento era más intenso. Esta reorganización administrativa, lejos de mitigar las tensiones, fomentó la polarización y aceleró los desplazamientos de población hacia territorios cercanos en busca de seguridad.

La violencia entre drusos y maronitas, sin embargo, no respondía únicamente a motivos religiosos. Las causas profundas eran económicas y políticas: los maronitas, más afines a las dinámicas del Imperio Otomano y con mayor capacidad de acumulación económica, concentraban un poder que generaba creciente malestar entre los drusos. Esa tensión se agravó con la implementación de los *wekils* o *wekits*, una propuesta impulsada por Francia para otorgar representación política a miembros de diferentes comunidades dentro de los *caimacatos*, siempre bajo dependencia del mismo distrito. La medida fue rechazada por los drusos, quienes consideraban que debilitaba su influencia. En 1845 la situación estalló en una guerra civil que se prolongó durante seis semanas: “los drusos iniciaron una guerra civil contra los maronitas que duró aproximadamente seis semanas dado que no estaban de acuerdo con los *wekits*” (Basmagi, 2019, p. 72). Este conflicto marcó un punto de inflexión que radicalizó las divisiones y profundizó el ciclo de violencia interreligiosa en la región.

La resolución de esta guerra civil generó una serie de tensiones políticas entre el Imperio otomano y las potencias europeas, que se responsabilizaban mutuamente por el conflicto. Como primera medida, y por orden de Chekib Effendi —ministro de Asuntos Extranjeros—, se ejecutó un proceso de desarme y evacuación tanto de los *caimacanes* como de los funcionarios extranjeros presentes en la región.

Posteriormente, el 17 de octubre, tras varias negociaciones, la Sublime Puerta¹ aceptó restituir a los caimacanes en sus cargos. A partir de este momento, Chekib Effendi promulgó una serie de disposiciones conocidas como el *Reglamento Chekib Effendi*, mediante las cuales introdujo reformas significativas al sistema del doble caimacato con el fin de garantizar un ejercicio más eficaz de la administración. (Basmagi, 2019, p. 73)

El reglamento impulsado por Chekib Effendi estableció la institución de los *medjlis*, un elemento fundamental para comprender la reorganización política y económica del Líbano. Mientras tanto, Francia reapareció en la escena con intereses evidentemente expansionistas, especialmente en torno al mercado de la seda libanesa. Paralelamente, los caimacatos experimentaron una nueva crisis económica. Comenzó a consolidarse una burguesía emergente que desplazó progresivamente a los obispos maronitas del control del poder en el caimacato del norte (Basmagi, 2019).

Sin embargo, las tensiones religiosas entre drusos y maronitas no solo persistieron, sino que se intensificaron con la promulgación de la ley de 1856, la cual buscaba establecer igualdad legal entre las comunidades del imperio. Esta reforma provocó un nuevo levantamiento maronita, motivado tanto por la imposición del servicio militar obligatorio como por el creciente malestar ante la precarización económica que afectaba a numerosos trabajadores, en gran parte debido a la presión francesa por monopolizar la industria de la seda —un intento que al inicio no prosperó.

Tras décadas de conflictos confesionales, disputas territoriales y crisis políticas y económicas entre drusos musulmanes y cristianos maronitas, los intentos del Imperio Otomano por contener la intervención armada europea se mostraron insuficientes. El aumento de muertes, especialmente entre los maronitas, agravó la situación. Sobre esto, De la Hoz (2003) afirma que “esta situación de malestar estalló en 1860, cuando los musulmanes atacaron varias poblaciones

¹ La Puerta o la Sublime Puerta se refiere al Imperio turco otomano, particularmente en un contexto diplomático.

cristianas libanesas, y luego extendieron su estela de persecuciones a Damasco, donde fueron masacrados miles de cristianos maronitas” (p. 11).

Frente al caos y movida por intereses estratégicos, Francia aprovechó las circunstancias para intervenir militarmente entre agosto y septiembre de 1860, en coordinación con el imperio otomano. Según Basmagi (2019), “los militares franceses llegaron a Beirut y en conjunto con las tropas otomanas llegaron a Deir el Kamar, y después, hasta Beit el Din, así que pudieron proteger a los cristianos maronitas, siendo pues el Líbano finalmente ocupado por los franceses” (p. 75). Esta intervención marcó un punto de inflexión tanto en la configuración política del territorio como en las dinámicas que más tarde impulsarían nuevos movimientos migratorios.

De la masacre de 1860 ocurrida en Damasco —que dejó un elevado número de víctimas cristianas maronitas— y de la posterior ocupación militar francesa del territorio, surgió la necesidad de reestructurar por completo la organización política del Líbano. Este proceso implicaba delinear nuevas fronteras administrativas y establecer un marco jurídico renovado. En ese contexto, con la participación de poderes europeos como Francia, Inglaterra e Italia, se elaboró el *Reglamento Orgánico del Líbano*, promulgado en 1861 y vigente hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial en 1914.

“El reglamento preveía el establecimiento en la montaña libanesa de un Mutasarrifato autónomo, que dependía directamente de Estambul, pero era administrado por un gobernador cristiano, no libanés” (De la Hoz, 2003, p. 19). Parafraseando a García (2005), conviene resaltar los artículos más significativos para comprender la reorganización territorial: el primer artículo regulaba el cargo del gobernador y el ejercicio del poder ejecutivo, y especificaba que este debía ser cristiano, aunque no podía ser ni indígena ni extranjero; el segundo artículo creaba un consejo administrativo y legislativo — *Medjlis*— ; y el tercero dividía el Líbano en seis provincias, cada

una bajo la autoridad de un caimacán (p. 242).

Este reglamento dejó en evidencia tanto la segregación y exclusión de otras confesiones religiosas como la marcada afinidad política hacia los maronitas, además del papel decisivo que tuvo la intervención europea en la configuración institucional del territorio. No obstante, la relativa estabilidad lograda tras la implantación del Reglamento Orgánico se vio abruptamente interrumpida con el estallido de la Primera Guerra Mundial. El Imperio otomano intensificó su dominio y ejerció mayor presión sobre la población local, especialmente a través del reclutamiento obligatorio de jóvenes varones. A las viudas que habían quedado tras las masacres de 1860 se sumó el drama de perder ahora a sus hijos, obligados a servir en un ejército que no reconocían como propio.

Este episodio resulta fundamental para comprender las razones que motivaron a tantos jóvenes —solteros y casados, en su mayoría hombres— a emigrar hacia América, buscando evadir un destino marcado por la violencia y la imposición. Como afirma De la Hoz (2003, p. 12): “La dominación otomana fue tal vez la razón más poderosa que tuvieron los jóvenes árabe-cristianos para emigrar hacia el continente americano. Era, además, una forma de eludir el servicio militar obligatorio instaurado desde 1908”.

El Imperio otomano, aliado de la Triple Alianza, vio en la Primera Guerra Mundial una oportunidad para reafirmar su presencia política y militar en la región. Esta decisión también respondía al trasfondo de tensiones acumuladas con Francia desde mediados del siglo XIX. No obstante, su estrategia de confrontación —que incluyó la participación en ofensivas contra Rusia— terminó acelerando el progresivo debilitamiento y posterior desintegración del imperio.

Hacia finales del conflicto, los territorios de Siria y Líbano ya habían sido objeto de disputa y reparto entre las potencias europeas; los otomanos habían sido expulsados y Francia y

Gran Bretaña comenzaban a consolidarse como fuerzas dominantes en la región. La caída del Imperio otomano se explica, en gran medida, por dos acontecimientos determinantes: la represión ejercida por Djemal Pasha sobre la Merkezye y la ruptura definitiva con las comunidades armenias y griegas, que fueron expulsadas de los territorios que luego conformarían el Estado turco (Basmagi, 2019, p. 80).

Con el fin de la guerra en 1918, los territorios de Líbano, Siria y Palestina quedaron bajo control francés. Tras décadas de intentar intervenir y gobernar indirectamente la región —e incluso de confrontar militarmente al propio Imperio otomano—, Francia consolidó su “jugada maestra”: presentarse como mediadora y protectora en el contexto bélico, lo que legitimó su ocupación posterior.

A la luz de este panorama, las migraciones procedentes de Líbano, Palestina y Siria pueden dividirse en dos grandes oleadas. La primera se produjo durante las guerras y masacres de 1860, motivadas principalmente por conflictos de carácter religioso. La segunda tuvo lugar entre 1914 y 1918, asociada al endurecimiento del dominio otomano y al reclutamiento forzoso de jóvenes varones tras la alianza del imperio con la *Triple Alianza*. Ambos procesos explican los antecedentes y causas que llevaron a miles de migrantes a desembarcar en puertos colombianos bajo la etiqueta genérica —y equívoca— de “turcos”.

El proceso de asentamiento de los sirios palestino y libanes en Colombia desde 1880 hasta 1930

La “galleta turca” voceada en las calles de Barranquilla, Córdoba y buena parte del Caribe colombiano; el quibbe, el tabule y el repollito, comidas de origen medio oriental; los apellidos particulares de mis compañeros de colegio —Jattin, Fahara, Amín, Calume— y el de mi abuela paterna, Sáleme, digna hija de un “turco”. Estos vestigios, aún latentes en la cotidianidad del

indígena, del campesino y del poblador colombiano desde finales del siglo XIX e inicios del XX, son los que este apartado busca comprender.

Las migraciones constituyen un fenómeno mucho más complejo que el simple traslado de poblaciones de un espacio a otro. En el caso de los libaneses, sirios y palestinos, los factores que motivaron la movilidad fueron específicos y diversos. Pero el sujeto migrante nunca parte de cero: lleva consigo su territorio, sus prácticas y sus raíces. Así, en el encuentro con la sociedad de llegada se produce la convivencia forzada de dos mundos distintos, cuyo vínculo da lugar a un nuevo espacio. En el caso colombiano, ello se tradujo en la construcción de un “Caribe turco”.

Del conflicto al azar del paraíso

Las causas de las migraciones ya se expusieron en el primer apartado, pero resulta necesario detenerse en las rutas marítimas que emprendieron aquellos jóvenes hombres —rebeldes, si se quiere— que se negaban a la imposición del Imperio otomano, al reclutamiento militar obligatorio y a las violencias derivadas de las tensiones religiosas entre drusos musulmanes y cristianos maronitas.

La ruta más frecuente para los primeros migrantes era zarpar desde sus lugares de origen hacia Norteamérica, principalmente con destino a Nueva York. Sin embargo, dadas las condiciones desfavorables y los procesos de transformación que vivía esta región a finales del siglo XIX, muchos decidieron probar suerte en otros territorios, movidos más por el azar que por motivos planificados. Como señala Fawcett (1991), los migrantes arribaban a Sudamérica “casi por casualidad o debido a maniobras de inescrupulosos agentes marítimos” (p. 9).

En cambio, las migraciones posteriores —ya entrado el siglo XX— respondían a dinámicas diferentes: muchos viajeros se dirigían directamente a Suramérica motivados por la presencia de familiares o conocidos previamente establecidos en la región. No debe parecer

extraño que el ideal inicial de muchos migrantes fuera trabajar, reunir dinero y regresar a su lugar de origen. Sin embargo, las condiciones sudamericanas —y en especial la singularidad que representaba la costa colombiana— les depararían un futuro distinto. Colombia no figuraba entre los destinos más atractivos en un principio. Para los migrantes resultaban más seductores países como Brasil, Argentina o Chile. No obstante, la costa Caribe colombiana terminaría convirtiéndose en un enclave significativo y en un referente dentro de las migraciones provenientes del Medio Oriente (Fawcett, 1991).

La costa atlántica colombiana fue el principal punto de llegada de estos migrantes. Puerto Colombia, con su gran muelle construido en 1890, se convirtió en un factor clave para el recibimiento de sirios, palestinos y libaneses. Sin embargo, para los lugareños todos eran “turcos”, pues portaban pasaportes emitidos por el Imperio otomano. De ahí proviene la confusión que, hasta hoy, persiste al englobar a estas comunidades bajo una sola denominación, aunque no provinieran directamente de Turquía. Los primeros registros de ciudadanos de origen sirio en Colombia datan de 1884. Sobre este punto, Domínguez (2019) señala que “uno de los primeros ciudadanos otomanos en llegar al país fue Tufik Aljure. Tras de él llegaron cientos de jóvenes varones y solteros” (p. 7). Fawcett (1991) complementa esta información al indicar que “los primeros arribos identificados de inmigrantes sirio-libaneses a Colombia datan de la década de 1880. Entre los primeros en llegar se encontraron los hermanos Marún, del Líbano; Meluk y Rumié, de Damasco; y Muvdi, de Betjala” (p.11).

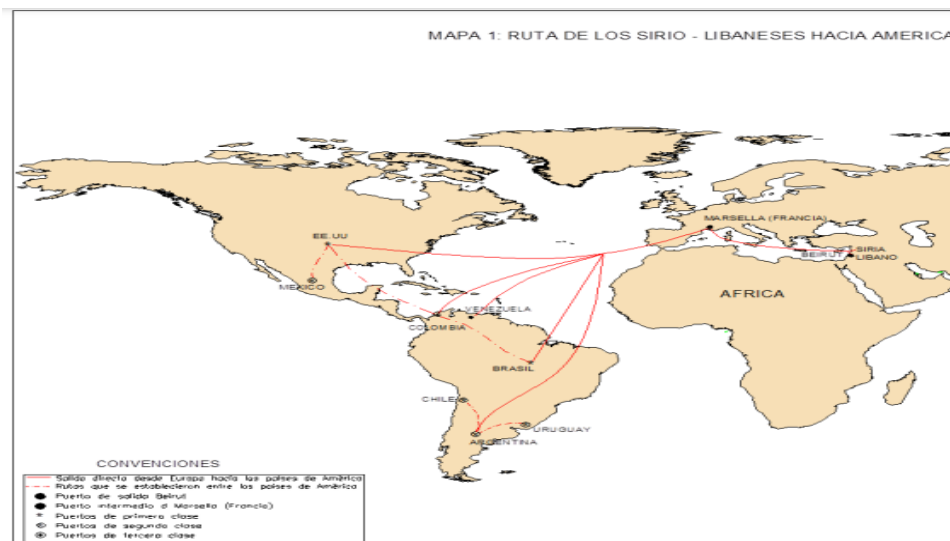
Para profundizar en el contexto de la travesía marítima emprendida por individuos provenientes del Medio Oriente, resulta pertinente revisar un fragmento de una entrevista realizada por Domínguez (2019) a un descendiente palestino en 1950, quien relata:

Mi tío se demoró 43 días en barco. Viajó de Jordania al Canal de Suez, y de Egipto a

Italia y de Italia a Cartagena. Estando en Cartagena, un paisano le dijo que había palestinos en el interior, así que se vino [...] Porque el destino de mi tío era Brasil [...] Mi tío le dijo a mi papá que se viniera, que acá le tenía trabajo [...] y conformaron una sociedad, de la que surgió una empresa en la que aún estamos.” (p. 9).

Del fragmento anterior pueden extraerse dos aspectos relevantes. El primero es la duración de la travesía que debían afrontar los migrantes antes de pisar tierras colombianas. El relato enfatiza un viaje de 43 días, en el que el familiar entrevistado pasó por tres países antes de llegar a Cartagena, lo que equivale a casi dos meses de trayecto. Considerando otros testimonios que señalan a Norteamérica como punto inicial y, desde allí, un posterior desplazamiento hacia el sur, se puede deducir que el tiempo que tardaban en arribar sirios, libaneses y palestinos a Colombia oscilaba entre dos y tres meses. Este lapso, sin embargo, variaba según la existencia de familiares o paisanos previamente establecidos en Sudamérica

Ilustración 1. Ruta tentativa por los primeros migrantes del territorio



Fuente: Rhenals (2013, p. 65)

El segundo aspecto que deja ver el entrevistado, y que ya se había señalado en páginas anteriores, es la importancia de las redes familiares. Estas se fueron consolidando a partir de las

primeras olas migratorias de 1860, y resultaron fundamentales para conectar la costa Caribe colombiana y sus principales puertos con los países del Medio Oriente.

Sobre el número aproximado de migrantes que llegaron en las distintas olas entre 1860 y 1930 se dispone de muy poca información. Sin embargo, a partir de un análisis estadístico basado en registros portuarios, Fawcett (1991) estimó que hacia 1960 cerca de 30.000 migrantes provenientes de Siria, Palestina y el Líbano habían desembarcado en los puertos de Cartagena y Barranquilla. No obstante, el autor no ofrece datos precisos acerca de los picos migratorios ocurridos entre 1860 y 1930. Por lo tanto, con base en las cifras expuestas por Fawcett (1991), puede afirmarse que entre 1890 y 1930 se presentó un flujo constante de migrantes.

Sobre el asentamiento y la formación de un imperio

Para iniciar este apartado conviene retomar lo ya expuesto: se han identificado varias olas migratorias, principalmente dos grandes, mientras que el resto puede entenderse como un flujo constante entre 1860 y 1930, periodo que incluso podría extenderse hasta 1945. Este marco temporal resulta relevante para comprender los procesos de asentamiento en los territorios de la costa colombiana, donde se concentraron los primeros contactos con habitantes de Barranquilla, Santa Marta, Cartagena, Lorica, el Chocó y otras regiones que se mencionarán más adelante. Fue allí, a través de desplazamientos estratégicos y convenientes, donde los migrantes decidieron consolidar un verdadero imperio comercial; sin embargo, este proceso no ocurrió de inmediato, sino que se fue gestando con el tiempo.

Los primeros migrantes provenientes del Medio Oriente ingresaron principalmente por los puertos del Caribe. Se ha afirmado con frecuencia que la mayoría eran jóvenes solteros; sin embargo, esta caracterización no puede aplicarse de manera absoluta. Existen excepciones que permiten matizar esa afirmación. Un caso ilustrativo es el de Moisés Mebarak, quien llegó a

Cartagena acompañado de su esposa. Sobre este ejemplo, Rhenals (2013) señala: “el inmigrante sirio Moisés Mebarak, quien llegó junto a su esposa Labibe Spath en el año de 1886 a Cartagena, en busca de una mejor vida en cualquier puerto de América” (p. 97). Este testimonio evidencia que, aunque la presencia de hombres jóvenes solteros fue predominante, no todos los migrantes respondían a ese patrón. De hecho, con el tiempo, muchos de ellos establecerían vínculos afectivos en Colombia, formando familias con mujeres colombianas, indígenas o afrodescendientes, particularmente en la zona costera.

En relación con estas primeras olas migratorias, resulta fundamental subrayar su inclinación por el comercio, especialmente por la venta de mercancías. Fawcett (1991) lo resume con precisión: “Típicamente, el recién llegado disponía de pocos recursos económicos, y llevaba comúnmente una maleta llena de mercancías para comenzar una vida de buhonero” (p. 12). Este fragmento revela que parte importante de la cultura libanesa, siria y palestina llegó a América resguardada en esas maletas cargadas de pequeños objetos, indispensables para asegurar su supervivencia y sus primeras oportunidades económicas en los puertos de llegada. Aunque muchos asentamientos surgieron como resultado del azar y de las circunstancias del viaje, puede afirmarse que estos migrantes portaban consigo un plan de acción ligado al comercio, actividad que conocían profundamente debido a su tradición mercantil, heredada desde tiempos de la antigua ruta de la seda.

Para este nuevo conjunto de migrantes, las condiciones de llegada y las posibilidades de inserción económica fueron diversas. Si bien muchos arribaban motivados por redes familiares ya asentadas en la región, otros—como los hermanos Abuchar y Meluk—lo hicieron con capital suficiente para invertir de inmediato en actividades comerciales, lo que evidencia la heterogeneidad socioeconómica de estas olas migratorias. Este contraste se aprecia también en la

experiencia de Moisés Mebarak, quien, lejos de iniciar como buhonero, consolidó rápidamente una red de almacenes y propiedades en Cartagena hacia finales del siglo XIX (Rhenals, 2013).

Estas diferencias internas muestran que la presencia de comerciantes “turcos” en ciudades como Barranquilla y Cartagena no respondió a un único patrón migratorio, sino a múltiples trayectorias económicas que coexistieron y se adaptaron al entorno local. Sin embargo, para comprender plenamente el impacto que estos migrantes tuvieron en la región, resulta indispensable situar su llegada dentro del contexto económico y comercial del Caribe colombiano a finales del siglo XIX.

En efecto, aunque la historiografía ha destacado reiteradamente la asociación entre estos migrantes y el comercio de telas, artículos para el hogar y mercancías diversas, esta actividad no surgió en un vacío. La costa ya contaba con un circuito comercial consolidado, en expansión y con una economía regional en pleno auge, lo cual explica tanto la rápida adaptación de los recién llegados como su progresiva influencia en el desarrollo económico local (Rhenals, 2013). A partir de este panorama, es posible analizar con mayor precisión cómo las prácticas comerciales de los migrantes provenientes de Medio Oriente se articularon con los procesos de transformación económica de la región Caribe.

Tras analizar cómo los migrantes provenientes de Siria, Líbano y Palestina ingresaron a los puertos del Caribe y se insertaron en los circuitos comerciales ya existentes, es posible comprender con mayor claridad por qué lograron desempeñar un papel tan decisivo en la consolidación económica de la región. Este contexto de progreso económico en la costa colombiana a finales del siglo XIX facilitó no solo su integración, sino también el fortalecimiento de nuevas redes comerciales, las cuales se expandieron gracias a la experiencia y las estrategias mercantiles que estos migrantes traían consigo.

La articulación entre esta población y el entorno colombiano estuvo marcada por una combinación de factores: azar, oportunidades económicas y condiciones socioculturales. En un principio, los recién llegados probaron suerte en las principales ciudades del Caribe y, posteriormente, en pueblos donde su impacto sería significativo, como Lórica o Quibdó. Estos desplazamientos previos al asentamiento definitivo evidencian que la migración no fue un proceso lineal, sino una serie de recorridos estratégicos, motivados tanto por las condiciones locales como por redes de paisanos ya consolidadas.

Un caso ejemplar es el del libanés Moisés Jattin, quien ilustra las múltiples movilidades propias de estos procesos migratorios: tras pasar por Norteamérica, Puerto Colombia, Barranquilla y Cartagena, terminó estableciéndose en Lórica. Su trayectoria no fue excepcional, sino representativa de una época en la que el asentamiento definitivo se lograba tras varios intentos y desplazamientos.

Si bien estas movilidades respondieron en parte a oportunidades económicas, también estuvieron marcadas por factores socioculturales, entre ellos el lugar de origen y las creencias religiosas. Los sirios tendieron a establecerse en Cartagena, los palestinos en La Guajira, Barranquilla y Santa Marta, y los libaneses en Córdoba (Domínguez, 2019). No obstante, estas tendencias no fueron absolutas: en las primeras décadas del siglo XX es posible identificar familias de diversas procedencias distribuidas en múltiples puntos del país, vinculadas entre sí por los circuitos comerciales que unieron la costa Caribe, el Atrato y el interior.

Hasta este punto se ha mostrado que las migraciones provenientes del Medio Oriente, ocurridas entre finales del siglo XIX e inicios del XX, no constituyeron un proceso lineal ni homogéneo, sino una dinámica compleja marcada por múltiples matices. Desde los primeros migrantes que arribaron a los puertos colombianos con una maleta al hombro, sin recursos y sin

conocer el idioma español, hasta aquellos que llegaron recomendados por familiares o, en menor medida, con algunos ahorros y expectativas de superar sus dificultades, las experiencias fueron profundamente diversas. Esta heterogeneidad obliga a examinar con detalle los procesos de asentamiento, así como los desarrollos económicos y sociales que protagonizaron las poblaciones sirias, libanesas y palestinas desde su llegada. En particular, resulta fundamental analizar su establecimiento inicial en ciudades portuarias como Barranquilla y Cartagena y, posteriormente, su incursión en las rutas fluviales que comunicaban con el interior del país, entre ellas la del río Sinú.

El Caribe Medio Oriental

Cartagena y Abarquillara fueron, sin duda, las principales ciudades de la costa Caribe colombiano que recibieron a la mayoría de los migrantes provenientes del Medio Oriente. Al respecto, Rhenals (2013) señala: “Los puertos marítimos de Cartagena de Indias y Barranquilla (Puerto Colombia), dada su condición de principal puerta de entrada del país para la época, recibieron a la mayoría de los inmigrantes llegados a Colombia” (p. 53). Este hecho marcó el primer contacto entre cartageneros y barranquilleros con los llamados “turcos”.

Sin embargo, hacia inicios del siglo XX comenzaron a registrarse manifestaciones de rechazo hacia esta comunidad. Como lo indica Fawcett (1991), “en 1908, un periódico de Cartagena clamaba por la prohibición de toda inmigración oriental, y en 1913 inspectores en el mismo puerto manifestaban que los sirios y ‘turcos’ estaban entre los grupos cuya entrada al país debería ser impedida” (p. 24). Es decir, si bien socialmente su presencia fue cuestionada, en el plano económico los migrantes lograron insertarse rápidamente en los circuitos comerciales de la región, estableciendo almacenes y desarrollando diversas actividades mercantiles.

Los sirios y palestinos fueron quienes se asentaron mayoritariamente en Cartagena y

Barranquilla. Los libaneses, aunque inicialmente llegaron a estas mismas ciudades, tendieron luego a desplazarse hacia poblaciones aledañas y otros pueblos de la costa. Entre las primeras familias destacadas en estas ciudades se encuentra la familia Muvdi, encabezada por Elías Muvdi, palestino proveniente del valle de Beit Jala, quien llegó a Colombia a finales del siglo XIX. Sobre este migrante, Moyano (2018) señala:

Elías Muvdi logró abrir una pequeña tienda en las colmenas del mercado público, donde inició nuevas actividades comerciales vendiendo mercancías al por menor. Esta actividad estuvo en auge durante las primeras décadas del siglo XX, en parte por la dinámica económica que experimentó Barranquilla. Sin embargo, para 1920 Elías Muvdi había invertido en otros negocios relacionados con el crédito y la finca raíz, lo que le permitió forjar una gran fortuna, al tiempo en que se convertía en un individuo reconocido dentro y fuera de la comunidad árabe de Barranquilla (p. 21).

Este fragmento no solo ilustra las afinidades comerciales que caracterizaron a muchos migrantes sirios, libaneses y palestinos, sino también su notable ascenso social y económico. Muchos de ellos no se limitaron a un solo giro de negocio, sino que diversificaron sus inversiones y alcanzaron posiciones influyentes en el ámbito político-social de estas ciudades. No resulta sorprendente que la firma comercial más antigua inscrita en la Cámara de Comercio de Barranquilla pertenezca a un migrante palestino: *la Firma Bichara Jassir y Cía*, registrada en 1895. En el caso de Cartagena, sobresale el sirio Carlos Rumié, uno de los fundadores de la Cámara de Comercio de la ciudad (De la Hoz, 2003).

Otro migrante —esta vez proveniente del Líbano y ya mencionado anteriormente— cuya trayectoria resulta fundamental es Moisés Mebarak. Él llegó junto a su esposa, Labibe Spath, a Cartagena en 1886 e inició actividades en el comercio de telas y artículos para el hogar. Tras su

fallecimiento en 1904, fue su esposa quien asumió el manejo del negocio y, para 1914, había construido un verdadero emporio comercial que dejó en manos de sus hijos. Sobre este caso, Rhenals (2013) afirma:

Era propietaria de los almacenes Almacén Nuevo y El Bazar Parisiense, y de las tiendas El Sol y La Luna. Al año siguiente, sus hijos Alberto y Felipe tomaron las riendas de los negocios y fundaron en Cartagena la sociedad Mébarak Hermanos (p. 95).

Los ejemplos anteriores evidencian que las migraciones provenientes del Medio Oriente introdujeron una marcada especialización laboral en el comercio, dinamizaron el mercado regional y contribuyeron decisivamente a la expansión de los circuitos de intercambio ya existentes en Colombia hacia finales del siglo XIX. No obstante, es pertinente señalar excepciones a estas tendencias generales. De la Hoz (2003) menciona, por ejemplo, a miembros de la familia Cueter, de origen sirio, quienes incursionaron en la hotelería y la ganadería; a los Chagüi y los Rumié, vinculados a la navegación fluvial; y a los Char, quienes se destacaron en la joyería y platería.

El caso de los Char resulta especialmente ilustrativo para comprender los ascensos sociales y económicos alcanzados por algunos migrantes gracias a la diversificación de sus actividades y a sus estrategias de inserción comercial. Aunque su origen es sirio-libanés y se sabe que ingresaron al país por Puerto Colombia, esta familia decidió establecerse inicialmente en un punto estratégico de comercio: Lorica. Allí, los Char Abdala fundaron su primera joyería. Posteriormente —y por razones todavía poco estudiadas— se trasladaron a Barranquilla. Este movimiento pudo obedecer al crecimiento acelerado de la ciudad a mediados del siglo XX o a tensiones comerciales con otra familia que comenzaba a posicionarse en la actividad algodonera: los Sáleme.

Sobre este proceso, De la Hoz (2003) señala:

El ascenso social de una familia sirio-libanesa, desde el establecimiento de un taller de joyería y una tienda en Lorica, hasta la incursión en política y su consolidación como uno de los grupos económicos más poderosos de Colombia: el ‘Holding Olímpica’ de los hermanos Char Abdala, nacidos en Lorica y radicados en Barranquilla (p. 6).

Este caso revela además la posición de inversionistas que los Char asumieron desde el inicio. La apertura de una joyería no era una actividad accesible para quienes llegaban con pocos recursos, lo que sugiere que esta familia disponía de un capital inicial considerable —superior al de los migrantes que arribaban con maletas cargadas de mercancías menores para la venta ambulante.

Hasta este punto, el análisis ha permitido precisar dos aspectos fundamentales. En primer lugar, la función que desempeñaron ciudades-puerto como Barranquilla y Cartagena como puertas de ingreso para los migrantes provenientes del Medio Oriente. En segundo lugar, la manera en que el posicionamiento social de estos grupos —que pasó de manifestaciones iniciales de rechazo a una posterior aceptación, incluso entusiasta— facilitó no solo su integración al circuito comercial ya existente, sino también una reconfiguración significativa de las formas de intercambio entre la costa Caribe y el interior del país.

En relación con este proceso, Rhenals (2013) explica que:

A su llegada al Caribe colombiano y al Atrato, los inmigrantes sirio-libaneses iniciaron un proceso de inserción a la vida económica y social de la región. Ese proceso estuvo marcado por la construcción de redes de negocios y el establecimiento de relaciones económicas y sociales, que oscilaron entre lo legal e ilegal. A través de un conjunto de mecanismos de articulación a las zonas en estudio, estos inmigrantes lograron

establecerse con solidez en las diferentes esferas de la sociedad (p. 94).

La referencia a prácticas “ilegales” resulta especialmente llamativa. Si bien hoy ciertos descendientes de estas familias se han visto involucrados en escándalos de corrupción —como el mencionado caso de la familia Char—, a comienzos del siglo XX dichas prácticas estaban más bien asociadas a la falsificación de monedas. Este fenómeno tenía relación directa con la desorganización monetaria de la época y con la débil intervención estatal en el control entre metales de intercambio y papel moneda, un escenario que solo empezó a transformarse con la creación del Banco de la República en 1923. Antes de ello, desde 1870, habían operado únicamente pequeños bancos comerciales. Estos episodios de falsificación, así como la caracterización de algunos migrantes como “pícaros”, alimentaron el rechazo que sectores de la prensa expresaron hacia ellos.

Ahora bien, más allá de estas tensiones iniciales, el verdadero impacto de estas comunidades se evidenció en las redes comerciales que lograron consolidar. Para comprender este proceso, resulta fundamental considerar las condiciones geográficas del país y, en particular, el aprovechamiento de los sistemas hídricos. Los migrantes utilizaron los ríos como rutas naturales de movilidad e intercambio: fomentaron la navegabilidad del Sinú y el Atrato, y también aprovecharon la ya establecida del Magdalena para penetrar hacia el interior. Sin embargo, estos desplazamientos solo fueron posibles gracias a la existencia de centros estratégicos en el Caribe, especialmente Barranquilla y Cartagena, desde donde se articulaban las rutas comerciales y se proyectaban los asentamientos hacia poblaciones menores que, con el tiempo, se convertirían en puntos clave del comercio regional (Rhenals, 2013, p. 92).

Teniendo presente los puertos de ingreso, y una vez comprendido cómo Cartagena y Barranquilla funcionaron como puertas de entrada y espacios iniciales de inserción económica y

social, surge una pregunta inevitable: ¿qué ocurrió después de que estos migrantes lograron asentarse en el Caribe? La respuesta conduce a un territorio que, con el paso del tiempo, adquirió un carácter casi mítico dentro de la historia migratoria del país por la fuerza de su colonia árabe: Santa Cruz de Lorica. Este pueblo, ubicado estratégicamente sobre el río Sinú, se transformó en uno de los enclaves comerciales más importantes para sirios, libaneses y palestinos, no solo por sus condiciones geográficas y fluviales, sino también por las redes económicas y sociales que allí consolidaron y que reconfiguraron profundamente las dinámicas comerciales entre la costa Caribe y el interior de Colombia.

La Lorica turca y sus alrededores.

Es evidente que este escrito se ha construido, en buena medida, a partir de hechos secundarios sobre la historia de las migraciones de un grupo específico, conocidos con mucho folclor costeño como “los turcos”. No obstante, aunque resulta fundamental narrar los acontecimientos tal y como las fuentes históricas lo permiten, tampoco puede dejarse de lado la voz del autor que escribe estas líneas. Esa voz se hace más intensa cuando hablo de Lorica, pueblo en el que tuve la fortuna de vivir y de sumergirme en su profundidad cultural, en su cotidianidad y en esa prodigiosa capacidad para engendrar escritores tan grandes como Manuel Zapata Olivella o David Sánchez Julia. Por ello, este apartado se propone entrelazar fragmentos de mi vida cotidiana en Lorica con fuentes históricas que amplíen el panorama de esas vivencias. Al fin y al cabo, contar historia es también contar lo cotidiano, pues todo pasado vivo es la materia con la que se escribe el presente.

Recorrer el pasado de las vidas que nos anteceden es un ejercicio fascinante cuando se ama la historia. En mi caso, me preceden indígenas, africanos, italianos y árabes. Estos últimos llegan a mí como herencia directa de mi abuela paterna, María Sáleme, hija de un libanés

llamado Julio Sáleme. Julio arribó a Lorica siendo apenas un niño, tomado de la mano de su padre, Edwin Sáleme. Ambos remontaron las aguas del Sinú en contra de su corriente, guiados por paisanos que ya se habían establecido en la región y que actuaron como los primeros lazos de esa red migratoria.

Sobre la fecha de su llegada, y a partir de cálculos inferenciales reconstruidos en conversaciones con mi abuela, todo indica que desembarcaron en el puerto loriquero a inicios del siglo XX, probablemente después de 1919, una vez terminada la Primera Guerra Mundial. Para ese entonces, el mercado público —que también funcionaba como puerto y que había sido consumido por las llamas hacia 1900— ya había sido reconstruido, dando paso a un espacio comercial más dinámico y mejor articulado.

Pero entonces surge la pregunta: ¿qué Lorica recibió a don Edwin y a su hijo Julio Sáleme? Era un pueblo tranquilo, marcado por la cotidianidad íntima y por el rumor constante, siempre a flor de labios, como suele ocurrir en las pequeñas poblaciones. Un pueblo que, como escribió David Sánchez Juliao, era “incendiario en lengua”: una metáfora chispeante para referirse a la vitalidad del chisme local, pero también un guiño literario a los múltiples incendios que, entre 1900 y 2000, destruyeron y obligaron a reconstruir buena parte de la Lorica colonial. Aquellas llamas no solo transformaron su arquitectura; también contribuyeron a forjar lo que más tarde sería reconocida como la Lorica “turca”, moldeada por la presencia y el quehacer de los migrantes árabes..

El primero en ubicarse en la zona del Sinú fue el libanés Moisés Jattin en 1880. Un grupo conformado por los Jattin, Chagui, Chaar, Abdala, Manzur, Behaine, Karduz, Gossain, Calume, entre otros, llegaron a Cartagena y posteriormente se ubicaron en poblaciones como Lorica y Cereté, y otros marcharon hacia San Bernardo del Viento, Ciénaga de Oro y

Montería (Rhenals,2013, p.88)

Dependiendo de la ubicación privilegiada de Lorica —abrazada por el río Sinú, con suelos fértiles ideales para el cultivo de plátano, yuca y maíz, y con amplias tierras propicias para la ganadería—, la región representaba hacia 1880 una mina de oportunidades todavía poco explorada. Hasta ese momento, solo algunas pequeñas industrias francesas habían intentado asentarse, aunque terminaron por retirarse debido a los conflictos armados que atravesaba el país. Con la llegada de los llamados “turcos”, este potencial comenzó a transformarse en una realidad: Lorica se dinamizó comercialmente y empezó a consolidarse como uno de los puntos clave en el intercambio de mercancías entre la costa Caribe y el interior del país. Aunque los nuevos migrantes debieron aprender las lógicas locales de uso de la tierra para la agricultura y la ganadería, su experiencia comercial previa les permitió integrarse rápidamente con la población loriquera. Siguiendo la dinámica ya descrita para Barranquilla y Cartagena, iniciaron como buhoneros y, con el tiempo, abrieron pequeñas tiendas y casas comerciales que reconfiguraron la vida económica del Sinú.

La base y punto de partida de la pirámide productiva fue el comercio, y a esa actividad le siguieron otras como la agricultura, la ganadería, la industria y la política. En menos de una generación ascendieron socialmente y en esta segunda fase, sus hijos tuvieron edad para empezar a estudiar en la universidad, sobre todo carreras de prestigio como medicina y derecho (De la Hoz, 2003, p.87)

Una de las familias que se estableció en Lorica y alcanzó un notable ascenso social y económico fue la de los Jattin. Moisés Jattin, quien llegó en 1880, trajo consigo a sus hermanos y, en 1913, fundaron la casa comercial Jattin Hermanos, donde se comercializaban prendas de vestir, productos variados —entre ellos el algodón— y alimentos producidos en

estas tierras. Los Jattin no se limitaron a las actividades comerciales; al igual que muchos otros migrantes, se dedicaron también al trabajo de la tierra y a la ganadería. (Rhenals, 2013, p. 97)

Sobre la Ganadería, su especialización y relevancia en la práctica laboral de estos migrantes destacan los Barguil en Cereté, un pueblo muy cercano a Lorica que también cumplió la función de puerto dado a su cercanía con el río. Sobre lo anterior es importante precisar que:

Cerete mantenía una actividad económica con Lorica, ya que la producción agrícola de su zona rural y sus alrededores se comercializaba en el casco urbano para su posterior salida hacia Lorica y Cartagena. Esta situación atrajo a inmigrantes sirios como los Char, Chagui, Calume, Barguil, Saibis, entre otros, quienes se establecieron en la población y para las primeras décadas del siglo XX estaban en la localidad representados en dieciséis (16) sociedades comerciales (Rhenals, 2013, p.89)

Lo anterior justifica la afirmación previamente realizada sobre la gran unión que caracterizaba a estos migrantes, quienes, por compartir orígenes similares —e incluso idénticos en algunos casos—, lograron crear y articular un verdadero circuito comercial. Este circuito consistía en el intercambio de mercancías entre Córdoba, Bolívar, Atlántico y Chocó, llegando a monopolizar el comercio que se desplazaba por los ríos Atrato, Sinú y Magdalena. Para sostener y expandir estas redes, se encargaron de incentivar e invertir en la navegabilidad fluvial, hasta el punto de que, a comienzos del siglo XX, el Estado autorizó el uso de estas rutas fluviales para el transporte de carga por parte de estos comerciantes. Esto impulsó un notable crecimiento tecnológico en la región, ya que fue necesario adquirir nuevas embarcaciones para movilizar pasajeros, mercancías y materias primas. “Dedicados a este negocio estaban los libaneses Salim y Moisés Bechara, propietarios de la sociedad comercial Salim Bechara & Cía., dueños de la lancha Lilia, que transportaba productos entre Cartagena y su hinterland” (Rhenals, 2013, p.

103).

Dejadas en claro varias manifestaciones del fenómeno migratorio en Lorica y sus alrededores, resulta pertinente retomar la historia de Edwin Sáleme y su hijo para seguir comprendiendo las características del amplio espectro que representaron las migraciones medio orientales en la sociedad loriquera, costeña y colombiana. Edwin no llegó a Lorica por azar: fue impulsado por su amigo Raúl Jattin, también libanés, quien le ofreció trabajo como comercializador de telas. Con el tiempo, Edwin consolidó su experiencia en el negocio hasta crear su propia empresa de textiles. Paralelamente, aprovechó la disponibilidad de tierras baldías para la siembra de algodón, en alianza con los Char. Este proceso fue clave para su ascenso social y económico.

Mientras Julio aprendía de cerca los negocios de su padre, conoció a Olga, una joven mulata que trabajaba en oficios varios en la casa familiar. De ese encuentro nació una historia de amor que transformó no solo sus vidas, sino también la composición social loriquera: Olga se convirtió en Olga de Sáleme Franco. Este hecho es significativo porque evidencia un proceso que se volvió cada vez más común: los migrantes comenzaron a casarse con mujeres locales, especialmente a medida que ascendían socialmente.

Esta dinámica produjo dos transformaciones fundamentales. Por un lado, el nacimiento de hijos e hijas fruto de la mezcla entre migrantes y poblaciones loriqueras, cordobesas o colombianas. Por otro, la consolidación de una nueva élite regional con acceso a educación superior, capital económico y redes de influencia. De esta mezcla surgieron médicos, abogados, escritores y comerciantes exitosos, pero también figuras asociadas a prácticas políticas cuestionables y a estructuras de poder difíciles de desmontar. Todo esto ocurrió en un territorio donde ya habitaba la cultura zenú, ancestral y hoy en gran medida invisibilizada bajo las capas

del mestizaje y del poder económico.

Las migraciones y sus efectos pueden analizarse, entonces, desde dos perspectivas: por un lado, los avances innegables que representaron para Loric y para Colombia; por otro, la emergencia de una élite que, incluso hoy, conserva un poder considerable sobre la vida económica, social y política de la región. Surgen así preguntas esenciales: ¿cómo se pasó del rechazo inicial a la aceptación casi entusiasta?, ¿cómo se transitó del comercio ambulante al ascenso empresarial y político?, ¿qué condiciones permitieron que esta población migrante no solo se integrara, sino que llegara a dominar sectores clave?

Para aproximarse a estas preguntas, es necesario considerar un elemento que hasta ahora no ha sido abordado: el crecimiento demográfico de Loric antes y después de la llegada de los migrantes, un factor que permite dimensionar con mayor claridad la magnitud de su impacto en el territorio.

Ilustración 2. Número de habitantes de Loric, Tolú, Montería y Cereté

Nombre población	1772-1774	1778	1870	1912	1918	1938
Loric	3.034	4.719	5.750	19.150	18.124	41.327
Tolú	1.256	1.675	3.013			
Montería	854	1.185	3.151	21.521	23.268	64.190
Cereté		808	3.220			

Fuente: McFarlane (1997, pp. 525-2)

Comprender estas transformaciones exige, además, observar los cambios demográficos que experimentó Loric durante estas décadas. La presencia creciente de migrantes no solo modificó la economía local, sino que también redefinió la vida cotidiana, al punto de transformar profundamente la identidad cultural de la región. Entre 1870 y 1912 se observa un aumento considerable de la población en comparación con los registros anteriores. Este crecimiento demográfico coincide con la llegada de migrantes provenientes del Líbano, Siria y Palestina,

como ya se ha señalado. Puede decirse que gran parte de este incremento se debe a la presencia de estos grupos, al punto de que, en numerosas ocasiones, Lorica fue conocida como la “colonia turca del Sinú”.

Para reforzar esta idea y recoger lo expuesto hasta el momento, la siguiente cita destaca la relevancia que tuvieron estas migraciones en la configuración social y económica de Lorica. “Durante la primera mitad del siglo XX era tan común la presencia de sirio-libaneses en la zona que viajeros de la época describen que era más usual escuchar conversaciones en árabe que en español...” (Domínguez, 2019, p.10).

Estos vestigios siguen siendo palpables en la cultura del Caribe. Se escuchan aún los gritos de la “galleta turca” en las calles, las listas de partidos políticos están llenas de apellidos como Mebarak, Jattin, Sáleme, Char, Barguil, Amín y Dummet, muchos de ellos hoy dueños de empresas y con gran influencia en la región. También persisten las casas con arquitectura de inspiración medio oriental, algunas con inscripciones en árabe en sus puertas o paredes.

En mi memoria personal, estos rastros se materializan en la cocina de mi abuela, en su casa oliendo al ajo del tajín al mediodía, en el uso de almendras en el arroz y de carnes en el tabule. Su rostro, mezcla de la tradición costeña y la herencia árabe, da cuenta de ser hija de un libanés llamado Julio. Su extraordinaria habilidad para negociar y su carácter firme son parte de ese legado, al igual que las cartas que aún conserva en árabe, escritas por su abuela. Este escrito, en últimas, es también un homenaje a María Sáleme, una loriquera e hija lejana del Líbano, cuya historia personal es inseparable de la de tantas familias que hicieron del Caribe colombiano un lugar de encuentro entre mundos.

CAPITULO 3: DE SÚBDITO OTOMANO A NATURAL COLOMBIANO.

UN INMIGRANTE SIRIO EN COLOMBIA

Beirut, a finales del siglo XIX, era una llama viva de contradicciones. Las calles se mezclaban con el miedo y se salpicaban de necesidad. Una necesidad urgente latía en todos aquellos libaneses que no estaban de acuerdo con el imperio, que no querían ir a la guerra, que no creían en el Dios del islam y que solo miraban al puerto, con el anhelo de encontrar un espacio en donde se pudiera respirar. También había sirios que buscaban ese mismo puerto: ya habían salido de Damasco, improvisando oficios y agotando sus ahorros. La única forma efectiva de huir era en los barcos de las navieras francesas, cada vez más presentes en Beirut, que parecían conectar esa inmensidad azul con tierras tan lejanas que ni la lengua árabe imaginó perpetuar.

Beirut era el punto de aglomeración. Allí llegaban, con andar quejumbroso, sirios, palestinos y libaneses. En sus calles confluían drusos, maronitas y musulmanes cristianos; los mismos grupos que, hacia mediados del siglo, se habían matado entre sí por teologías enfrentadas, traducidas luego en guerras por territorio². Pero ahora, lo que los unía era un enemigo común, quizás el más ajeno que habían sentido incluso en su pasaporte: el Imperio turco-otomano. Ante la obligatoriedad del servicio militar, la violencia absurda y la opresión constante, los opuestos se unieron. Beirut se convirtió así en el paso obligado para los migrantes. Porque migrantes eran aquellos que no podían permanecer en su propia tierra, y que, incluso dentro de ella, ya habían aprendido a moverse. Dominaban el arte de cambiar de sitio con un nomadismo admirable.

² En la segunda mitad del siglo XIX, los conflictos sectarios entre comunidades drusas y maronitas en el Monte - Líbano alcanzaron niveles graves, especialmente durante las masacres de 1845 y 1860. Estas confrontaciones respondieron tanto a razones teológicas como a disputas territoriales, amplificadas por el sistema confesional del Double Qaim-Maqamate y la intervención de potencias europeas. Fuente : Lopez Garcia, B., & Fernandez Suzor, C. (1984). Líbano: Una Federacion de Comunidades. Apuntes para la Historia Política Libanesa. Revista de Estudios Políticos, (37), 239-271.

Ilustración 3. Vista de Beirut en la cumbre del Monte Líbano en el siglo XIX



Fuente: Bonfils (1880)

Principalmente, coincidían los hombres en el borde del puerto, entre cajas, redes y brumas. Las costumbres árabes dictaban que, por condición, las mujeres debían permanecer en casa, más aún en tiempos de guerra y confrontación. Los hombres, aglutinados en el muelle, observaban cómo sus paisanos se embarcaban con miedo y esperanza, en busca de tierras prósperas. Los primeros en aventurarse fueron varones solteros, hacia 1886³, cuando las guerras de religión no cesaban y los caimacatos⁴ se enfrentaban con creciente violencia. Luego, con mayor frecuencia, salieron más hombres, guiados por el azar. Uno de ellos se llamaba Salomón Fayad, un sirio naturalizado en Beirut. Partió del puerto hacia 1891, con la convicción fidedigna de convertirse en mercader en el extranjero, con el comercio de telas desde el Líbano hacia Europa o Norteamérica. Era una ilusión compartida por muchos paisanos que enfrentaban la

³ Las primeras grandes oleadas migratorias sirio-libanesas comenzaron alrededor de 1880, alcanzando su punto más alto entre 1880 y 1910. Eran principalmente varones jóvenes, muchos sin oficio ni familia, que migraban con la esperanza de prosperar en las Américas

⁴ Caimacatos: divisiones administrativas del Imperio Otomano, equivalentes a gobernaciones, que agrupaban varias localidades y eran regidas por un kaymakam (prefecto o gobernador regional). (Eparchy of Saint Maron of Brooklyn, s.f)

marejada con grandes baúles cargados de cachivaches y mercancía novedosa para la venta.

Salomón recorrería el Mediterráneo en un barco comandado por un capitán francés, con una tripulación tan diversa en costumbres y culturas como semejante en su condición de migrantes. Los extranjeros del mar —ya ajenos a sus propias costas— se sentían extraños entre sí: extraños a los otomanos y también a los franceses, que, paradójicamente, les ofrecían la única vía de escape. Tras atravesar el Mediterráneo, Salomón pasó por el estrecho de Gibraltar, adentrándose en aguas del Atlántico y desembarcando, varios días después, en el magno puerto de Nueva York. Llevaba consigo sus cajones repletos de mercancía y apenas unas monedas, pues el viaje había sido una ruleta de gastos. La futura capital del mundo ascendía entre estructuras de hierro que tocaban el cielo y besaban las expectativas del inmenso capital.

Nueva York, en los albores del siglo XX, se alzaba como una metrópolis de gigantes. Era la ciudad predilecta para la llegada de millones de personas. No fue casualidad que Salomón arribara allí y se encontrara con barrios organizados según nacionalidades, donde el sentimiento de pertenencia se amontonaba entre paredes ajenas. En medio del bullicio, descubrió que algunas empresas italianas prosperaban con prácticas clandestinas: burdeles disfrazados de cafés, sistemas de contrabando montados sobre bailes y vinos⁵.

Salomón no llegó por azar. Se decía que Nueva York era una ciudad de oportunidades. Pero pronto, el fracaso tocó su puerta. La competencia feroz, su limitado dominio del inglés y las diferencias culturales lo llevaron a una rápida bancarrota. Apenas sostenido por su dignidad, decidió retirarse. No con vergüenza, sino con la claridad de que aquella ciudad no era para él. Con los pocos recursos que le quedaban y la esperanza fatigada, regresó al único lugar que une

⁵ Los barrios italianos de Nueva York, especialmente el Tenderloin y el Bowery, albergaban desde los años 1880 multitud de cafés, salones de baile y burdeles que, ante una apariencia de legalidad, ocultaban redes de contrabando, prostitución y extorsión manejadas por grupos como la Camorra y la Black Hand. Critchley (2009).

mundos: el puerto. Porque los puertos —pensaba— son los verdaderos embrujos del planeta: allí, las magias de los países se rozan, se mezclan y se cruzan en silencio. Fue así como volvió a mirar hacia el mar.

Con las maletas en la mano y la pena moral en alto, Salomón deseaba volver a Beirut e intentar, junto a sus hermanos, hacer frente a la necesidad. Pero, como si su destino fuera siempre el mar, un paisano sirio —alertado por su inglés machucado y ese dejo familiar al árabe— se le acercó. Aquel hombre, Abraham Mebarak, le habló de una tierra donde el calor era aún más intenso que en Beirut y donde la brisa marina traía augurios favorables para los negocios. Inquieto, Salomón le preguntó el nombre del puerto.

—Viajo a Colombia —respondió Abraham—, como tantos otros de origen libanés o palestino; me adentro de nuevo en la travesía del Atlántico, guiado por la esperanza de hallar una tierra donde prosperar.

Había sido invitado por su tío, Moisés Mebarak —quien llegó en 1886, acompañado de su esposa— a una ciudad de vientos africanos y murallas dormidas, llamada por un tal Heredia en el siglo XVI Cartagena de Indias. Inspirado por esa invitación, Salomón compró un boleto rumbo a esa ciudad para echar raíces como lo había hecho el tío de Abraham. Con el pasaje en mano, la incertidumbre a cuestas y alimentado por las narrativas que flotaban en el aire, Salomón Fayad volvió a cruzar el Atlántico, esta vez con la brújula apuntando al Caribe.

Las brisas cálidas del trópico golpeaban la proa del barco de la *Compagnie Générale Transatlantique*, aquella naviera francesa que había impuesto casi un monopolio entre el Caribe y Europa gracias a su eficiente servicio de correspondencia. Salomón, distraído, permanecía en la parte más estrecha de la cubierta. El roble y los hierros rompían las olas con la envidia de no poder nadar.

Ilustración 4. Artículo de prensa sobre la naviera francesa *Compagnie Générale Transatlantique* en Cartagena.



Fuente: El Clamor (1899)

Pensaba que el Caribe se asemejaba al Mediterráneo, ese otro mar de calma engañosa. Le preocupaba su familia, en especial el menor de sus hermanos, José Fayad. Aquel joven, con apenas dieciocho años, se estaba dejando arrastrar por ideales libertinos y peligrosos: pretendía unirse a las rebeldías clandestinas contra el Imperio, alineándose sobre todo con cristianos maronitas, rebeldes que se negaban a ser islamizados por la fuerza⁶. Pero José había sido tajantemente excluido de toda protesta y, en cambio, obligado a hacerse cargo del negocio de telas en el puerto, donde intercambiaba mercancías con extranjeros ansiosos por descubrir las novedades de Oriente. Era un vendedor hábil, aunque su alma coqueta habría merecido el reproche de cualquier cura.

Durante los días eternos del viaje, Salomón tenía en mente escribir una carta a su familia tan pronto desembarcara en el puerto. Quería decirles, ante todo, que seguía milagrosamente vivo y que se encontraba en tierras igualmente milagrosas. Entre tantas cavilaciones, y con la urgencia de no empeñar su vida solo en procurarse alimento, buscó métodos de distracción. No había uno mejor que conversar con quienes hablasen árabe, e intentar aprender algo del español —ese idioma que, según los capitanes, se hablaba en Colombia. Desde el barco, los comentarios fluían

⁶ Sobre las Rebeliones, encontramos la rebelión de Youssef Bey Karam (1866–1867) y las insurrecciones maronitas en el Norte del Líbano contra la autoridad otomana

entre aquellos que viajaban invitados por familiares ya establecidos. Decían que en Colombia las mujeres casadas no cubrían sus cabellos y se reunían a tertuliar sobre las novedades que traía el mar y la tierra. Luego entenderán el significado y la importancia del chisme en Colombia.

—¡Alá las perdone! —exclamó su amigo Abraham Mebarak.

También hablaban del “cantadito” especial con que se expresaban los colombianos, y de que el español se parecía al portugués. Durante veinticinco días conversaron sobre el idioma, la comida, las mujeres y la religión. Los más desconcertados eran los drusos; los maronitas, en cambio, decían creer en el Papa, aunque hablaran árabe y él latín.

—He oído decir que rezan solo los domingos —comentó un libanés pálido y alto, llamado Moisés Jattin.

Tras el estruendo del ancla y los amarres contra el puerto, llegaron a Cartagena. Era marzo de 1892 cuando Salomón Fayad le entregó su vida a un país que no hablaba su idioma ni compartía sus costumbres.

Salomón pisó el puerto de Cartagena con nervios hasta en el tuétano. Se cuestionaba cómo había llegado tan lejos, guiado por un atrevimiento que ni él comprendía del todo. Durante las veinticuatro noches que durmió en un camarote tan estrecho que apenas le permitía moverse, pensó una y otra vez en lo que haría al llegar. Pero ninguna de esas noches le ofreció respuesta. Al descender finalmente del barco, tuvo una idea clara: recurrir a sus paisanos, buscar ayuda en el más cercano.

Los formaron en una fila, y un señor negro, de contextura gruesa, herencia de la esclavitud africana, les hacía señas con las manos, como solicitando algo que los identificara como ciudadanos del mundo. Salomón revisó su documento y encontró que lo único que lo acreditaba era, paradójicamente, aquello de lo que huía: su pasaporte llevaba los sellos del

Imperio. Cuando llegó su turno, solo atinó a decir la única frase que sabía en español:

—No sé hablar... disculpe.

Con rapidez aprendió también a decir “gracias”, casi por imitación de los otros pasajeros que se lo repetían al funcionario.

—Más y más turcos llegando al país —murmuró con desdén un sujeto bajito, cargador de equipaje.

—Turcos... nos llaman turcos —le dijo Abraham a Salomón, como si con esa palabra sellaran su nueva condición.

Salomón no solicitó ayuda con su equipaje, no porque no le pesara, sino porque le pesaba más la necesidad. Lo primero que lo impresionó al llegar fue el idioma: no entendía una pizca de español y recurrió al mejor español de Abraham, acompañado de un lenguaje de señas tan exótico que, al final, no decía mucho.

Se dirigían al negocio de mercancías de don Moisés Mebarak —así lo mencionaban los cartageneros—, colaborando con los locales en tareas menores. A lomo de mula y en carretas, se abrieron paso entre grandes muros que se imponían sobre una ciudad donde el español golpeado de su gente sonaba, para Fayad, como una melodía musical llena de percusión, una lengua de otro planeta.

Le impresionaron las calles de piedra y la arquitectura heredada de la cultura española. Aunque las calles de Beirut tampoco eran ajenas a la piedra y la gravilla, los colores en las fachadas cartageneras distaban mucho de los tonos sobrios y ornamentados del mundo otomano. Pensaba en lo lejos que estaba de su hogar y en lo pronto que había conseguido un amigo. Tanto tiempo compartido en el Atlántico, y un idioma en común, habían generado entre Abraham y Salomón un lazo tejido por la mera similitud. Ambos eran tan ajenos al territorio cartagenero que

encontraron pronto un hogar en el otro. Improvisando como siempre, llegaron al almacén de variedades Mebarak.

El señor Moisés Mebarak los recibió con gran entusiasmo; hacía tiempo que no conversaba en árabe con alguien distinto a su esposa. Le reconfortó ver el tarbush que Salomón llevaba sobre la cabeza para enfrentar el implacable sol caribeño, y le alegró reencontrarse con su sobrino Abraham tras tres meses sin noticias. El almacén de don Mebarak era una bodega modesta, con estanterías repletas de mercancía procedente principalmente de Europa y del Líbano. Se estaba gestando un vivo intercambio de artefactos novedosos y telas de la más fina calidad entre Oriente y Colombia. Gracias a sus contactos, establecidos durante y después de su llegada a Cartagena, don Mebarak había alcanzado tal éxito que, ese mismo día, ofreció a Salomón un puesto libre en la calle de la Mercancía —o calle de la Buhonería, como ya la llamaban—. Así comenzó para Salomón una vida de trabajo y subsistencia. Sin la ayuda de don Mebarak y de otros paisanos —que ya formaban un distrito comercial—, habría sido más difícil prosperar.

Ilustración 5. Calle de las Carretas



Fuente: Calle de las Carretas (1900)

Luego de instalar el pequeño puesto con los cachivaches que traía desde su adorada

Beirut, Salomón decidió escribir una carta a sus hermanos, tal como lo había pensado durante el viaje en barco. Salomón y sus hermanos escribieron y hablaron en árabe, pero para fines netamente narrativos, se impone la magia de la traducción literaria.

Cartagena, junio de 1892.

Hermanos míos:

Estoy en perfecto estado. ¡Alá, me ha guiado por un camino tan lejano y mágico como jamás imaginé pisar! Los rumores eran ciertos cuando los viejos sabios del puerto decían que existía un lugar en el mundo donde sus gentes no profesan ni el islam ni el maronitismo como lo conocemos. Aquí, el catolicismo es muy bien recibido. Sus mujeres andan sin prendas que cubran su rostro ni sus cabellos: son mujeres hermosas, de grandes caderas y risas tan blanquecinas como las mejores playas de nuestra Beirut amada.

Sus hombres son corpulentos, y en su mayoría negros. El español no es tan complicado; lo difícil es entender ciertas palabras extrañísimas que usan para casi todo. Por más que busco en el diccionario, no las encuentro. Me dicen “el turco Salo”. He repetido por todos los medios posibles que no soy turco, pero se burlan de todo. También duermen después del almuerzo, no rezan con frecuencia y comen cosas tan extrañas como la yuca, que se parece al camote del Líbano, pero he de confesar que es mucho más deliciosa.

He recibido buenas atenciones de amigos y paisanos. Cartagena es una ciudad de migrantes de todo tipo. Les escribo para motivarles a venir, especialmente a ti, José. Quiero que prosperes, y cuanto antes lo hagas, mejor. Me preocupa la insensata opresión del Imperio. Aquí también hay guerra, pero —según los locales— está adentro, no en el Caribe.

Con mucho cariño, su hermano

Salomón Fayad.

Gracias a las labores de correspondencia francesa, la carta de Salomón llegó a la casa de los Fayad a finales de agosto. José, el menor de todos, fue el primero en leerla y maravillarse con las fabulaciones de su hermano. Su corazón se exaltó, sobre todo al leer que en aquellas tierras había mujeres hermosas. “Debo ir a Colombia”, pensó de inmediato. Justificándose en que pronto lo llamarían a prestar servicio militar en el ejército otomano, intentó convencer a Carlos de que viajaran juntos.

Carlos, en cambio, era más parco. Creía en la recuperación francesa de su amada Damasco y, aunque había debido instalarse en Beirut, conservaba sus costumbres intactas.

—No me voy a ir, José, a unas tierras donde ¡Sabrá Alá, qué cosas espantosas ocurran!. Prefiero morir aquí, en la tierra que nos da de comer —le respondió al entusiasta José, que ya había leído y releído la carta tantas veces que tenía aburrido a su hermano.

Mientras tanto, en Cartagena, el cambuche improvisado de Salomón crecía al mismo ritmo que su afecto por una joven llamada Matilde Rabbat, hija de un migrante levantino —de origen sirio— que había trabajado con las navieras desde tierras tan lejanas como la propia Colombia. Finalmente, el señor Rabbat se enamoró y formó familia con una mujer de alta alcurnia cartagenera. De esa unión nació Matilde: un nombre caribe con apellido del desierto. Ella se paseaba por la calle de la Buhonería buscando telas para sus vestidos y, al pasar, se fijaba en Salomón: joven de bigote robusto, como los de su tierra, y tez morena acentuada por el sol cartagenero. Entre su mal español y su altísima educación, Salomón intentaba conquistar a la jovencita.

En Beirut, el tiempo pasaba entre cartas que tardaban meses en llegar. José lograba ponerse en contacto con su hermano gracias a la paciencia epistolar que imponía la distancia. En

sus misivas, Salomón narraba cómo se afianzaban las alianzas con los paisanos del Atrato, apellidados Abuchar, y con otros del Sinú, que habían reactivado la navegación del río para intercambiar mercancías con el Caribe. Estos libaneses eran primos de don Moisés, de apellido Jattin, y, mezclados con los Barguil, empezarían a conformar la cabeza comercial del norte colombiano. Pueblos como Lorica y Cereté comenzaban a renombrarse entre los migrantes como enclaves prometedores. A tal punto llegaba su reputación, que no había comerciante que no hablara de ellos. Maravillado por las oportunidades que describían esas tierras, José no lo dudó más. Hacia finales de 1898 zarpó de Beirut a Francia, y de allí buscaría un transbordo hacia Suramérica.

Beirut, septiembre de 1892

Hermano, Alá te bendiga:

Estoy profundamente emocionado por partir hacia Colombia. He decidido ir a ese bello país. He ahorrado lo suficiente para llegar, y espero ser bienvenido. Trabajaré fuerte para no estorbarte.

Pronto llegaré.

Tu hermano

José Fayad

Salomón recibió la carta poco después de las fiestas de Navidad. Aquellas celebraciones decembrinas, que al principio le habían resultado distintas a las de su tierra, se le volvían ahora entrañables: congregaban el amor y la familia alrededor de una mesa, ambas cosas profundamente significativas en su cultura. Lo más extraordinario de ese diciembre de 1898 no fue solo el nacimiento del Niño Jesús. En la Catedral de Santa Catalina de Alejandría, por requerimiento del párroco de la ciudad, Salomón Fayad —hijo de Damasco, súbdito

otomano—fue recibido formalmente en la Iglesia católica de rito latino⁷: hijo adoptivo de su Santísima Madre, la Iglesia.

Mientras Salomón se afirmaba en los óleos del catolicismo, José, con ansiedad en la barriga, atravesaba el Mediterráneo. Llegó en semana y media al puerto de Marsella, a bordo de un vapor que consumía carbón con desespero y se imponía ante una marea cargada de cambios. En Marsella encontró un puerto sostenido por colonos. Africanos trabajaban en el desembarco de mercancías provenientes de Argelia, Túnez y Marruecos. A finales del siglo XIX, este puerto era fundamental tanto para la interacción comercial con las colonias como para los migrantes que, desesperados, llegaban desde el norte de África en busca de una vida mejor en Francia. Marsella también era un punto de contacto con Sudamérica: desde allí partían mercancías, viajaban franceses atraídos por el exotismo tropical y embarcaban migrantes orientales que aspiraban a llegar a tierras en pleno auge, como Argentina o Chile. José, sin embargo, viajaba a Colombia. Aprovechó el transbordo en uno de esos barcos aliados con el sur para atravesar Gibraltar y comenzar a construir una vida: una vida atraída por el Atlántico, el Caribe y las cartas de su hermano.

⁷ Los Fayad eran cristianos maronitas —una iglesia oriental en comunión con Roma—, al llegar a Colombia adoptaron el rito latino o romano. Este cambio no implicaba una conversión religiosa, sino una adaptación litúrgica y cultural al contexto católico local, en el que predominaba el rito occidental

Ilustración 6. Vista del puerto de Marsella, finales del siglo XIX



Fuente: Vista del puerto de Marsella, finales del siglo XIX (s.f)

José se embarcó rápido en una naviera que tenía como destino el puerto de San Antonio, en Chile, pero, por revisiones y demanda de carga, harían una parada en el puerto de Sabanilla, Colombia (Puerto Colombia). Al escuchar la palabra “Colombia”, imaginó que desembarcaría en Cartagena. Luego se percataría de su error.

En las aguas del Atlántico pensaba en su hermano y en si llegaría primero aquella carta de aviso de su llegada: era lo que él esperaba para no tomar de sorpresa a nadie. Revisaba, desde la proa, la inmensidad y variedad de aquel océano que no conocía, y pensó que era muy agreste y revoltoso, que su Mediterráneo del alma era más tranquilo y bien recibidor de los navegantes. Aunque reflexionó sobre el dicho: “En las aguas mansas, peligros sueltos”. Así que concluyó que lo revoltoso del Atlántico solo implicaba una buena bienvenida.

Unos días después lo constató, cuando ingresó a la calidez del Caribe y una lágrima se posó en su mejilla al recordar el Mediterráneo, que hacía poco más de veinte días había dejado atrás. José pasó así su viaje, procurando comparar esa gran fuerza azul que veía con lo que conocía. Es esta la vida del migrante: desde que sale de su hogar, vive en la nostalgia de la comparación. Las horas de reflexión en la proa le sirvieron para recordar las cartas de su

hermano y las recomendaciones que, mucho antes, le había hecho; entre ellas, aprender el español. Así que desempolvó un viejo diccionario que había usado en sus tardes libres en Beirut y comenzó a estudiar en la sala de comidas del barco.

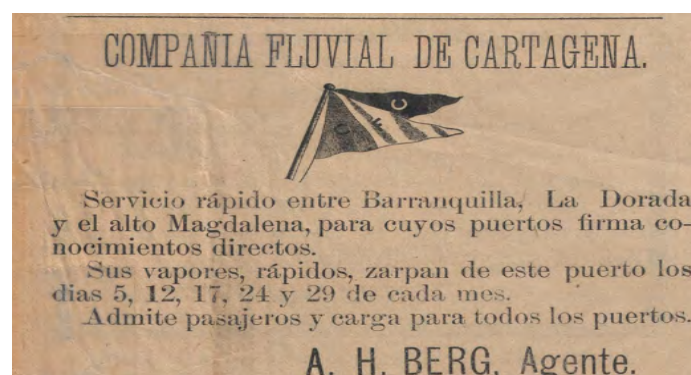
A estas tardes de estudio se unieron más personas. Entre ellas, un amigo que perduraría por largo tiempo: un joven de unos veintitrés años, llamado César Munayar. Se le acercó a José y le preguntó si podía aprender español a su lado. Así lo hicieron. Con diccionario en mano y el español cancanado, subrayando verbos y revisando adjetivos, fue como José Fayad y César Munayar se volvieron grandes amigos —y hasta futuros compadres. El joven Munayar era de origen sirio, pero provenía de la zona que hoy pertenece a Palestina. A diferencia de muchos de sus paisanos, había crecido en el seno de una familia cristiana, y aunque hablaba árabe, se sabía las oraciones en latín. Lo cual le permitió que su lengua se fuera acostumbrando al ritmo de las lenguas romances, como el español. Durante el resto del viaje, le comentó a José que viajaba con la intención de abrirse camino en el comercio; su objetivo principal era adentrarse en el país y comerciar mercancías con los paisanos establecidos en el Caribe.

Cuando José indagó sobre el origen de la idea, Munayar respondió que tenía un amigo que ya lo estaba haciendo, que se llamaba Pedro Chicrala. José, desde entonces, no dejó de hacerle preguntas sobre el arte de comerciar del Caribe hacia el interior de un país, que ambos pasajeros de aquella naviera francesa aún no conocían. El barco volvía a ser un paraje de seres que afianzaban su origen y se convertían en amigos. Los unía un mismo inicio, y les deparaba un mismo fin.

En enero de 1899, José Fayad desembarcó en el puerto de Sabanilla. Confirmó lo que su hermano le había narrado en cartas: que allá lo llamaban turco. Desde que arribó, no hubo ser nativo de estas tierras que no lo nombrase de ese modo. Comprendió que su viaje aún no

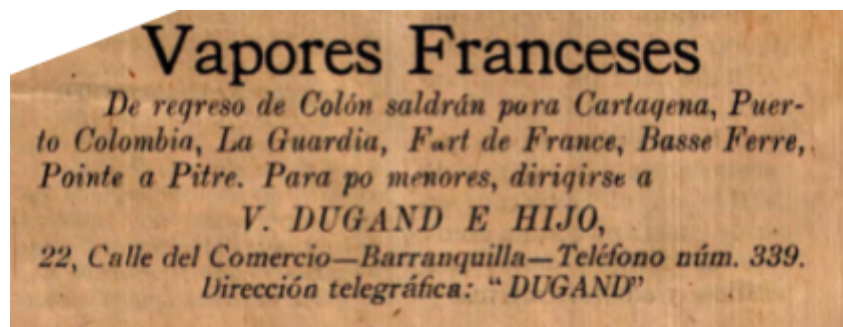
terminaba cuando preguntó a un maletero cómo llegar a la calle de la Buhonería, en Cartagena. Este, secamente, le respondió que estaba en Sabanilla y que la ciudad cercana era Barranquilla. Tuvo la fortuna de medio comprenderlo y percatarse de que aún no había llegado a su destino. Le comentó la situación a su amigo Munayar, quien le indicó que se hospedaría en Barranquilla esa noche y que, al día siguiente, buscaría la empresa de transportes fluviales. A César le habían aconsejado hablar con el señor Berg, un alemán, agente a cargo de la Compañía, quien se encargaría de su transporte al interior del país. Fue así como Munayar le sugirió que podía contarle su situación de extravío al alemán Berg, para ver si lograba zarpar en un vapor que lo llevase hasta Cartagena.

Ilustración 7. Artículo de prensa sobre la Compañía Fluvial de Cartagena



Fuente: El Clamor (1899)

Ilustración 8. Artículo de prensa sobre Vapores Franceses



Fuente: El Renacimiento (1917)

En el último ferrocarril, cargado de toneladas de mercancías, se desplazaron José y César hacia Barranquilla. Llegaron al anochecer a la ciudad, que no quedaba a más de una hora de Sabanilla. La primera impresión de José Fayad fue la brisa salina y caliente que les bañaba la cara. El calor era sofocante, pero cómicamente confortable. Supo de inmediato que le agradaban estas tierras. Rumbo al hostal, pasaron por unas ventas callejeras donde ofrecían una especie de fruta que machacaban y freían. Plátano frito. A esta fritura le agregaban unas tajadas de queso: era lo que consumían los obreros del ferrocarril y de las industrias cercanas a la estación. José le pidió un momento a César para probar semejante rareza. Y así fue como dos turcos descubrieron por primera vez el patacón con queso, al que le agregaron una cachetada de suero que les completó la sonrisa con la exquisitez de su hallazgo.

Munayar y Fayad se hospedaron en la pensión de un hijo de las tierras barranquilleras: el señor Gutiérrez. Descendiente de españoles que, mezclados con indígenas y africanos, formaron una casta sin igual —a la que se le conocía por su hablar ligero y su jocosidad expresiva—: el costeño. Les dio la bienvenida a sus amigos turcos con una gran sonrisa, manifestándoles que Colombia cada día se llenaba más de extranjeros. Los dos recién llegados se sorprendieron por la alegría y amabilidad del recibimiento, pues ni en el Líbano ni en Siria se frecuentaban los abrazos como saludo.

Y lo primero que les dijo el señor Gutiérrez fue que venían noticias del interior: aparentemente, se estaba fecundando una guerra que podía durar más de mil días. Los paisanos se miraron y preguntaron sobre el país. El señor Gutiérrez no los desanimó, aunque mencionó que el desarrollo industrial empezaba a darse de manera positiva. Sin embargo, dijo también que, iniciando el siglo y hasta las fechas, se habían matado los liberales con los conservadores, los federales con los centralistas, los de las banderas azules con los de las rojas. Que el país pa’

adentro estaba vuelto una nada. Pero que en la costa se respiraba sabrosura pura y dura. Los turcos, con su español de principiante, entendieron poco, pero sabían ya mucho de guerras. Por eso decidieron no preguntar más. El señor Gutiérrez, sin más conversa, los hospedó y les brindó sus servicios para lo que se requiriera.

—Gente muy servicial la que deja estas tierras —comentó Fayad a su compañero de cuarto, Munayar.

—Es como nuestra gente, nos une el amor a Dios —respondió Munayar.

—El amor de ambos dioses —atajó a decir Fayad.

La noche fue bulliciosa. Se escuchaban ritmos de todo tipo, completamente nuevos para los oídos de estos turcos. Eran vientos y percusiones mezclados con gran experticia. Fue tanto el alboroto que no lograron dormir, y decidieron indagar qué sucedía en el piso inferior. Una melodía impregnada de tambor hacía que el señor Gutiérrez moviera su cuerpo junto al de una muchacha de tez morena y con falda. Es verdad que no cubren sus cabellos... y son muy hermosas, pensó Fayad.

—¡Vengan, amigos turcos, conozcan el porro! —gritó el señor Gutiérrez mientras seguía bailando.

Las trompetas de la banda no cesaban, los clarinetes se fundían con redoblantes y tambores que reventaban sin piedad el aire.

—¿Porro? —preguntó Munayar, confundido.

—Es la música de la sabana, nuestra música; herencia africana e indígena —respondió el señor Gutiérrez.

Fayad pensaba en cuán lejos estaban de su tierra, y en lo distintos que eran los sonidos del maqam frente a los del porro. Los recién llegados fueron invitados, sin más, a bailar y a beber

un fermento de caña llamado ron. Así se emparrandaron al ritmo de la sabana caribeña.

—La primera parranda nunca se olvida —cerró la noche diciendo el señor Gutiérrez.

Emocionados y conmocionados estaban los turcos a la mañana siguiente. Se dirigieron a la oficina de vapores, donde esperaban verse con el agente alemán de la compañía. Pero antes de entrar a la agencia, se percataron de que los vecinos de esta eran los hermanos Pacini, unos italianos que se dedicaban a la limpieza de artesanías, especialmente del sombrero de suaza. Llamó la atención de Fayad que, justo el mismo día que se verían con un alemán, sus vecinos fueran italianos. Comprendió, aunque de forma sucinta, que Colombia era un país que daba la bienvenida a migrantes de cualquier parte del mundo. El tiempo le cuestionaría esa pequeña conclusión. Ya dentro de la compañía fluvial, se encontraron con el agente Berg. Este le comentó a César que el viaje por el Magdalena hacia Bogotá podría durar varios días, e incluso meses, y que solo se hacían viajes fluviales los días 5, 12, 17, 24 y 29 de cada mes. Para el caso de Fayad, era mucho más fácil llegar a Cartagena: solo se requería que aquel alemán hablara con algún carguero que despachara en Sabanilla y luego en Cartagena, y en cuestión de horas estaría en la ciudad amurallada

Ilustración 9. Artículo de prensa sobre la empresa de *Pacini Hermanos*



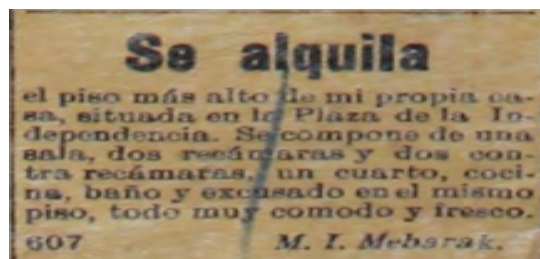
Fuente: El Clamor (1899)

El diálogo con Berg fue muy difícil, pues este hablaba un español machucado, y los turcos también. Pero entre tanta machacadera no salió una bola de gato, sino una decisión: Munayar esperaría dos días para el 12 de enero en Barranquilla, y Fayad partiría ese mismo día hacia Cartagena.

La despedida de este par de amigos, unidos por la marea y el destino, sería solo momentánea, pues antes de partir, Fayad dejó indicaciones a Munayar sobre su paradero en Cartagena, asegurándole que su hermano tenía una venta ambulante en la calle de las Carretas, conocida entre ellos mismos como la calle de la buhonería. Munayar le prometió que escribiría una carta tan pronto lograra instalarse en el interior. Así fue como, el 10 de enero, a las seis de la tarde, Fayad partiría desde el puerto de Sabanilla hacia el puerto de Cartagena, en un barco de carga desconocida. Pasaría la noche recorriendo la costa hacia el sur, intentando llegar a Cartagena. Según el pronóstico, la madrugada lo recibiría en esta ciudad.

En Cartagena, Salomón pensaba en la almohada sobre la reciente carta leída que anunciaba la llegada de José. Tan solo esa misma tarde había recibido la noticia, y su hermano venía mucho más cerca de lo pensado. Salomón había alquilado el último piso de la casa del señor Mebarak, ubicada en la Plaza de la Independencia. Allí tenía dos recámaras; una de ellas le servía de bodega, pero pensó desocuparla para albergar a su hermano.

Ilustración 10. Artículo de prensa sobre el alquiler de la parte más alta del señor M. I. Mebarack



Fuente: El Tiempo (1901)

Entre la pensadera por la llegada inesperada de José, Salomón había olvidado por completo la razón de sus desvelos en las noches anteriores: Matilde Rabbat. Había una alta posibilidad de que aquella joven se casara con él. Pues las cosas ya habían cambiado desde su llegada a Cartagena; ya no era el simple comerciante de la calle de las Carretas. Era ahora propietario de un local de mercancías de todo tipo, tanto nacional como extranjera. El local se ubicaba tan solo unos metros más adelante de su antiguo puesto de buhonería. Este relativo ascenso en la sociedad le permitía tener cercanía con la familia Rabbat, en los espacios de compartir que organizaba el señor Mebarak. Entre bailes e invitaciones discretas, esta parejita se enamoraba, al punto de soñar el uno con el otro y pensar casarse.

José llegó con las primeras luces de la madrugada al puerto de Cartagena. La muralla se bañaba con la luz del sol, y el mar empezaba a resplandecer. La temperatura se elevaba, y la brisa se acentuaba por momentos que resultaban sanadores ante el fogaje que emanaban sus calles de piedra. Bajó su escaso equipaje y, sin dificultad, dio con el paradero de su hermano. Habló con el señor Juan, un carretero fidedigno del puerto, a quien preguntó por Salomón Fayad. El hombre, sin más, le dijo que conocía a don Salomón, y se dispuso a subir el equipaje a la carreta jalonada por mulas.

—Suele llevarle mercancía que llega de otros países, por allá lejos, de donde él es —comentó Juan durante el trayecto.

—¿Don Salomón? —interiorizó José, sorprendido. Pensaba que aún le decían el turco Salo.

El pronto ascenso social de su hermano había hecho que le agregaran el “don” antes del nombre. Sin embargo, en la esfera pública de trabajadores seguía siendo el turco Salo. Entre la extendida oratoria de Juan y las calles empedradas y silenciosas a esa hora, José llegó a la puerta

cerrada de un local mediano, a unos metros de la calle de las Carretas y muy cerca de la plaza de la Independencia.

—Él no demora en abrir. ¿Lo llevo a su casa? —preguntó Juan.

—Esperar —dijo José, con su español aún enredado.

Pagó con la moneda cambiada en Sabanilla y agradeció el servicio. Allí estaba nuevamente el turco José —como se imaginaba que lo llamarían los locales—, solo, en una nueva ciudad caliente y costera, de un país muy lejano al suyo, esperando en la calle, mientras la gente pasaba y lo miraba. Aún vestía pantalón largo, camisa de algodón y botones en tela. Ya no usaba el tarbush, pero sí que le hizo falta.

Salomón se levantaba de su vigilia nocturna. No había podido conciliar el sueño, y el sol de las seis y treinta de la mañana le indicaba que la noche se había quedado corta frente a todo lo que tenía que pensar. Intentó bañarse. Vestía muy elegante: siempre usaba pantalón de tela fresca, camisa de manga larga y sombrero, para no perder la costumbre de llevar algo sobre su cabeza. Salió de su casa y respiró el bullicio temprano de la plaza de la Independencia. Recorrió un par de cuadras hasta llegar a su famosa calle de las Carretas. Estaba cambiada: ya había locales comerciales formales, y la buhonería se desdibujaba ante la llegada del comercio legal. Reflexionó entonces sobre los cambios que se avecinaban con el nuevo siglo, y comprendió que debía comenzar a legalizar su estadía, sobre todo ahora que esperaba a su hermano.

Doblando un par de metros la calle, era 11 de enero de 1899 cuando Salomón, frente a la puerta de su mediano local, vio a su hermano. Joven, con rebeldía en los ojos y una barba tupida por el largo viaje, era un hombre de simpatía natural, y el más alto de todos ellos. Tenía la cara de un extranjero, la misma cara que hacía seis años había tenido Salomón. José vio por primera vez en su hermano un sombrero y una especie de mutación entre lo local y lo árabe. Abalanzados

por la alegría, y colombianizados por un gesto más que humano, este par de hermanos se abrazaron por primera vez.

José Fayad contó a su hermano las travesías y experiencias que vivió en alta mar, mencionando a su amigo Munayar. Salomón, por su parte, confesó escuetamente su intención de pedir la mano de la joven Matilde. Bebieron café sobre las vitrinas del negocio. Adelantaron historias que las cartas no podían narrar, y que solo la lengua —con el paladar amargo— podía contar. José le pidió a su hermano que le hablara más sobre su bonito negocio y sobre el vistoso reconocimiento proporcionado por el carretero.

—Colombia tiene oportunidades inmensas para el comercio, oportunidades que hemos aprovechado los migrantes, sobre todo palestinos, libaneses y sirios. Debes conocer a don Moisés; él prioriza préstamos y mercancía para aquellos que, al igual que tú y yo, le hablamos en árabe —mencionó Salomón.

Los dos hermanos, a partir de ese mismo instante de 1899, empezarían a trabajar juntos en el negocio. El local le enseñaría al recién llegado el funcionamiento del comercio, las palabras más importantes para relacionarse en español: “felicidades” y “Dios lo bendiga”. Así fue como el recién llegado comenzaría su segunda vida: la vida del turco José.

Las campanas de la Catedral de Santa Catalina de Alejandría resonaban en la cabeza de José por perdurables y marcados acontecimientos. El primero, a sugerencia de su hermano, fue su inscripción en el rito latino del catolicismo, tan solo un año después de su llegada, en octubre de 1900. Los segundos campanazos vinieron abrigados de regocijo y celebración: Matilde y su hermano se casaban. El matrimonio se orquestó en diciembre de 1902. De esa unión nacerían los consiguientes campanazos: el bautismo de sus tres sobrinos, de los cuales José fue padrino de dos, Emilio y Roberto, bautizados en la misma catedral en que se reafirmaron como católicos su

padre y su tío, para gozar de excelente imagen pública.

Ilustración 11. Novios libanenses



Fuente: Novios Libanenses (1920)

Emilio fue bautizado en julio de 1903 y Roberto durante las fiestas decembrinas de 1905. El tercer hijo, Aníbal, fue apadrinado junto a su hermano Carlos —quien había llegado para las épocas del bautizo de José— acompañado de su esposa y prima, Hendina Fayad. Finalmente, las campanadas de la iglesia acompañarían a José en sus caminos al confesionario, donde solía admitir, casi siempre, haber bebido de más el viernes.

Con media familia Fayad volcada en las aguas del Caribe y asentada en Cartagena, los Fayad comenzaron a fortalecer sus relaciones comerciales con el interior del país gracias al contacto de Munayar, amigo fiel que había asistido a la boda de Salomón. Intercambiando correspondencia frecuente con José, construyeron un pequeño circuito entre Cartagena y Bogotá.

Aprovechando las relaciones de Munayar en el interior y la estabilidad mercantil de los

Fayad en el Atlántico, establecieron una ruta quejumbrosa y complicada. Primero, negociaron con los operadores de los vapores por el Canal del Dique para sacar mercancía de la bahía de Cartagena hasta Calamar⁸; luego subían por el río Magdalena en vapores —o, cuando era necesario, en trenes ferroviarios— hasta Honda. Desde allí la carga era arrastrada en carretas hasta llegar finalmente a Bogotá. Esta travesía, costosa y paciente, dejaba jugosas ganancias por la calidad de los productos y por la ayuda de paisanos ya establecidos en Honda o que conocían bien el circuito del Magdalena. Principalmente José apostó al proyecto; luego se sumó el apoyo de Salomón, hasta que en 1909 comenzaron a funcionar plenamente su circuito comercial con el interior.

Dentro del circuito del Magdalena y gracias a las relaciones de Salomón con los Jattin del Sinú, logró poner en buena situación económica a su familia. Sin embargo, su estatus jurídico seguía siendo marginal: no podían votar ni participar en política, por ende no accedían a cargos públicos y seguían siendo súbditos de un imperio que no los reconocía. No eran libres, aunque lo parecieran. Esta condición de inferioridad estalló durante una cena conmemorativa de los cien años del grito de independencia. Así, el 20 de julio de 1910 se dispuso en Cartagena la celebración. Salomón, que aprovechó la ocasión, reunió a su familia en su propiedad —ahora a unas cuadras de la antigua calle de las Carretas, convertida en arteria comercial—. El motivo aparente era la cena del centenario, pero Salomón buscaba la congregación de los Fayad para hablar de su situación como migrantes en la nación libre que ese mismo día celebraban.

En la mesa se servían berenjenas rellenas con pollo y res, quibbes, repollitos, tajines, tabulé y arroz de almendra. Todo un banquete árabe a disposición de Deruis Fayad y su esposa,

⁸ A finales del siglo XIX, la navegación a vapor por el Canal del Dique dependía del dragado estacional para mantener un calado mínimo ($\approx 1,5$ m) que permitiera el paso de vapores de pequeña tonelaje. Además, tras la inauguración en 1894 de la línea ferroviaria Cartagena–Calamar, el tren se convirtió en la alternativa más fiable, reduciendo la dependencia exclusiva del canal (Aguilera, 2006).

prima Elena Fayad; de Carlos y su esposa, prima Hendina Fayad; de Salomón y su esposa, Matilde Rabbat; y del soltero de los Fayad, José. También estaban los niños nacidos en Colombia, que disputaban sus juegos entre el árabe de sus padres y el español de su nación. Hacia el final de la cena, Salomón se levantó y, con un elocuente español fruto de sus dieciocho años de permanencia en el país, pronunció un discurso:

Esta mesa está construida con manos de este digno país, cuya madera —importada y moldeada— responde a las necesidades artísticas del carpintero y a su capacidad de moldeo. Así he sido yo, Salomón Fayad: un trozo de madera del Mediterráneo que, hace casi dos décadas, llegó flotando por el Caribe y ancló su savia en la hermosa ciudad de Cartagena. Hoy he sido moldeado por esta cultura y convertido en un sujeto útil y hábil en las actividades comerciales. Esta tierra me ha brindado un horizonte económico, una hermosa esposa y tres bendecidos hijos. Se imaginan la vergüenza que siento hoy, conmemorando esta patria, al saber que no puedo ejercer la democracia y que mi pasaporte me esclaviza, haciéndome súbdito de un imperio. Propongo, familia, que ejerzamos la ley para legitimar nuestra estancia en estos territorios.

Hubo un silencio inquieto alrededor de la mesa.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —preguntó Carlos.

—Accediendo al beneficio del decreto 709 de 1890 sobre naturalización de extranjeros⁹ —respondió Salomón—. Debemos solicitar nuestra carta de naturalización al Ministerio de Relaciones Exteriores; así podremos ser naturales de este país. Ya lo he consultado con un abogado.

Todos asintieron. José alzó su copa y gritó:

⁹ Decreto 709 de 18 de octubre de 1890, “Por el cual se concede carta de naturaleza a todo extranjero que la solicite y cuya naturalización, a juicio del Gobierno, sea conveniente a la República,” (Cancillería, 1888, Art. 1-2)

——¡Bi saḥtak! ¹⁰, o como dicen aquí: ¡Salud, familia!

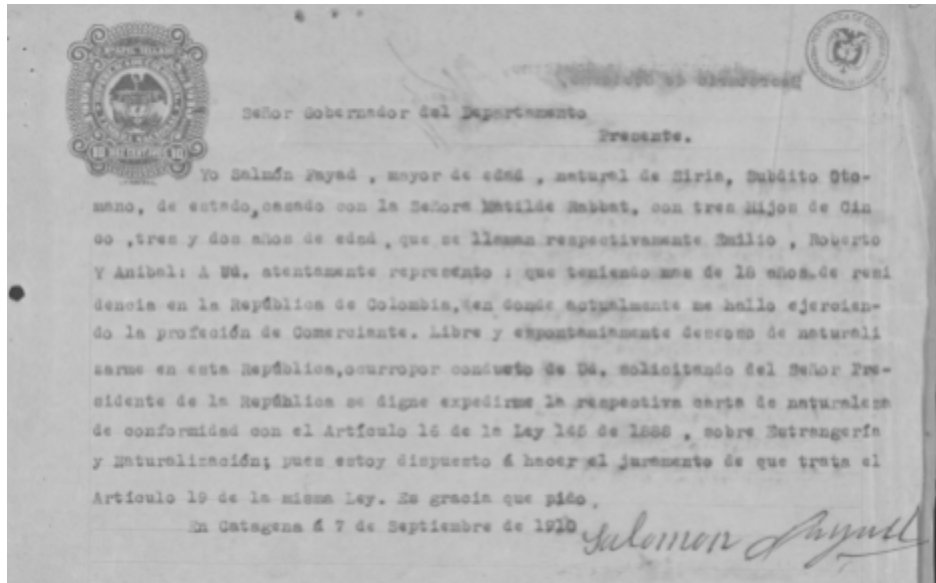
A inicios de septiembre de 1910, la familia Fayad gestionó su situación como migrantes conforme al Decreto 709 de 1890, en busca de la debida naturalización. Sentado en el despacho del negocio, Salomón explicaba el procedimiento a sus hermanos:

—Inicialmente, cada uno de los miembros varones deberá escribir una carta expresando el deseo de ser natural colombiano, detallando las labores realizadas en el país, el tiempo de residencia y su estado civil.

A su derecha, una máquina de escribir zumbaba al ritmo del tictac, era Lupita, la mecanógrafa contratada para la gestión. Aquella tarde, dictaron sus testimonios con elocuencia y credibilidad. Salomón fue el primero: el 7 de septiembre de 1910, presentó su solicitud en el despacho de la Gobernación, como reafirmando que él había sido el primero en llegar y, por tanto, el primero en reclamar la nacionalidad. Tres días después, el 10 de septiembre, el secretario de Gobierno emitió un concepto favorable al Ministerio de Relaciones Exteriores, basándose en su estado civil y en que tenía hijos colombianos, lo cual constituía un motivo moral suficiente. Un día antes de aprobar la solicitud de Salomón, el despacho ya había recibido las misivas de los demás hermanos Fayad.

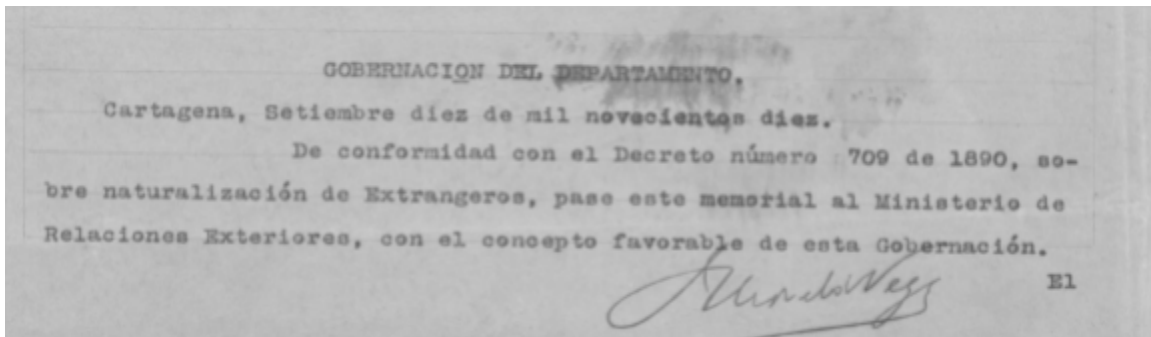
¹⁰ La expresión árabe tradicional para brindar por la salud en el Levante (Líbano, Siria, Palestina, Jordania) es «بصحتك» (bi saḥtak) para la segunda persona del singular o «بصحتكم» (bi saḥtakum) en plural. Literalmente significa “a tu salud” y equivale al “¡salud!” en español

Ilustración 12. Carta de naturaleza de Salomón Fayad



Fuente: Archivo General de la Nación (1910)

Ilustración 13. Concepto de la gobernación favorable sobre la solicitud de Salomón



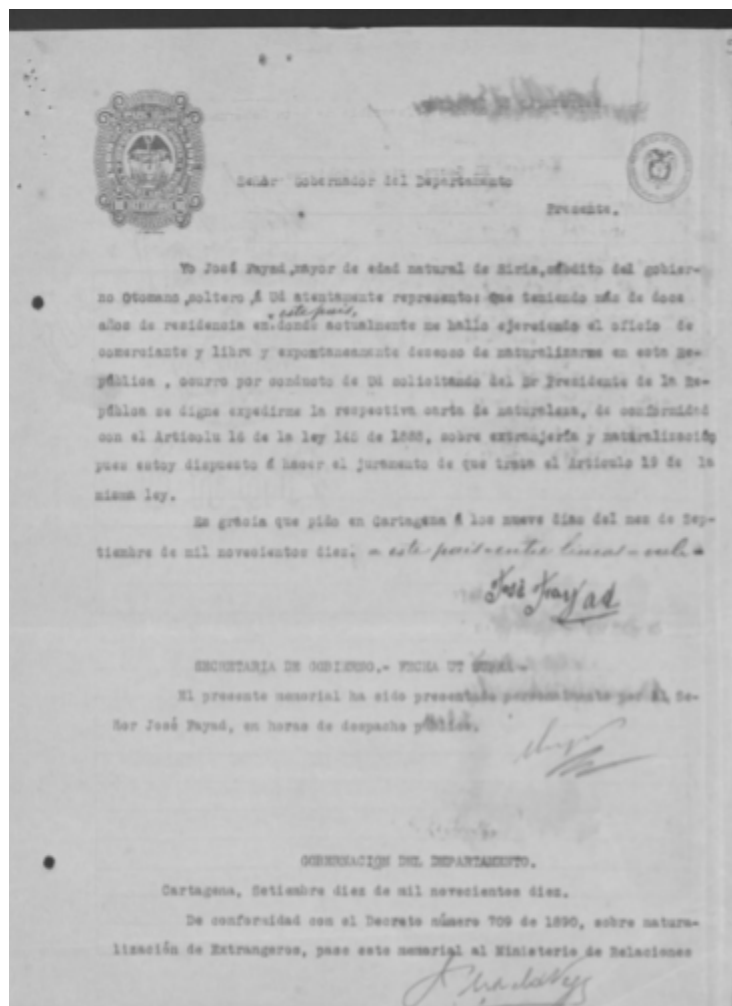
Fuente: Archivo General de la Nación (1910)

El Secretario de Gobierno revisó las cartas de los Fayad buscando que los solicitantes fueran «hombres de Dios», de alta moral, y que el matrimonio fuera la prueba de ello. Además, quienes tuvieran hijos nacidos en el país aumentaban la probabilidad de obtener un concepto favorable. Tanto Carlos como Deruis cumplían esos requisitos. Sin embargo, al leer la carta del joven José Fayad, el funcionario advirtió que este no se había casado ni había engendrado hijo colombiano. No pasó desapercibido ante sus ojos herméticos, y, quizás por severidad o simple

descuido, decidió emitir un concepto favorable hasta el respaldo de la hoja.

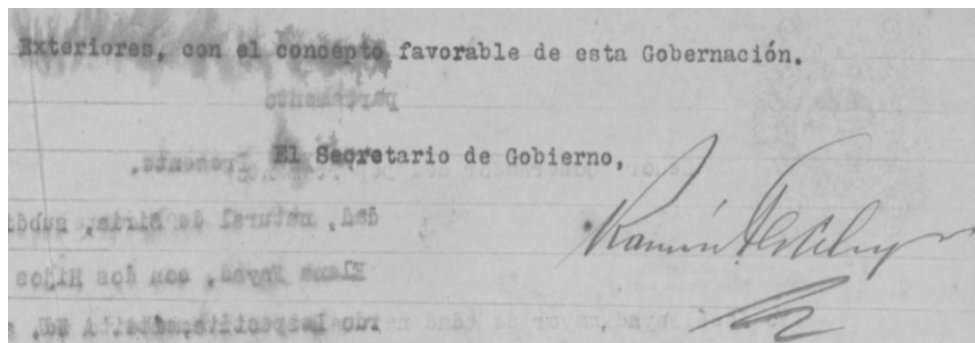
Debe tener en cuenta el lector que la carta de José fue la más breve: entre la firma y el concepto quedaron cuatro renglones libres, mientras que las demás apenas dos. Esa extensión —por malicia o por inadvertencia— ocultó a simple vista la inclinación positiva del Secretario hacia la solicitud de José

Ilustración 14. Primera solicitud de naturaleza escrita por José Fayad



Fuente: Archivo General de la Nación (1910)

Ilustración 15. Concepto del secretario de gobierno favorable, pero al revés de la hoja



Fuente: Fuente: Archivo General de la Nación (1910)

En aquellos papeles de diez centavos, el 10 de septiembre de 1910 se enviaron las cartas de los hermanos Fayad. Al llegar al Ministerio de Relaciones Exteriores, el secretario concluyó que, por augurios y responsabilidades sociales, José no era merecedor de la nacionalidad colombiana. El augurio se basó en la aprobación previa de la gobernación al respaldo de la hoja, y que José era el único soltero y sin hijos entre sus hermanos.

Todos los Fayad se reunieron en la mesa de la casa de Salomón, la misma donde semanas atrás el anfitrión pronunció el discurso que inspiró el inicio de los trámites de naturalización. Salomón, por ser el mayor, leyó las respuestas: todas favorables, menos una. José escuchó el rechazo con cautela; llevaba doce años en Colombia sin carta de naturaleza, así que no le dio mayor importancia y se marchó en silencio. Los demás hermanos atribuyeron el rechazo a su soltería y a su terquedad en mantenerla. Se abrazaron y brindaron por la buena fortuna de los demás. José, en cambio, se dirigió al cafetín de las murallas: quería jugar dominó, fumar y revisar sus agendas comerciales.

—Esto nos abrirá muchas puertas, sobre todo en la política de estos días —finalizó Salomón.

José sentenció su suerte a la espera de los años. Mientras tanto, seguía fortaleciendo las

relaciones comerciales con Munayar en el interior y trabajando por el crecimiento de la empresa. Hasta que, en el seco verano de enero de 1920 —cuando el Caribe azotaba la playa cartagenera con un fogaje incontenido—, vio por primera vez un nuevo horizonte. Era Munayar quien, por medio de una carta, le pedía que lo visitara: hacía falta verse en persona para acordar la comercialización de telas y disfrutar juntos un añejo de caña escuchando la mejor música de la sabana, pues hacía mucho que habían abandonado su propia música.

El menor de los Fayad no dudó en atreverse a considerar la idea de buscar otro lugar de estadía. Desde aquel 1910 en que fue moralmente excluido de la nacionalidad colombiana, se había sentido ajeno a los planes familiares: sus hermanos votaban, mientras él seguía siendo súbdito francés, sin saber una palabra de ese idioma. Frustrado por la monotonía de trabajar, jugar naipes o dominó, y asistir a eventos en el club social —espacio casi exclusivo para su grupo de origen, donde a veces se hablaba más en árabe que en español—, José cuestionaba su destino. Sin idioma, sin pertenencia ni filiación, decidió resolver su vida sembrando frutos hacia el interior del país.

Ilustración 16. Club de libaneses



Fuente: Club de libaneses (1930)

José guardó la carta de Munayar y, desde aquel instante, comenzó a imaginar su vida fuera de la ciudad amurallada. Tiempo después respondió, confirmando su deseo de viajar a Bogotá.

Así lo hizo en junio de ese mismo año: aprovechó un carguero de mercancías y, con la excusa de expandir los negocios en el interior, se embarcó para recorrer el país hasta Bogotá. Antes de partir, le dijo a su hermano Salomón que se sentía muy lejano a la familia; lo abrazó y susurró en su oído:

—Espero no volver pronto.

Salomón solo lo vio marcharse entre las calles empedradas. Desde el marco de la puerta, una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Se va con el corazón partido, se va sufriendo un desamor... ¡oh, Dios, apiádate de él!
—murmuraba Salomón mientras su llanto era besado por los primeros rayos del sol.

Elena, precisamente, era la causa no dicha de la partida de José; pero, en realidad, fue la invitación de Munayar en aquel enero lo que ocupó su mente. Aquel autoengaño —la excusa perfecta para justificar su rumbo tras la pérdida de su horizonte humano, comercial, familiar y migratorio— sirvió para revelar que, en su monótona existencia, ya no tenía anclaje en aquella ciudad.

Durante la fiesta conmemorativa a los setenta años del señor Mebarak, su esposa e hijos organizaron una integración con casi todos los “turcos” de la región. El encuentro tuvo lugar en el club social de Cartagena, a mediados de junio de 1916. Por supuesto, todos los hermanos Fayad y sus cónyuges estaban invitados, incluido el soltero José, quien fue el más reacio a asistir: poco interesado estaba en la vida social de quienes solo hablaban de dinero, y más aún si eran los de su propia estirpe.

Sin embargo, José terminó cediendo y, tras la comida, se dirigió a la salida del club para airear los tensos vientos que habían soplado entre algunos católicos conservadores y maronitas. Retirado lo suficiente para observar el club a lo lejos, estaba a punto de encender un cigarrillo cuando la vio: una figura exhalando bocanadas de humo, intentando ocultarse tras un gran cedro junto al edificio. Pensó que sería algún conocido, hasta que se acercó y descubrió que era una mujer. Llevaba un vestido amplio; su piel, tan blanca como el fruto de la almendra, destacaba en la penumbra. «Es una rebelde que se esconde de la reunión a escondidas», pensó José. Decidido acercarse, reafirmó que, de todos los rebeldes que imaginara, era la más hermosa que había visto en su vida. Ella, al percatarse de su presencia, lo miró y dio un paso hacia él. José, hipnotizado por unos ojos color ceniza clara, no advirtió que ella ya estaba junto a él.

—Señor, ¿puede venderme un cigarrillo?

Él sacó la cajetilla del bolsillo y le ofreció uno sin decir palabra. Ella lo encendió y murmuró:

—Gracias.

José, aún sin poder hablar y apenas escuchando, la observó con asombro. Ella, fascinada por Cartagena, comentó:

—En Loricá no hay un lugar tan bonito como este —dijo, señalando el club.

José salió de su trance, extendió la mano y se presentó:

—José Fayad, natural de Beirut... aunque soy sirio.

Ella respondió, algo extrañada:

—Elena Saleme, mucho gusto.

El apellido bastó para que José intuyera un lazo de origen:

—¿Es usted colombiana teniendo un apellido tan propio de mis tierras?

Elena sonrió y explicó:

—La historia es larga. Mi padre es libanés y, aunque su español es aún torpe, los encargados del registro en el puerto anotaron mal nuestro apellido: de “Salhami” pasó a “Sáleme”. Luego, huyendo del Líbano, mi padre se casó con Olga Franco, hija de un mercader español y de una mujer mulata zenú. De ese matrimonio nació yo.

José observaba cómo se consumían los cigarros mientras aquella joven narraba su descendencia.

—He escuchado que en Loricá hay una cantidad considerable de nosotros —dijo Fayad.

—Si considerable es frecuentar conversaciones en árabe más que en español, entonces debo decir que sí —concluyó Saleme—.

Ilustración 17. María de la Concepción Saleme Franco



Fuente: Archivo familiar (s.f)

Tras un gesto de permiso sublime, ella regresó al club, pero su pensamiento se quedó con aquel joven alto y de tez morena. Mientras tanto, un suspiro escapó de José al advertir que aquella mujer lo había enamorado. La fiesta prosiguió entre charlas que cruzaban lenguas y dialectos diferentes, hasta que unos vientos familiares y el redoble de tambores anunciaron la llegada de una orquesta de porro. La melodía fue impregnando todo el club y las conversaciones pasaron a segundo plano, era la hora del baile.

José transportado por el recuerdo de su primera noche en una posada caribeña. No sabía bailar, pero se sorprendió al ver cómo sus paisanos “turcos” se levantaban y se movían torpemente al compás.

Se armó de valor e invitó a Elena Saleme a danzar al ritmo de los redoblantes. Su sorpresa no se hizo esperar, ni tampoco la destreza de su excelente baile, que la transportaba de nuevo a Lorica, aquel pueblo cercano donde nació el porro.

Los bailes propios del Caribe se mezclaron durante toda la velada, acompañados por una manada de “turcos” que se jactaban de ser más colombianos que el propio presidente. Ningún cartagenero chismoso que se asomara al festejo imaginaría que aquellas personas gozaban tras haber cruzado miles de millas en el Atlántico.

José y Elena bailaron toda la noche: rieron, se unieron, hablaron en árabe y en español, sudaron sangre oriental... y José se empapó de la esencia loriquera. Aun así, no fue suficiente; al final, se quedó con las ganas de besarla, cosa impensable antes de casarse. Fayad deseó marcharse con ella esa misma noche, algo tremendamente improbable.

María Varilla¹¹ fue la encargada de cerrar la velada y, con ella, la despedida.

—Te escribiré, Elena, e iré a Lorica a casarme contigo; te lo prometo —fueron las últimas palabras de Fayad.

Elena lo miró como quien contempla al amor de una vida... o de muchas. Quizás, en el Oriente de antaño, ya se habían casado y tenido hijos. Pero en la Colombia de su presente debían separarse.

—¿Me vendes un último cigarrillo? —preguntó ella.

¹¹ El “Porro María Varilla” debe su nombre a María de los Ángeles Tapias (1887–1940), bailadora sinuana que popularizó el porro y el fandango. Originaria de Ciénaga de Oro (Córdoba), cambió su apellido materno por el de Barilla tras casarse con Perico Barilla. Su elegante baile y liderazgo femenino inspiraron a las bandas de metales de finales del siglo XIX y principios del XX, hasta convertirse en uno de los himnos del porro costero (Fals Borda, 2002)

Y se marchó, acompañada de su padre, don Julio, y de sus tíos.

Lorica, a inicios del siglo XX, era el puerto fluvial más importante de la región, gracias a las decenas de familias originarias del Líbano, Siria y Palestina: los Sáleme, Char, Jattin, Behaine, Barguil y muchas más. El puerto conectaba el Sinú con Antioquia y el Caribe a través de la boca de Tinajones. Las mercancías que llegaban desde Sabanilla ingresaban por Cispata, pasaban por San Bernardo del Viento —donde los Gossaín y otros “turcos” habían echado ancla—, continuaban a Lorica y de allí subían a Montería.

Ilustración 18. Navegabilidad por el Sinú



Fuente: Lancha Damasco (1920)

Los Sáleme se habían destacado en el comercio de telas y poseían amplias plantaciones de algodón para exportación. No fue difícil ubicar a Elena cuando José Fayad quiso escribirle su primera carta, un mes después, en julio de 1916. Con solo su nombre y apellido, el repartidor llegó a una casa de madera de bonga con amplios pasillos: justo al frente de la antigua alcaldía vivían los Saleme. Al recibir la carta, Elena estuvo a punto de llorar de emoción. Su padre, hombre de aguas mansas, la interrogó de inmediato:

—¿Quién es ese hombre de Beirut que te pretende?

Ella atajó, nerviosa:

—Solo sé que se llama José Fayad, un Sirio.

El señor Saleme, complacido por el parentesco de origen, decidió permitir la pretensión; pero exigió que José se presentara cuanto antes en el pueblo y hablara con él formalmente.

Ilustración 19. Casa de los Saleme



Fuente: Casa de los Saleme (s.f)

Olga Franco de Saleme, la madre de Elena, pensaba muy diferente a su esposo. Aquella mujer de carácter fuerte tenía planes muy distintos para su hija: no aprobaba en absoluto que tuviese pretendientes, y mucho menos de índole árabe, consciente de lo fiestero que era su marido. Por lo tanto, se dispuso a espiar la correspondencia y ocultarla, para que Elena olvidase a José Fayad.

La primera carta de Fayad terminaba así:

Cartagena, 4 de febrero 1916

Querida Elena

Sueño contigo bailando en Lorica; ansío conocerte. No olvides que me debes dos cigarros, los cobraré en cuanto pueda.

El “turco” Fayad

José.

Elena escribió la respuesta, pero nunca llegó a manos de José. Un pequeño soborno de Olga al mensajero bastó para que la carta no saliera de Lorica.

La misiva de Elena concluía:

Lorica, 15 de febrero 1916

Al “turco” Fayad

Aquí te espero, José; dispuesta a pagarte los dos cigarros y a enseñarte mi pueblo al son de los clarinetes.

Un saludo.

Elena.

Fayad esperó hasta septiembre de 1916 una respuesta; al ver que no llegaba, se atrevió a escribir una segunda carta, luego una tercera para Navidad y muchas más. Pasaron dos años, y en 1918, mientras jugaba naipes en las tardes venteadas de Cartagena, se acercó a su mesa un joven llamado Raúl Jattin. Proveniente de Lorica para revisar mercancías orientales, José le preguntó por una joven llamada Elena Sáleme. Jattin, por supuesto, la conocía y de inmediato confirmó que había sido internada con unas monjas en las afueras del pueblo para terminar sus estudios en un colegio católico-instituto para señoritas. Aliviado, José escribió esa misma tarde al internado:

Cartagena, 26 de julio 1918

Elena.

Me da gusto saber que no he sido olvidado. Supe por un paisano que estás internada con las monjas, y fue una felicidad inmensa escuchar tu nombre y saber que vives. Te he enviado más de ciento veinticinco cartas sin respuesta; casi ahogado por la desdicha, me refugié en tu recuerdo.

Mi vida transcurre entre puertos y almacenes, pero mi pensamiento vive por tu nombre. No

olvides que pretendo fervientemente verte de nuevo.

Con cariño,

Tu “Turco” Fayad.

Aquellas pocas palabras fueron revisadas por las monjas, cuya prioridad era erradicar cualquier situación inconveniente en la institución. Por ello decidieron no entregar la carta a la joven Elena. Aun así, Saleme supo que le había llegado una carta desde Cartagena y esa noticia la llenó de esperanza, justo cuando empezaba a olvidarlo por los insistentes cortejos de David Sánchez, un joven de familia ganadera. Elena decidió entonces escribir no directamente a José, sino al negocio de los Fayad, con la intención de que sus palabras le llegaran de algún modo. Fingiendo la excusa de pedir telas, redactó lo siguiente:

Lorica, 8 de agosto 1918

Señores Fayad,

Deseo confeccionar el mejor vestido de la región. Había perdido la esperanza, y aunque no desprecio a los paisanos que trabajan con buenos materiales —incluso mi propia familia—, supe que ustedes poseen los colores mate salmón que anhelo. Pienso en ese vestido todo el tiempo, incluso cuando duermo; quisiera tenerlo pegado a mí, pero no está y eso me entristece. Qué dicha me daría lucirlo en los mejores eventos, sobre todo en las bodas.

Les ruego me envíen treinta metros de dicha tela y carguen la cuenta a mi padre. Me encuentro internada con las monjas de Lorica.

Saludos,

Elena Saleme.

La carta llegó a manos de Salomón en agosto de 1918; su reacción fue una carcajada al saber que no contaban con la tela solicitada. No le dio mayor importancia. Cuando José llegó y

su hermano le narró la anécdota, él tomó la carta, la leyó y entendió que era para él: ella lo extrañaba, pensaba en él, y nombraba la prenda como si fuera un cuerpo —quería vestirse con Fayad. Esa noticia devolvió a José la esperanza de volver a ver a Elena. Pero el destino le jugó una mala pasada. Pasaron los meses; José dispuso un viaje para el 8 de diciembre de ese año, fecha en la que el pueblo celebra el corte del palo —una ceremonia en la que se selecciona un tronco, se arrastra por las calles y se baila fandango al son de los tambores. Estos bailes adquirieron tal fama en la región que fueron incluidos en los calendarios locales como las fiestas fandangueras de Lorica.

Mientras José engendraba ilusiones de pedir la mano de Elena, ella ya formaba parte de otros planes. La confirmación llegó con elegancia: una carta remitida a la casa de Salomón por aliados comerciales en Lorica invitaba formalmente a la familia Fayad a la celebración de la hija de un socio importante —una fiesta que, por coincidir con la onomástica de la Virgen, daba nombre al segundo nombre de la festejada—. Aquella joven era Elena María Saleme; cumplía veinte años y se casaba con David Sánchez.

Olga, la madre de Elena, venía desde hace tiempo orquestando una especie de alianza con los Sánchez para casar al hijo mayor de aquella familia con la primogénita de los Saleme. David era un hombre de carisma prominente; disfrutaba la vida heredada en las faenas ganaderas. Sus buenos modales y la fama de coqueto le granjearon la estima de todo el pueblo.

Mientras tanto, Elena se desilusionaba de José: él no había dado señal alguna desde aquella carta-excusa que ella había enviado —lo que ella ignoraba era que su madre había prohibido la correspondencia. José había escrito las más memorables cartas de amor que un libanés escribiría en español, pero su destinataria nunca las recibió. Entre la desilusión y la complacencia, Elena decidió acceder a los cortejos de David y, finalmente, aceptó casarse el 8

de diciembre, día de las fiestas patronales y de su cumpleaños. Lamentablemente, aquel mismo día sería el programado por José para ir a verla.

Salomón algo sabía de que aquella joven removía cosas en el corazón de su hermano; por eso fue muy cauteloso al informarle de la invitación. Citó a José en un café-bar frecuentado por “turcos”, donde pasaban las tardes cartageneras. El recado llegó por la mañana, traído por un mensajero llamado Juan Heredia, hijo de un carretero de antaño. José, inquieto por la invitación a Gozambique —ese sitio al que su hermano apenas asistía—, se programó para pasar la tarde con él y llevó un dominó para entretenerse. Al caer el sol se encontraron. Salomón sostenía el sobre; el silencio entre ambos olía a tragedia. Compartieron un trago de ron y prosiguieron con la entrega.

—¿Qué es eso? —preguntó José.

—Es la sentencia de tu alegría: se casa Elena de Lorica y nos invita a la boda —respondió Salomón, tajante y directo.

José rompió la invitación y decretó, con aire familiar, que ninguno de sus parientes —al menos hasta el tercer grado de consanguinidad— podría asistir. Salomón respetó la decisión.

La mesa vacía de los Fayad en el club de Lorica fue más que un mensaje para Elena: en medio de su compromiso, ella le pidió fuego a José para su cigarrillo. Muchos años después, en el pavimento frío de la ciudad de Bogotá, algunas de las lágrimas que derramó José tendrían nombre: Elena. Entre la nostalgia, el trabajo y el sinsentido pasaban los días de José. Le frustraba no ser nadie para un país que lo hacía todo; sintiéndose invisible, transcurrieron dos años hasta que abrió la carta de Munayar. José no quiso voltear a mirar a su hermano —él lo esperaba en el marco de la puerta—; sencillamente no quería volver sobre sus pasos.

Así emprendió un tortuoso viaje hacia la capital: se embarcó hasta Sabanilla, de allí tomó

el tren hasta Barranquilla; luego remontó el Magdalena en vapor hasta Puertos como Salgar o La Dorada, y, finalmente, por ferrocarril llegó a Santa Fe de Bogotá. El viaje le tomó tres semanas¹². Al descubrir lo inmenso que era el país en el que llevaba tantos años, entendió la belleza que la montaña oculta y que el Caribe refleja.

Su travesía combinó la experiencia ferroviaria y fluvial —la forma más habitual a inicios del siglo XX para recorrer largas distancias—. Al llegar a la capital, el frío le caló los huesos y por un instante pensó en volver a Cartagena; en la estación no lo esperaba nadie, solo algunos vestigios: cartas de César con la ubicación de su local. Allí, en el comercio chico de “turcos” del centro de Bogotá, lo aguardaba Munayar.

La vida de Fayad en la capital le abrió otros mundos. La política era el tema del día; pasaba largas horas entre cafés y negocios con sus paisanos. Entre esa vida social y las redes comerciales que unían Bogotá con el Caribe, José se relacionó con personajes ilustres, como el doctor Zoilo Cuéllar Durán¹³, cuyo nombre alcanzó una honra intachable en la historia de la medicina del país. Con Durán, Fayad se extendía en horas hablando de su Damasco natal: el médico, obsesionado por las ciencias ancestrales, escuchaba las tradiciones curativas del Oriente con avidez.

Aunque Fayad llevaba ya un año en tierras bogotanas, dos meses de esos doce los vivió

¹² El trayecto típico implicaba embarcarse hasta Barranquilla, cruzar por tren a Sabanilla (Puerto Salgar), remontar el río Magdalena en vapor hasta La Dorada y continuar en tren hasta Bogotá. Según crónicas contemporáneas, en época de sequía este trayecto podía tardar hasta tres semanas solo desde Puerto Salgar a Girardot, debido al lento avance de los vapores en aguas bajas; lo cual hace históricamente plausible un viaje completo Cartagena–Bogotá de esa duración, considerando esperas y trasbordos (El País, 1981).

¹³ Zoilo Cuéllar Durán (El Agrado, Huila, 15 feb. 1871 — Bogotá, 26 oct. 1935). Cirujano y profesor universitario, obtuvo su título de Médico y Cirujano en la Universidad Nacional (1895) y es considerado uno de los pioneros de la cirugía y, específicamente, de la urología en Colombia: fundó la cátedra de urología en la Facultad de Medicina (c.1912–1913) y contribuyó a institucionalizar la especialidad en el país. Ejerció intensa actividad docente y científica y ocupó puestos relevantes en la Academia Nacional de Medicina (SCU, 2001)

obsesionado por una jovencita de veintiséis años que se hacía llamar Diana; por los gajes de su oficio, su verdadero nombre nunca lo conoceremos. La halló en un cuchitril de mala muerte: morenita, baja, con el pelo lacio y negro —casi árabe en el gesto—, aunque en realidad era tocaimuna. Diana le enseñó a Fayad no solo los placeres mundanos —lo volvió un hombre, estando José entrado en años—, le habló de su pueblo y de las oportunidades que Tocaima ofrecía para abrir una casa comercial. Embelesado más por sus curvas que por la promesa de Tocaima, Fayad decidió ponerse en contacto con conocidos de Diana y marcharse a ese lugar.

En febrero de 1922 llegó a Tocaima impulsado a montar un negocio y abrir mercado en un pueblo que parecía detenido desde el Virreinato. Sus contactos fueron vecinos del lugar: Juan Galindo y Julio Ignacio Correal. Diana y su pequeño lo acompañaron y vivieron con él un tiempo prudente, hasta que un día ella decidió marcharse con su hijo; lo que le proveía Fayad no compensaba los ingresos de su antiguo oficio. Nunca volvió a saber de ella.

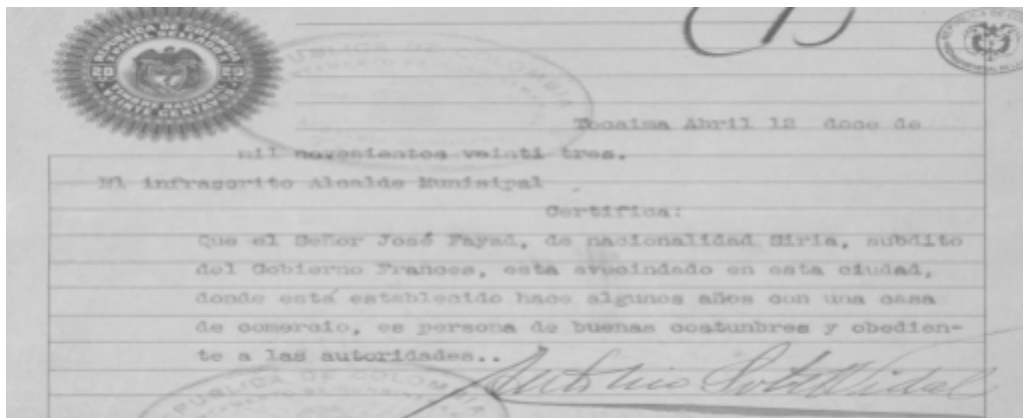
Don José Fayad creció rápidamente en los menesteres del comercio, hasta involucrarse en la política —algo que en ciudades grandes como Cartagena o Bogotá no había necesitado—. Al ser el comerciante del pueblo, asumía un papel central dentro de una sociedad consagrada a veinte calles y una iglesia.

El pueblo, en términos generales, era profundamente conservador; no era para menos: su historia conservaba un cariño persistente hacia la corona española. Pero un grupo de vecinos, junto con Fayad, comenzó a pugnar por otra libertad y se consagraron liberales. En esa euforia política, Miguel y César Afanador cuestionaron el estatus cívico de Fayad: si quería involucrarse debía, como mínimo, poder votar —y para ello necesitaba la carta de naturalización. Así, la inquietud que lo rondaba desde 1910 volvió a confrontarlo trece años después. Ante la posibilidad real de ser libre por primera vez, Fayad reemprendió la solicitud de naturalización en

abril de 1923, asesorado por un abogado recomendado por un paisano: el doctor Gustavo Posse, hombre afiliado a la lista liberal y conocido en Tocaima.

El primer consejo del abogado fue obtener un certificado del alcalde que confirmara el buen comportamiento del avecindado José Fayad; luego redactar la carta de solicitud de naturalización; y, finalmente, aportar testigos de su conducta —preferiblemente vecinos de Tocaima. Así comenzó Fayad a reunir los requisitos

Ilustración 20. Certificado expedido por el alcalde de Tocaima



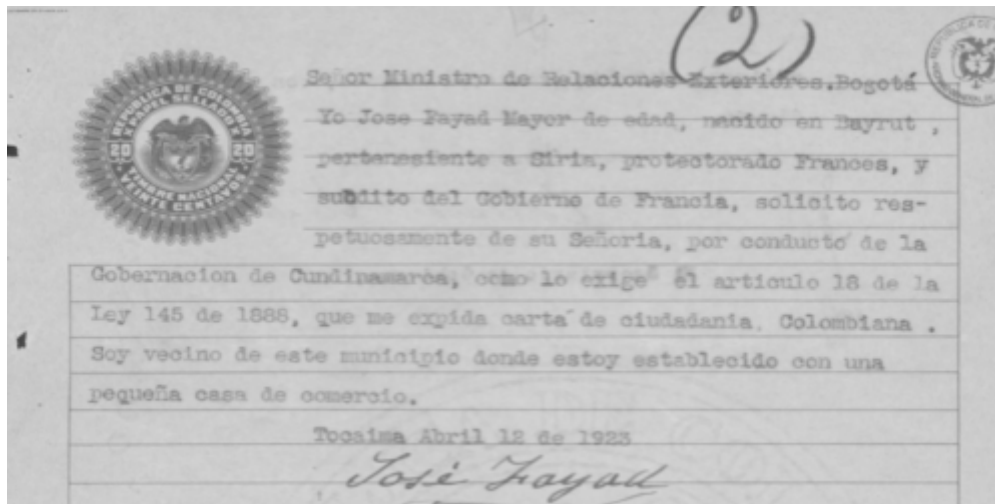
Fuente: Archivo General de la Nación (1923)

Fue así como el alcalde certificó:

«El señor José Fayad, de nacionalidad siria, súbdito del Gobierno francés, está avecindado en esta ciudad (Tocaima), donde está establecido desde hace algunos años con una casa de comercio; es persona de buenas costumbres y obediente a las autoridades».(AGN, 1923)

Mientras se expedía el certificado, Fayad redactaba su carta, siguiendo un modelo similar al de 1910, dirigida al Ministerio de Relaciones Exteriores con el fin de solicitar la carta de naturalización.

Ilustración 21. Carta escrita por José Fayad al ministro de relaciones exteriores, Tocaima



Fuente: Archivo General de la Nación (1923)

Entre tanto, Fayad seguía frecuentando Bogotá por razones comerciales y, ahora, políticas. Conocía gente nueva, se involucraba en asuntos legales y se informaba constantemente sobre el estado de su expediente; esperaba noticias de la Gobernación, pues antes de escalar el caso al Ministerio de Relaciones Exteriores el Secretario de Gobierno debía certificar que todo estaba en regla.

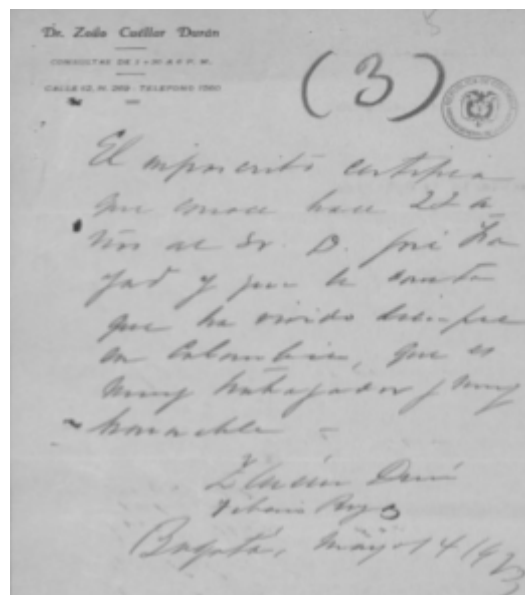
Tan solo unos días después, el 20 de abril de 1923, Manuel Cuéllar —secretario de Gobierno de Cundinamarca— devolvió la solicitud, argumentando: “según el Decreto Ejecutivo n.º 709 de 1890, sobre extranjería y naturalización, faltan requisitos”. Entre ellos, debía anexarse un memorial escrito a mano en el que expusiera el motivo y la intencionalidad de solicitar la naturalización, y ratificar su fe y conducta moral mediante declaraciones juramentadas y certificadas por colombianos.

Así el panorama, Fayad recurrió a sus viejos amigos de tertulia —los que gozaban de algún reconocimiento público—. Así fue como, una tarde de mayo, llegó al consultorio del doctor Zoilo Cuéllar Durán, en la calle 12 # 269. La visita se prolongó en charla; Fayad intentó

persuadir al médico para que certificara que lo conocía de hacía más de veinte años, aunque en realidad no lo tratara desde hacía más de una década. Lo convenció, El doctor redactó, en un papel con encabezado de receta, el siguiente certificado:

«El infrascrito certifica que conoce desde hace veintidós años al Sr. D. José Fayad y que le consta que ha vivido decentemente en Colombia; que es muy trabajador y muy honorable.»

Ilustración 22. Concepto de Zoilo Cuellar sobre Fayad



Fuente: Archivo General de la Nación (1923)

Al final, firmó con su nombre y su cargo —cirujano—. La fecha del certificado fue el 14 de mayo de 1923, es decir, menos de un mes después de la devolución del expediente por parte del Secretario Manuel.

Con la certificación del doctor, Fayad tuvo que reunir más pruebas que jugaran a su favor. Por tanto, solicitó que comparecieran en la Sección de Justicia de la Secretaría de Gobierno de Cundinamarca sus amigos y socios más cercanos: Tiburcio Rojas, Guillermo Albornoz y Fabio Rojas. En junio de 1923, cada uno afirmó conocer a José Fayad “de vista y trato” y dio

testimonio de su conducta. Tiburcio Rojas lo describió como “hombre de buenas costumbres y de ideas republicanas”; Guillermo Albornoz corroboró su reputación en la comunidad; y Fabio Rojas aseguró: “Es correcto en sus costumbres sociales y vida privada, como en su conducta y vida pública”. Todos los declarantes concluyeron que, por esos argumentos morales y cívicos, José Fayad debía ser merecedor de la carta de naturaleza.

Al tiempo que viajaba a Bogotá y reunía los documentos pertinentes para declararlo un buen hombre, José Fayad comenzó a frecuentar a Juanita. Juana Suárez López era viuda de un militar caído en la Guerra de los Mil Días y había heredado una casita rústica, ubicada a tres cuadras de la iglesia de Tocaima y apenas a unos metros de la vivienda de Fayad. Entre los encuentros dominicales en la plaza y sus prolongadas compras en el local, consumieron una tarde de mayo el pecaminoso acto del concubinato, robándose mutuamente la soledad.

Desde entonces, Fayad puso su pensamiento en Juanita y dejó de atender la ley, la política o el comercio: estaba enamorado. Las citas clandestinas, casi teatrales, se disfrazaban de transacciones, pues todos los martes Juanita se acercaba a comprar telas y sus visitas se prolongaban hasta la caída de la tarde. Estos juegos les valieron el juicio inquisidor de Mercedes Ramírez, vecina de Fayad y devota del rosario expuesto y la Biblia en mano. Mercedes no tardó en notar que la viuda permanecía demasiado tiempo en casa del turco y que, al salir, su cabello aparecía desordenado y sus ojos brillaban con el pecado concebido.

No tardó en correr por todo Tocaima el rumor del romance clandestino entre Fayad y Juanita. En la misa del domingo, Mercedes —arrodillada en el confesionario— confesó al presbítero J. del Carmen Cueto el pecado consumado por “el turco comerciante del pueblo” y la viuda Juana. Cueto, inquietado, cerró su lista de confesiones aquel día con una pregunta al pueblo: «¿Qué han sabido del turco Fayad?» Los feligreses respondieron con dureza: lo tildaron

de amante de prostitutas y de bebedor compulsivo que se aprovechaba de viudas, engendrando hijos a las muchachas y sin asumir la responsabilidad de bautizarlos. Aterrado, el cura Cueto predicó en la misma misa contra el amancebamiento público.

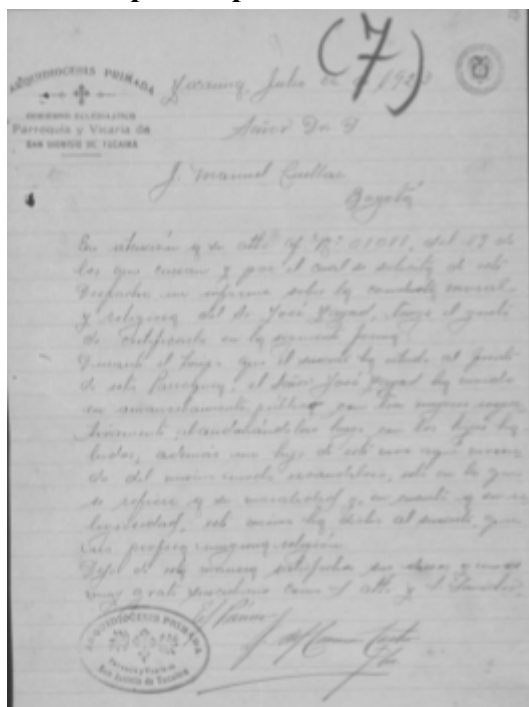
Pocos días después, llegó a Fayad una carta del señor Manuel Cuéllar —secretario de Gobierno de Cundinamarca— solicitándole un informe sobre su conducta. Sorprendido de que un extranjero de aquella estirpe aspirara a la nacionalidad, el presbítero no dudó en emitir este concepto:

«En atención a su atto. de N.º 01081, del 19 de los que cursan, y por el cual se solicita de este despacho un informe sobre la conducta moral y religiosa del Sr. José Fayad, tengo el gusto de certificarlo en la siguiente forma: Durante el tiempo que el suscrito ha estado al frente de esta parroquia, el señor José Fayad ha vivido en amancebamiento público con dos mujeres seguidas, finalmente abandonándolas luego con los hijos habidos. Además, un hijo de este vive aquí. Viviendo de ese mismo modo escandaloso, esto en lo que se refiere a su moralidad; y, en cuanto a su religiosidad, este mismo ha dicho al suscrito que no profesa ninguna religión»

—Presbítero J. del Carmen Cueto.

12 de julio de 1923.

Ilustración 23. Concepto del prebitero de Tocaima sobre Fayad



Fuente: Archivo General de la Nación (1923)

Desde el pueblo hasta la parroquia ya se había filtrado el rumor de que José era un amancebador; aquello le acarrearía grandes problemas. Sin embargo, no se enteró sino tiempo después. Como ocurría con los buenos chismes de pueblo, la vida continuó entre el rumor y el juicio social; el único que ignoraba la habladuría era el propio implicado, que seguía con sus amoríos sin sospechar que había sido descubierto. Mercedes lo saludaba por las mañanas y le ofrecía los deliciosos envueltos de maíz que ella misma preparaba.

Por otro lado, se solicitó un concepto a la parroquia de Girardot, donde Fayad había realizado algunos negocios. El párroco, José Espiga —que no conocía formalmente a Fayad— debía emitir igualmente su informe; siendo más comedido que el padre Cueto, escribió

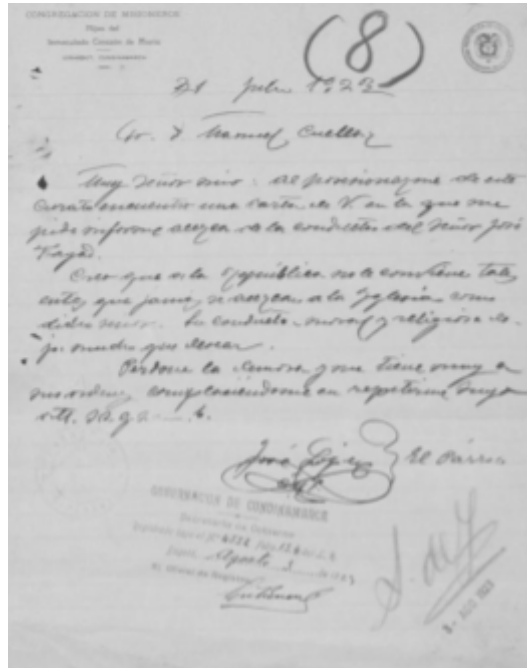
“Muy señor mío: Al proporcionarme este curato su oficio, encuentro que me pide informe acerca de la conducta del señor José Fayad. Creo que a la Iglesia no le conviene tal individuo, pues jamás se allega a la iglesia a oír el santo rito. Su conducta moral y

religiosa es, ni mucho que elevar. Perdone la demora; me tiene muy a sus órdenes, cumpliéndome en reportarle.”

—Párroco José Espiga.

31 de julio de 1923.

Ilustración 24. Concepto del Párroco José Espiga sobre Fayad



Fuente: Archivo General de la Nación (1923)

El párroco Espiga, si bien no se centró tanto en el juicio por amancebamiento público, puso mayor énfasis en que Fayad no asistía a los ritos de la iglesia. Ambas cartas —la del padre Cueto y la de Espiga— llegaron a la Gobernación de Cundinamarca el 3 de agosto de 1923. Correspondería ahora al Gobernador emitir un concepto antes de remitir el expediente al Ministerio de Relaciones Exteriores. Ese concepto se construyó a partir de los relatos recabados por la Secretaría: algunos favorables, otros condenatorios. A la luz de esos testimonios, la Gobernación elevó el caso y expidió el siguiente dictamen:

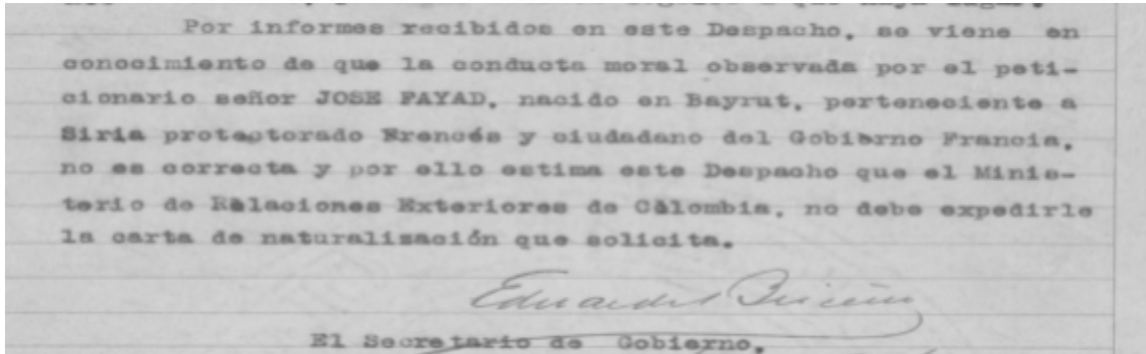
“La conducta de José Fayad... no es correcta. Por ello, estima este despacho que el

Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia no debe expedirle la carta de naturalización que solicita”

—Eduardo Briceño.

10 de agosto de 1923.

Ilustración 25. Concepto de la Gobernación



Fuente: Archivo General de la Nación (1923)

El 18 de agosto de 1923 se enviaron al Ministerio de Relaciones Exteriores las ocho fojas útiles del expediente, junto con el memorial de José Fayad. La Comisión de Relaciones Exteriores recibió las fojas el 21 de agosto y fijó la sesión para el 31 de ese mes. Fayad se hallaba en Tocaima cuando le llegaron los primeros avisos del avance del trámite; solo a mediados de agosto descubriría el concepto emitido por la iglesia. Ante aquellas acusaciones, decidió confesarse: fue el domingo siguiente a la misa y se sentó en el confesionario con el presbítero J. del Carmen Cueto.

Entró muy temprano a la iglesia, uno de los primeros, para no ser visto. Cueto no advirtió su presencia al instante; entre el penitente arrodillado y el confesor se percibía una extraña carga —no sólo de culpa del pecador, sino también de responsabilidad del que absuelve. El padre comenzó el rito:

—Cuéntame, hijo: ¿cuáles son tus pecados? —preguntó Cueto.

—He pecado, padre —respondió Fayad con voz serena—. He pensado en matar a un representante de Dios en la tierra, a uno de sus hijos; he pensado en matarlo a usted. Pero no se alarme: he preferido venir a confesarlo antes que materializarlo.

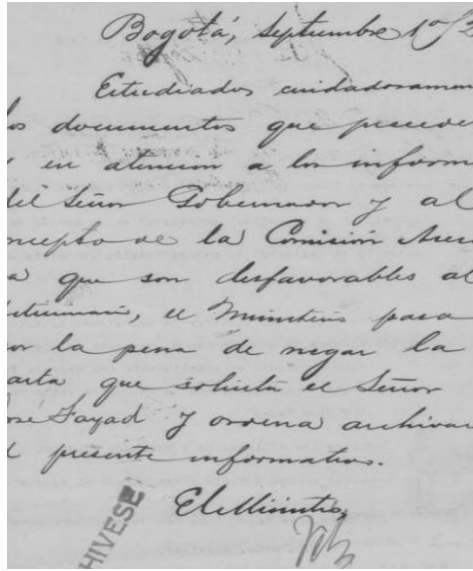
Cueto quedó helado; hasta la túnica le tembló. Lo que en verdad Fayad intentaba era negociar una tregua: ofreció aportes a la iglesia, y pidió que el padre mantuviera distancia y no agravara públicamente su situación moral. Cueto aceptó no intervenir con mayor vehemencia, pero la carta que ya había redactado seguiría su curso administrativo y estaba destinada a generar grandes problemas para definir el destino del “turco”.

La Comisión de Relaciones Exteriores sesionó en la fecha prevista y emitió un concepto desfavorable, recomendando al Ministerio que no otorgara la carta de naturaleza a José Fayad. El ministro, que ya tenía en su poder las fojas con el memorial de Fayad, solo aguardaba la resolución de la Comisión; la respuesta llegó el 1.º de septiembre de 1923. En su despacho —con la cruz del Señor de los Milagros a un costado y la Biblia abierta en el salmo 23—, el ministro Jorge Vélez, conservador de cepa y fiel seguidor del proyecto de Pedro Nel Ospina, no perdonó el amancebamiento público. Sin más titubeos, emitió la siguiente carta:

*“Bogotá, septiembre 1º de 1923 Estudiados cuidadosamente los documentos que preceden y en atención a los informes del señor Gobernador y al concepto de la Comisión Asesora, que son Desfavorables al peticionario el Ministerio para por la pena de **negar la carta que solicita el señor José Fayad** y ordena archivar el presente informativo”.*

—El ministro

Ilustración 26. Concepto del ministro



Fuente: Archivo General de la Nación (1923)

Fayad recibió la noticia con una tristeza incontenible que pronto se transformó en ira. Solo pudo llorar en el regazo de Juanita, quien se había resignado a ser su amante eterna y con el tiempo se volvió su gran amiga. Llorando con desesperación, empapando el pecho de su amante, Fayad preguntó:

—¿Y ahora qué voy a hacer? ¿Cómo apoyar la causa liberal si ni siquiera puedo votar? ¿Cómo casarme contigo sin ser primero natural de estas tierras? ¿Cómo ser libre si sigo atado como esclavo a los franceses, que nunca han hecho nada por mí? ¿Qué puedo hacer, Juanita?

Tras un largo silencio, la viuda tocaimuna le respondió:

—Debes seguir intentándolo, pero esta vez haz las cosas con un abogado.

Motivado más por el aliento de Juanita que por otras causas nobles, Fayad contactó a Gustavo Posse, el abogado que ya conocía; en esta ocasión, le otorgó poder absoluto sobre el asunto. Posse asumió el caso y, el 14 de septiembre de 1923, volvió la escena legal con una carta firmada por Fayad dirigida al Ministerio de Relaciones Exteriores. En ella, Fayad confería

“poder especial, amplio y suficiente” para que su representante legal continuara las gestiones pertinentes. Así, Fayad se acogió a las directrices de su abogado.

Antes de presentar nuevas solicitudes ante el Ministerio, el doctor Gustavo Posse pidió a Fayad que convocara a sus conocidos —y, sobre todo, a sus paisanos sirios— para reunir declaraciones que avalaran su buena conducta. Fayad obedeció y comenzó a recabar testimonios de amigos y vecinos.

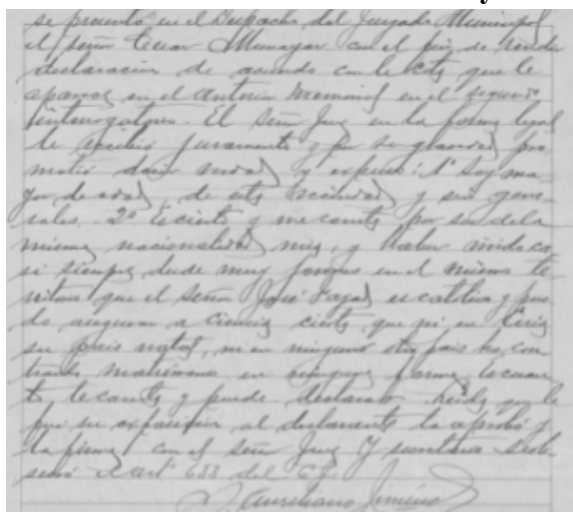
Entre los declarantes figuraron varios vecinos de Tocaima: los Afanador —Miguel y su hijo César—, hombres de marcado fervor liberal, quienes aseguraron que Fayad era “un excelente ciudadano”. También testificaron quienes lo conocieron al llegar tras su relación con Diana —la mujer de vida libertina—: Julio Ignacio Correal y Juan Galindo declararon que jamás se le había conocido en compañía amorosa pública. Además, prestaron declaración tres paisanos de larga data: César Munayar (su gran amigo), Alberto Kattah y Pedro Chicrala. Todos ellos, paisanos y compañeros de viaje de Fayad, defendieron la postura católica y honesta del solicitante refutando con firmeza las afirmaciones del párroco, sosteniendo que nunca lo habían visto en amancebamiento público con ninguna mujer. Todas las declaraciones se realizaron y sustentaron a principios de septiembre de 1923.

“Nunca he visto que el señor José Fayad se deteriore por alguna acción cierta, ni en hechos que fuesen notos, ni en ninguna otra cosa ha cometido maldad ni en negocios. Jamás le conocí tal conducta y puedo declarar”

—Munayar.

6 de septiembre 1923

Ilustración 27. Declaración de Muyamar



Fuente: Archivo General de la Nación (1923)

Una vez reunidas todas las declaraciones, el abogado procedió a redactar el memorial de José Fayad dirigido al Ministerio de Relaciones Exteriores. Fayad, que había concentrado su atención en los negocios y en Juanita, decidió delegar el caso por completo en Posse. El 12 de noviembre de 1923, Posse adjuntó todos los elementos probatorios al memorial y lo envió al ministerio con la petición expresa de que se reconsiderara el rechazo y se revisaran las nuevas pruebas para aprobar la carta de naturaleza.

Mientras tanto, Fayad intentó reparar su imagen pública: en vísperas de la celebración del patrono, el 9 de octubre de 1924, donó a la parroquia —la del padre Cueto— una escultura del santo patrono y asistió a la procesión. Reforzado por ese gesto, volvió a implicarse en política; viajó con frecuencia a Bogotá para participar en tertulias liberales y debatir el fortalecimiento del gobierno conservador. Su intensa presencia en cafés y reuniones hizo que algunos conservadores de Tocaima lo consideraran un extranjero peligroso. Así, Fayad se consolidó como un hombre de mayor estatura social: no sólo por su ascenso económico —con nuevos negocios en Girardot y Bogotá—, sino también por su protagonismo público y su clara filiación política liberal.

Para diciembre de 1924 recibió una carta de su hermano Salomón:

Cartagena, 16 de diciembre 1924

Hermano:

Espero te encuentres bien. El circuito funciona de maravilla, pero me preocupan algunos rumores que me llegan de los paisanos del interior sobre tu situación sentimental con una mujer que enviudó hace muy poco. Comentan que eres liberal por mujeriego y no por convicción, y que ayudas a la iglesia por pura apariencia. Solo deseo, José, que resuelvas tu situación con esa fulana y, por favor, deja de andar pronunciándote políticamente; somos hijos de Beirut y venimos a hacer comercio, no política.

Te deseo una feliz Navidad.

Salomón Fayad.

Al leer las palabras de su hermano, Fayad recordó cuando era joven y vivía en Damasco, luchando contra la represión de los otomanos.

—Soy rebelde antes que hijo de Beirut —murmuró, reclinado en el sofá—; seguiré siendo amante de la justicia hasta dejar de ser súbdito francés. Mis pensamientos liberales miran a la justicia para mi país.

Su monólogo fue interrumpido por Juanita:

—¿Estás hablando solo? —preguntó ella.

Él la miró con la certeza de estar enamorado, pues sintió lo mismo que había sentido al compartir un cigarrillo con Elena, antaño.

—Cásate conmigo —le dijo.

Juanita guardó silencio; tragó saliva, lo miró a los ojos con la gravedad propia de una tocaimuna y dijo:

—Me caso contigo, por la iglesia. Aunque sabes bien que no sería bien visto casarme dos veces.

Fayad la observó con un sigilo casi macabro y replicó:

—Juana, no puedo casarme contigo hasta que no tenga la carta de naturalización, esa carta por la que tanto he peleado, es la que podría dotar de mucho mas valor moral el matrimonio.

—¿Qué ha pasado con eso? —preguntó ella.

—Lo último que supe fue que, en febrero de este año, la Gobernación exigió con premura las declaraciones juramentadas de todos los testigos que juegan a mi favor. Ya sabes lo ocupados que están los paisanos para ponerse en eso; así que solo me queda esperar, querida. Esperar la carta para tener tu amor.

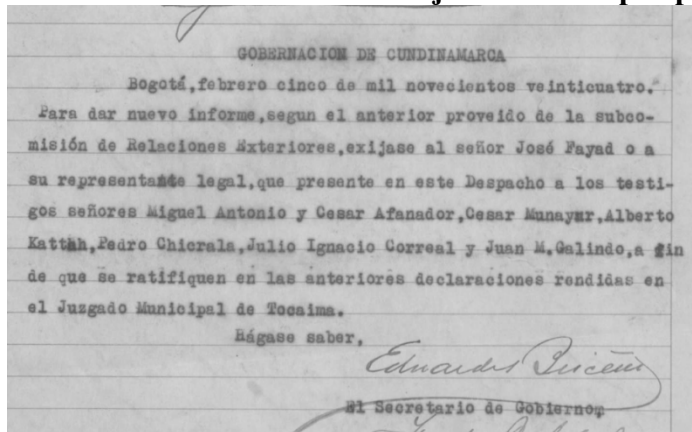
—No seas tan dramático —dijo Juanita—; mi amor lo tienes con carta o sin carta.

Tras firmar los papeles, ella le zampó un beso en la comisura de los labios y lo besó con tal fiereza que pareció llegar hasta la pulpa de los dientes. Sonaron las campanas de Navidad y, con ellas, las de fin de año.

Así, el primero de enero de 1925, José amaneció con su amada entre los brazos: la moza predilecta, la moza eterna —la “puta de Juanita”, como la llamaban en el pueblo.

Posse, mientras Fayad disfrutaba de sus amoríos con Juanita, adelantaba cartas en el asunto sobre su caso: solicitó a la gobernación un mínimo de sensatez. No era probable que, siendo la mayoría de los declarantes habitantes del pueblo de Tocaima, y además comerciantes ocupados en su oficio, debieran desplazarse hasta Bogotá para reafirmar las declaraciones. Fue así que consiguió, para febrero de 1925, que quien actuara como rectificador de dichas declaraciones fuese el alcalde de Tocaima.

Ilustración 28. Nota de citación de declaración juramentada por parte del gobernador



Fuente: Archivo General de la Nación (1924)

Para ese entonces el alcalde era Guillermo Salcedo. Salcedo recibió la solicitud en su despacho y decidió aceptar ser el testigo de los declarantes. Así fue que, durante todo el año, se sometió a su silla y condenó su oído a los turcos amigos de José, quienes se reafirmaron diciendo lo buen hombre que era. Munayar incluso le dijo a Salcedo que el único pecado de Fayad era ser tan bondadoso. Salcedo, por su parte, pensó que su error había sido ser liberal y turco, pero mantuvo la discreción durante todo el año.

A fin de cuentas, su trabajo sencillamente fue escuchar. Aunque se quedó intrigado por el personaje de José y no comprendía cómo, siendo un hombre tan bueno, aún no se le hubiese otorgado la carta. Al finalizar el desfile de declaraciones comprendió que el único motivo del rechazo era el carácter fanático y moralista del país. Un país que, viendo a un migrante no consagrado y perro —tan perro como Pedro Nel Ospina o Miguel Abadía, que comenzaba a hacer campaña a la presidencia— decidió que no fuera colombiano.

Eso meditó el alcalde mientras organizaba los papeles para enviarlos a la gobernación. Salcedo, terminada la tarea, decidió enviar los documentos con Rodrigo Murcia, encargado del correo: un boyacense retirado que, tras la guerra, había llegado a Tocaima a pelear por su pensión

junto a su enamorada. Por la cercanía del pueblo a Bogotá, prefirió quedarse allí mientras salía el trámite. Gracias a la honorabilidad de haber peleado en bando conservador, le ofrecieron empleo en la oficina de correos. Una tarde de 1925, llegó puntual con un paquete que contenía las gestiones de juramento realizadas por el alcalde. Al revisarlo, notó que no tenía pago alguno: aunque iba dirigido a la gobernación, nadie había cancelado el envío. Decidió esperar unos días a que apareciera el responsable del caso —el alcalde o el abogado representante—, pero nadie llegó. Pasado un mes, Rodrigo archivó el paquete y lo mandó a la oficina de pliegos autos. Allí se pudrió, entre polvo y olvido, toda esperanza del turco de ser naturalizado. Solo serían descubiertos hasta agosto de 1926.

Pero antes de que el caso Fayad quedara enclaustrado en el olvido, y aun viviendo su vida de mozo enamorado, el turco se dedicó a hacer una parranda por cada declarante que salía del juramento. Juanita, con sus manos de viuda nostálgica, tomó el recetario de su enamorado y preparó toda una bandeja turca. Así fue como combinó el tabulé con el cerdo y el tajine con el chicharrón. Al festín y la pachanga se unían algunos curiosos que comenzaron a confraternizar con el turco.

Las rumbas le duraban noches; tan largas eran que, cuando salía el otro declarante, ya le servían la comida recalentada del festín anterior. Así fue como la casa del turco se convirtió, en dos semanas, en la celebración más grande del pueblo. Casi parecía que iban a superar las fiestas patronales. Gracias a esta amplitud del turco, todas las personas querían participar. Hasta Mercedes, la chismosa, asistió más por curiosidad que por bailar. Allí, en medio del bailoteo, se encontró con Rodrigo Murcia, el mensajero que, después de llevar más de un expediente diario a la oficina de correos, asistía a la parranda cada noche. Rodrigo la miró de reojo y le ofreció un

pequeño baile. La chismosa, que no aceptaba baile distinto al de las alabanzas en la eucaristía, respondió con un tímido: “¿Será?”.

Muchos años después, serían parte del chisme más grande e inimaginado en el pueblo, tan grande que borró por completo el rumor sobre José y sus correrías. Mercedes y Rodrigo se casaron clandestinamente; él dejó a su antigua enamorada en la puerta de una finca de la vereda La Concepción y nunca volvió por ella. Con Mercedes formó su nuevo amor: la familia Murcia, la más numerosa del pueblo, origen de chismes que hasta hoy superan los del turco Fayad.

Una vez terminada la parranda, José Fayad y sus paisanos quedaron como unos reyes. Incluso en la misa del domingo se mencionaba que había sido una bendición de prosperidad para el pueblo. “Dales pan, vino y entretenimiento, y el pueblo estará agradecido”, decía el párroco, quien en su casa también recibió un bocado del festín. Fayad anunciaba que quería casarse con Juanita, pero la gente daba poca importancia a la viuda; solo pensaban en lo buena que sería la fiesta de aquella unión. Salcedo, el alcalde, y su ala burocrática conservadora fueron los únicos que mantuvieron distancia de la casa de José Fayad.

En el apaciguo de la fiesta, Fayad descubriría su segundo gran golpe emocional y amoroso. Esta vez Juanita no se enamoraba de otro hombre, como lo había hecho Elena: se enamoraba de la vida porque la muerte comenzaba a rondarla. Juanita cayó en cama en aquellos días de mediados de junio de 1925, justo cuando José debía dirigirse a la oficina de correos a pagar la diligencia para que su expediente llegara a manos de la gobernación. Sin embargo, nunca lo tuvo en cuenta, porque desde que Juanita enfermó él se consagró a sus pies y se olvidó por completo del proceso.

Fayad recurrió a la medicina más avanzada del país. Esta se encontraba en Bogotá, y habló con su amigo, el ilustre médico Zoilo Cuéllar, para que llevara el caso de Juanita. Así lo

hicieron y, durante el resto del año, ella se sometió a exámenes que buscaban determinar su padecimiento. Para ello debía viajar con frecuencia a Bogotá, pero aquellos viajes solo deterioraban más su salud. La ciudad era demasiado fría y no la dejaba respirar con facilidad.

Su enfermedad estaba relacionada con la peste blanca —más tarde conocida como tuberculosis—, lo que generó que su deterioro fuera considerable. El año de 1925 para José Fayad y su enamorada transcurrió entre las rondas que hacía la muerte en torno a Juanita y los negocios que crecían hacia el interior del país. El circuito comercial se fortalecía, pero José estaba profundamente angustiado. Esa angustia creció aún más cuando, en vísperas de Navidad, recibió una carta de su hermano Salomón: solicitaba con urgencia su presencia en Cartagena, pues había fallecido un pilar y ejemplo para todos los migrantes sirios, libaneses y palestinos, el señor Mebarak.

Cuando la muerte decide rondar, ronda con tanta malicia que arrebató la vida de varios al tiempo, en simultáneo. Pareciera que los relojes se alinearan y que el tic tac se enamorara del fin, del silencio, de aquello que dignifica y da sentido a la existencia.

—¡Maldita seas, muerte, que no has acabado conmigo!—, reflexionaba José en su profunda decepción, dolido por el deterioro de su amada y por la partida de un amigo.

José emprendió su viaje a Cartagena completamente solo; Juanita, por las condiciones agrestes del trayecto, no podía asistir al pésame de los Mebarak. El sirio llegó a Honda y descendió por el Magdalena. Una semana tardó en arribar a Cartagena: el viaje había sido rápido gracias a los barcos con motor que ya comenzaban a surcar el río. Como venía a favor de la corriente, empleó mucho menos tiempo que cuando debía enfrentarse a ella. Al llegar, abrazó a su hermano. Ambos, a diferencia de su último encuentro en el umbral del comercio años atrás, cuando José recién había llegado, se miraron en los rostros el peso del tiempo y de la costumbre.

Ya no vestían camisas de algodón: ahora usaban traje o guayabera, según la ocasión. Su hermano le comentó que el entierro ya había tenido lugar, pero que se preparaba el novenario, al que asistirían muchos paisanos venidos del interior y de otras regiones del país.

—Qué extraño, en siria enterrábamos a nuestros muertos bañados y limpios, aquí pretendemos limpiarlos con oraciones durante nueve días— Afirmó José

El día del evento llegó, y ninguno de los paisanos —aunque algunos ya se habían convertido desde el islam y otros provenían del maronitismo cristiano— sabía rezar el rosario en español. Los locales llevaron la voz durante el novenario, mientras los inmigrantes seguían, al ritmo de la repetición, las oraciones a María.

—Quién iba a pensar que don Mebarak, un cristiano convertido, sería enterrado tan lejos de su santa tierra —exclamó en voz alta uno de los empleados de su comercio.

José, ante tanta presión cultural, cedió a su instinto de inmigrante y se apartó a fumar tabaco lejos de los rezos. Se ocultó en una especie de bar cercano a la casa de los Mebarak. Allí lo invadió la sensación de que alguien lo seguía; pensó que debían ser cosas del cambio de altura. El calor de Cartagena se convertiría en un frío azotador en su recuerdo cuando una mano tocó su espalda.

—Disculpe, turquito maleducado, ¿no tendrá usted candela para mi cigarro? —interrogó la voz ronca de una mujer fumadora.

—Señora, no soy turco, aunque ya me he acostumbrado a que me digan así —respondió José, dándose la vuelta.

Allí entró un helaje candente en su médula, dejándolo pasmado, con el aliento de un muerto. Aquella mujer que le pedía fuego era Elena Saleme: más vieja, sí, pero con un encanto

árabe y caribeño que solo ella podía irradiar en la región. Fayad salió del trance y le ofreció una copa, a la que Elena se negó, afirmando que estaba casada y que sería de pésimo gusto aceptarla. Caminaron entonces un rato por las calles de Cartagena. Pasaron por la calle de los turcos, y Fayad recordó sus primeros días en la ciudad. Elena le hablaba del ascenso comercial que los Char habían alcanzado en Lorica, y de la guerra cazada que se venía entre ellos y sus propios familiares. Mucho tiempo después —recordaría Fayad—, uno de aquellos Char mataría a un Saleme en plena fiesta del Club Social Turco de Lorica. La enemistad fue tanta que los Char terminaron huyendo hacia Barranquilla, donde volverían a levantarse en el comercio.

Fayad le comentó a Elena sobre su romance con Juanita y la tristeza de verla en ese estado. También le habló de su tortuoso caso de naturalización y recordó que llevaba ya cuatro meses sin recibir respuesta alguna del ministerio. El encuentro fue interrumpido por Sánchez, el esposo de Elena. Justo antes de que apareciera, Fayad había alcanzado a evocar aquellas vísperas navideñas en que escribió infinidad de cartas, recuerdos que se desvanecieron con la irrupción del hombre que, en su memoria, parecía un ladrón de su amada pasada.

—Y pensar que la muerte ahora es la ladrona —reflexionó Fayad, mientras intentaba mostrar la mejor actitud ante la presentación que hacía Elena de su esposo.

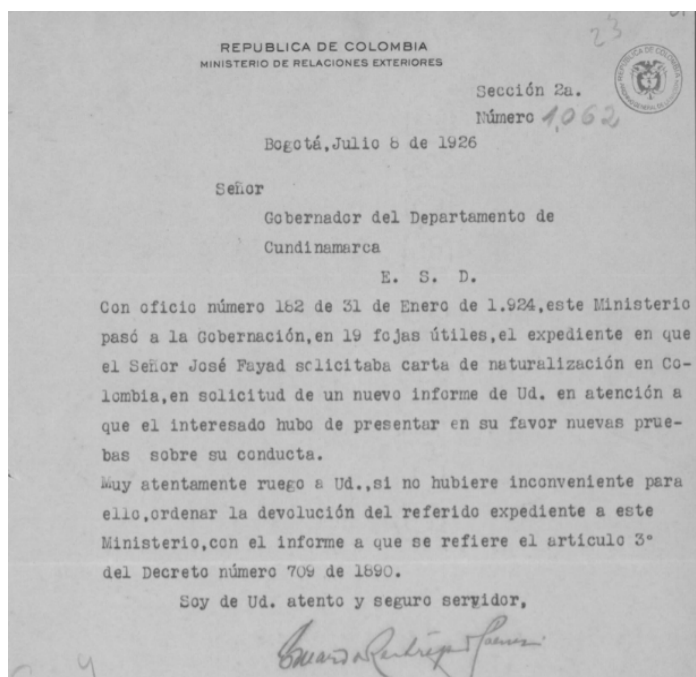
Fayad regresó a Tocaima para pasar el fin de año con su amada. Su hermano Salomón, antes de la partida, le expresó cuánto hacía falta en el Caribe; pero Fayad ya se consideraba un hombre de montaña. Terminaba el año y, con él, se daba la bienvenida a 1926, uno de los años más desastrosos para Fayad.

En enero le preguntó a su abogado Posse qué sucedía con la solicitud de su carta de naturaleza. El abogado se comunicó con el Ministerio de Relaciones Exteriores, y este,

descaradamente, respondió que no sabía nada del caso. No tenía en su poder ni las declaraciones solicitadas con anterioridad ni el concepto de la Gobernación.

Manos a la obra el 8 de julio de 1926 el ministerio redactó una carta a la Gobernación:

Ilustración 29. Carta del ministerio a la gobernación de Cundinamarca, expresando que no se ha devuelto el expediente con el adjunto de las pruebas.



Fuente: Archivo General de la Nación (1926)

El secretario de la gobernación se extrañó al recibir nuevamente el caso Fayad en el despacho y mando a revisar los archivos para determinar qué había ocurrido con el caso Fayad, en primera instancia no encontraron nada. Esa fue la respuesta que dieron al ministerio de relaciones exteriores el 23 de julio del mismo año 1926. Pero, no contentos con esto, le pidieron el favor a Lucia Ventinovolt, la encargada de correspondencia, para que validara el paradero del Archivo fayad. A lo que responde con su propio puño y letra que:

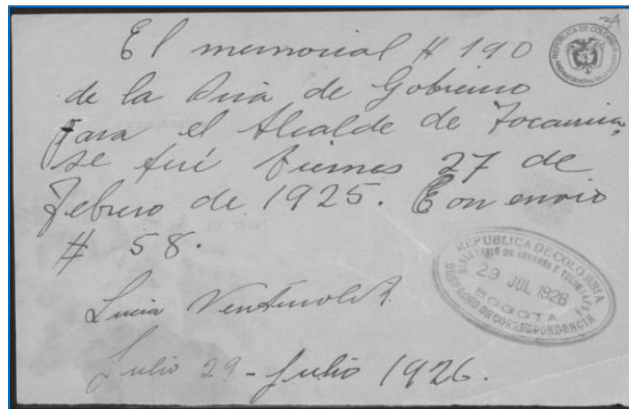
“Aquel memorial se marchó de la correspondencia de la gobernación el día 27 de febrero de 1926 y a partir de ese momento no ha regresado para ser aprobado u

denegado por el gobernador.”

—Lucia Ventinovolt.

27 de febrero 1925.

Ilustración 30. Carta de la encargada de correspondencia Lucia Ventinovolt



Fuente: Archivo

General de la Nación

(1926)

Fue así como toda la responsabilidad recayó en Tocaima, a donde la Gobernación envió una carta solicitando novedades sobre aquel archivo. Fayad, como todos los meses de aquel año, se hallaba alentando la enfermedad de Juanita cuando, de repente, una mañana de agosto recibió la visita de Rodrigo, el mensajero. Llegó agitado y le dijo:

—Señor José Fayad, he cometido un grave error: olvidé recordarle el pago de la diligencia. Lo he archivado... he archivado su caso. Necesito que, por favor, se presente en la oficina de correos para poder enviarlo con prontitud.

—¡Rodrigo! Que Alá te perdone. ¿Dónde quedó tu profesionalismo? Andabas de enamoradizo con Mercedes y bebiendo en la parranda... y ahora has retrasado considerablemente mi proceso. Sabes bien que quiero casarme con Juanita cuanto antes.

Ese mismo día de mediados de agosto, Fayad se encargó de pagar el envío de la diligencia a la administradora de correos, Belén de la Torre, y reafirmó que con la mayor rapidez se la hicieran llegar al gobernador. Luego regresó a casa, donde Juanita lo esperaba.

—¿Estás enojado por lo que sucedió, José? —le interrogó Juanita, acostada en la cama.

—Me siento indignado. Todo me ha salido mal con la naturalización: no he podido cumplir la promesa de casarnos y temo que no estés en este mundo terrenal cuando al fin pueda cumplirse.

—Debes prometerme que terminarás la diligencia. Eso te permitirá muchos beneficios civiles en este país, entre ellos tus aspiraciones con los liberales de la capital... al menos para que puedas votar. Tu esencia es rebelde; recuerda lo que me contabas de cuando eras joven en el puerto de Beirut.

Fayad esbozó una leve sonrisa, que pronto se transformó en una diminuta gota resbaladiza filtrada por su mejilla.

—Juanita... te amo.

El 30 de agosto de 1926 el secretario de Gobierno de Tocaima expidió una carta a la Gobernación, excusándose por el malentendido de uno de sus empleados y adjuntando con ella el memorial —hasta ese momento perdido— de José Fayad. En septiembre de ese mismo año, el gobernador leyó las declaraciones juramentadas y, además, brindó un concepto favorable para que se le otorgara la carta de naturaleza a Fayad. Todo marchaba bien para el sirio... hasta que sucedió la tragedia más anunciada por el pueblo.

Juanita: la viuda de un militar caído en la Guerra de los Mil Días; primero dignísima esposa y luego moza del pueblo. Aquella enamoradiza mujer que brindó su amor incondicional a un hombre de tierras lejanas; la que robó el corazón de José, un corazón roto y parco; la que,

finalmente, logró ser la novia del turco comerciante del pueblo. Esa misma Juanita dejó el mundo un 13 de septiembre de 1926. Su muerte fue lenta, casi eterna. En sus últimos minutos aullaba de pena y suplicaba a Dios que se acordara de su alma. Fayad la vio morir en la cama en la que llevaba meses empotrada. Juanita no tuvo fuerzas para la dignísima tarea de cerrar los ojos cuando su enamorado, desde el umbral de la puerta, la observaba. Algunos asistentes afirmaron que pronunció sus últimas palabras en un idioma incomprensible. Muchos católicos aseguraron que el diablo tentaba en los últimos momentos y hacía hablar en lenguas extrañas. Muchos años después, Fayad explicaría en una carta a su hermano que Juanita le había hablado en el árabe más enredado que un casi difunto puede pronunciar.

Mientras que la posibilidad de casarse con su reciente amor fallecido llegaba a manos del ministerio de exterior. Fayad, paralizado en un llanto frívolo, ensimismado en el calor violento de su natal Damasco. Inhalando el aire salino del Atlántico de la proa del barco que trazaría su destino. Se desplomó en el marco de la puerta, las señoras empleadas de su casa lo auxiliaron. Fayad, estaba en un limbo incesante, recordando todo lo ocurrido hasta ese momento, su viaje, su casa de niños, el tarbush, la música, la comida de su tierra. Al levantarse ordenó que lavaran en agua de rosas el cuerpo de la difunta y le colocasen el mejor vestido del pueblo. Al estilo Sirio quiso en principio enterrar a su amada.

Al velorio asistieron todos los paisanos cercanos de José, y fue la primera vez que se escuchó a un turco orar el rosario con tanto fervor y elocuencia. Desde el momento en que Juanita murió, José Fayad decidió mudarse a Bogotá. El frío de la ciudad no solo le recalcinó los huesos: también instaló en su psique una tristeza profunda que lo llevó a desinteresarse por completo de su caso.

Tan grande fue su distracción en sí mismo que comenzó a delirar contra sus propios paisanos, afirmando que deseaban quitarle los negocios y sus conexiones con el Caribe. En su apartamento solo permitía la entrada a liberales canonizados y se alejó por completo de Tocaima, hasta el punto de pedir que el cuerpo de Juanita fuera trasladado a Bogotá.

El enclaustramiento fue tan fuerte que le solicitó a Posse, su abogado, que no le diera ningún tipo de información acerca de su proceso. Y, sin embargo, el proceso marchaba de maravilla: en la comisión de octubre de 1926, el Ministerio de Relaciones Exteriores aprobó su carta de naturalización. Solo faltaba que Fayad agendara una cita de juramento con el alcalde, para así jurar su naturaleza colombiana y renunciar a la siria. Pero aquella reunión no ocurriría sino hasta dos años más tarde.

Transcurrió el tiempo, que no perdonó la melancolía del turco y comenzó a teñir de blancura sus canas. Aquella vez en que descubrió que la tristeza envejecía los cuerpos más rápido estaba solo en su habitación. Había tomado la mala costumbre de no afeitarse con frecuencia y dejaba crecer una densa barba negra. Asumía el ritual de no afeitarse como parte de su rebeldía. Muchos años después, en Cuba, un joven llamado Fidel tomaría las mismas medidas. Entró al baño y, al mirarse en el espejo, comprobó que veía en él el rostro de la melancolía. Inspeccionó sus canas y se encontró cansado: el filo de su navaja jugaba con su yugular, tentado de no hacerse daño. Aunque pensó terminar el juego y sangrar sobre el lavabo, eligió la vida y, con ella, terminar lo empezado. Fue así como decidió llamar a su abogado y pedirle encarecidamente que finalizara el proceso de naturalización. Su abogado puso en marcha las diligencias para agendar una cita con el alcalde.

Fayad había pasado dos años encerrado; solo salía para reunirse con sus socios y revisar la contabilidad de algunos negocios. La política dejó de interesarle con el tiempo, aunque seguía

considerándose un liberal radical. Nunca imaginó Fayad que, muchos años después, tendría un sobrino guerrillero y, menos aún, otro escritor.

No volvió a fijarse en muchacha alguna; aunque, cruzando la acera, se encontrara con todas las mujeres de su vida —incluso con su madre, nunca mencionada en esta crónica pero siempre arraigada en su memoria—, no se permitió un nuevo amor. Se mantuvo en correspondencia constante con su hermano y desarrolló un gusto inesperado por la literatura. Aunque dominaba el español, jamás se había atrevido a leer un libro completo en este idioma. En eso estaba, en medio de su lectura, cuando Posse le notificó que la cita con el alcalde estaba finalmente agendada.

Era 1929 cuando un hombre de traje gris, en paño fino y con bigote espeso, se dirigía al señor alcalde de Santa Fe de Bogotá, Gabriel Serrano Camargo.

—Sí juro: renuncio a mis leyes natales y a todo lo que me vincule con mi país. Juro respetar y cumplir la ley de Colombia —mencionaba, con la mano levantada, don Fayad.

Le tomó 19 tortuosos años ser natural colombiano y pronunciar sus palabras de compromiso en juramento: años en los que don Fayad se alejaría de las murallas y del abrazo cálido de aquel enero de 1899; 365 días que se multiplicaron con sevicia ante la incertidumbre de las audiencias; millones de segundos en los que anhelaba liberar su carga mediterránea, su recuerdo otomano, y declararse un ciudadano colombiano.

Al terminar la audiencia y salir con la carta de naturalización en la mano, no pudo contener un par de lágrimas que se disolvieron en el frío pavimento de la ciudad, recordando aquel mes de septiembre de 1910, cuando inició esta travesía aún en Cartagena, con once años en Colombia.

El ahora viejo Fayad llegó a su casa y quemó todas sus cartas, y con ellas, toda su memoria. Desechó en el olvido su pasado y decidió empezar de nuevo, enhebrando sus pasos con la ciudad de Bogotá. Lo que no sabía nuestro querido Fayad era que su caso había sido archivado, y no era para menos, tratándose de uno de los casos más amplios en el asunto de la naturalización. El viejo Fayad murió —no se sabe cuándo ni cómo—, pero su historia fue descubierta entre polvos viejos y cajas escondidas, y llegó a las manos del recuerdo para exponerse, por medio de este formato, y dar nuevamente vida a José Fayad y a su familia.

Eso es lo maravilloso de la escritura y de la historia, para ustedes, amigos lectores.

CAPITULO 4: SISTEMATIZACION DE LA EXPERIENCIA DE FORMACION EN INVESTIGACIÓN

Una de las frases que más suelo repetir en mi vida cotidiana pertenece a Octavio Paz: «aprender a pensar es aprender a dudar». Desde que la escuché, intento ponerla en práctica. Para seguir existiendo —como diría Descartes— me mantengo dudando: de mí mismo, de mis palabras, de lo que escribo y de aquello que manifiesto en cualquier ámbito de mi camino.

Cuando decidí ser profesor de humanidades, ingresé a la carrera con un mar de dudas y con la única certeza de que, dadas las circunstancias que atravesaba, podía desertar en cualquier momento. El camino fue duro: estuvo marcado por la precariedad, por días sin desayunar ni almorzar y por esas pocas monedas que llevaba en la maleta y que a veces terminaba gastando en un cigarrillo, que con cada bocanada me recordaba que debía seguir adelante.

Así transcurrieron mis semestres: entre libros que me enseñaron más de lo que imaginé y que terminaron moldeando mi vida para siempre, y entre la crítica a otros autores que, aunque habían sido inmortalizados por los maestros, a mí me resultaban obsoletos y poco conectados con la realidad actual. De allí nació también mi lado inconforme y, combinándolo con las dudas que siempre me acompañaban, el resultado fue una frustración que parecía no tener fin.

Los semestres avanzaron hasta llegar al momento de presentar un trabajo de grado que demostrara mi competencia investigativa y mi capacidad para desenvolverme en la escuela. No

encontraba ningún tema estrictamente educativo que me despertara verdadera curiosidad, así que decidí buscar en los cajones más antiguos de mi memoria y desempolvar las dudas que llevaba acumulando desde la niñez. En ellas encontré el germen de mi investigación.

Recordé al niño criado por sus abuelos, oyente fiel de historias que parecían fábulas, y me detuve en una de ellas: la de Mayito Saleme, quien hablaba de su padre como si se tratara de un prócer. Su relato me recordaba al de mi abuelo cuando contaba sobre Gaitán y el Bogotazo. Entonces escarbé más profundo y descubrí que también era nieto de descendientes libaneses. Aquella duda —cómo llegaron, cómo lograron establecerse en el Caribe y convertirse en una fuerza comercial y política tan influyente— se convirtió en una obsesión.

Comencé a entrelazar mis recuerdos con los textos académicos que intentaban explicar el fenómeno migratorio, y poco a poco empezó a construirse una historia en mi cabeza. Aprovechando la oportunidad que ofreció la clase de Didáctica de la Historia, en la que debíamos escribir un breve informe sobre un tema histórico que nos motivara, decidí hacerlo sobre Lorica y sobre mi abuela Mayito. Ese informe, titulado *La Lorica turca: una colonia árabe en el Sinú*, fue el primer indicio claro del nacimiento de este trabajo de investigación.

Una vez entregado el informe, me quedó una profunda sensación de insatisfacción. Sentía que había mucho más por contar, que la historia no podía parecer tan sencilla; que cruzar Gibraltar y luego el Atlántico debía haber sido una aventura casi épica, algo más cercano a los relatos de Marco Polo o, mejor aún, una huida desesperada de piratas. No podía ser tan simple como lo había planteado, y las pocas fuentes secundarias que consulté para su elaboración también lo hacían ver así.

Fue entonces cuando decidí estudiar las migraciones sirias, libanesas y palestinas en Colombia. Presenté el tema como propuesta de investigación y la maestra Marlene mostró interés

en dirigirlo. Sin un horizonte claro, sin saber por dónde empezar y entendiendo muy poco de investigación histórica, inicié este camino. Lo primero que hice fue encerrarme una semana a leer todo lo que encontrara sobre migrantes árabes en Colombia y, para mi sorpresa, hallé muy pocos trabajos sobre el tema. Luego tuve que obligarme a delimitar la investigación y, con lo que había leído, comprendí que la primera y más importante oleada migratoria había llegado a finales del siglo XIX e inicios del XX.

Con la temporalidad y el enfoque definidos, debía realizar un estado del arte que me permitiera identificar vacíos investigativos. Sin embargo, mientras avanzaba, también debía decidir si quería o no ir a la escuela. La maestra me comentó que existía la opción de hacer investigación histórica pura, con la condición de entregar un producto útil para la pedagogía. Con esto en mente, volví a interpelarme desde el niño que fui y me pregunté: ¿qué historia quiero contar?, ¿qué historia habría querido escuchar? Mi niño interior guardó silencio. No supo qué responderme.

Entonces le conté todo a quien era mi novia en ese momento, y hoy es mi compañera de vida. Ella, con su sabiduría tranquila, me regaló un libro de Luis Fayad (2000) titulado *La caída de los puntos cardinales*. La obra narraba la historia de dos migrantes libaneses que llegaban a Colombia y construían aquí una vida entera. Recuerdo haber devorado el libro en un par de días y decirle a Daniela que leer esa historia desde la literatura había sido muchísimo más inspirador que cualquier trabajo académico que hubiera leído.

Así decidí que, si iba a contar una historia, debía dotarla de humanidad, y no existe un recurso más humano que la literatura. La propuesta comenzó a tomar forma mientras leía obras que usaban la crónica para narrar procesos históricos. Me acerqué a *El anatomista*, de Federico Andahazi (1997), y a *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg (1976). Noté una particularidad

en ambos libros: relatan la historia desde un sujeto concreto. Andahazi lo hace desde Mateo Colón, un anatomista del Renacimiento, y Ginzburg desde Domenico Scandella, Menocchio, un molinero del siglo XVI. No solo narran los acontecimientos que viven sus protagonistas, sino que reconstruyen los escenarios donde se desarrollan sus vidas, todo a partir de fuentes históricas.

Recuerdo pensar que algo así quería hacer yo, aunque aún no sabía quién sería mi Mateo Colón o mi Menocchio. No imaginaba que aparecería tiempo después.

Le comenté a la maestra mi propuesta de escribir algo relacionado con las migraciones, pero desde los sujetos. Quería centrarme en las relaciones interculturales entre los migrantes y los locales, construir una historia que ampliara la lupa sobre las investigaciones existentes. Ella me sugirió entonces ir al Archivo General de la Nacional.

Pero antes de hacerlo, debía tener una “lupa” que me ayudara a saber en dónde podía encontrar la historia que quería contar. Y la encontré en el trabajo de Basmagi sobre su abuelo, donde mencionaba folios de casos archivados sobre cartas de naturalización de migrantes asentados en la ciudad de Bogotá. ¿Cartas de naturaleza? Lo primero que vino a mi cabeza fue una maraña de árboles y selva, pero jamás imaginé que se tratara de una especie de trámite para adquirir la nacionalidad colombiana. Así que le pase la información a la maestra y nos fuimos a buscar las tales cartas de naturaleza.

Recuerdo la primera vez que fui al archivo. Fue en el marco de un taller que había organizado la Línea para enseñarnos a hacer consultas de fuentes primarias. Mi ritmo crónica bailaba al ritmo del polvo que emanaban los documentos de prensa relacionados con Camilo Torres. Así que cuando fui por segunda vez, ya con el objetivo de investigar algo que me diera luces sobre el camino a seguir, todo se sintió distinto. Recuerdo que la profesora Marlene me

esperaba afuera; la tarde estaba brillante y el sol pretendía regalar un buen día sobre los cerros. Ella leía, y al verme interrumpió su lectura. Con un saludo muy propio de ella —de los más bogotanos que he conocido— me dijo: “¿Qué hubo?”. Luego entramos al archivo. La maestra me había comentado que había enviado un correo para que nos tuvieran lista la información sobre las cartas de naturaleza. Así que, por fortuna, ese día no me iba a dar tanta estornudadera.

El clima del archivo era muy diferente al de la primera vez. En esta ocasión había menos gente, pero todos estaban concentrados revisando documentos, intentando quizá dar luces a sus propias investigaciones. Yo era el más joven, y no lo menciono por pretencioso, pero la mayoría de quienes estaban en la sala ya vislumbraban canas en las sienes. Pensé entonces que quería llegar a esa edad y estar como ellos: contemplando los documentos, dejándose absorber por la imaginación, viajando al siglo XIX y haciendo intervalos con el XXI cuando revisaban mensajes de texto en el celular. La maestra me dirigió a la zona de consultas y me enseñó a buscar fuentes en los libros dispuestos para ese fin. Me quedé fascinado con ese mecanismo de consulta en papel, en una época tan digitalizada, y por un momento sentí que estaba en otro tiempo. Luego, un señor nos condujo hacia unos computadores cuyos teclados daban muestras de uso y abuso. El funcionario me explicó que en una de las carpetas estaban los documentos de cartas de naturaleza, y luego se apartó.

La maestra, siempre tan eficiente, vio mi cara de sorpresa cuando apareció un chorrero de carpetas que contenían casos de cartas de naturaleza, y me facilitó una memoria color rojo que aún conservo. Lo primero que hice fue guardar los documentos en la memoria e ir revisando por encima algunos. Hasta que me detuve en la carpeta AGN.AO.100.MRE[37]-1.208..26.403, cuyo contenido eran sesenta y siete folios. Me llamó la atención de inmediato la extensión del caso, pues los que ya había revisado no tenían más de veinte folios. Entonces me dediqué a echarle un

vistazo rápido y, desde el momento uno, me cautivó. Descubrí rápidamente que la historia aludía a un tal Fayad, que había sido acusado de amancebamiento público, lo que me pareció garciamarquesco, y pensé que estaba leyendo una novela.

El caso Fayad, a primer vistazo, me hizo plantear ciertos objetivos en la cabeza, relacionados con los procesos de carta de naturaleza de los migrantes levantinos y con el papel de la Iglesia en la emisión de conceptos favorables. Emocionado por tener un horizonte un poco más despejado, recuerdo que me levanté de la silla y dije: “¡Encontré a mi Domenico Scandella!”. Le mencioné, muy emocionado, el caso a la profe, quien se encontraba revisando algunos asuntos en el área de consultas. Ella me dijo que leyera completo el caso, pero también otras fuentes en la Luis Ángel Arango, que me permitieran entender las dinámicas cotidianas por donde se movían estos procesos de naturalización. Sabio consejo me dio la maestra, como la mayoría de los que solía darme. Fue así que llegué a mi casa y empecé a leer el archivo con detenimiento.

Hasta la fecha en que escribo esto, he leído quizás más de diez veces el archivo Fayad; creo que podría comentarlo de memoria. La primera vez que lo leí completo pensé que a ese cuento le hacía falta un pedazo, y que ese pedazo podía encontrarlo en la prensa. Así fue como emprendí una búsqueda que me tomó meses, analizando periódicos relacionados con el Caribe y revisando sus páginas en busca de alguna mención a los libaneses, sirios, palestinos o “turcos”, como solían llamarles. Y descubrí algo aún más interesante: el Caribe estaba plagado de migrantes de todo el mundo.

Comencé entonces a imaginar la Cartagena de finales del siglo XIX; revisé fotos del puerto, de su gente, de lo que vendían, de lo que se compraba. Empecé a viajar en el tiempo a través de las fuentes y, cuando menos me di cuenta, estaba a finales del siglo XIX, esperando un

barco de la naviera francesa en el puerto de Cartagena, esperando a que llegara José Fayad. Fue entonces cuando se instauró una idea en mi cabeza: quería contar la historia de Fayad a través de una crónica histórica. Así, el cuento podría estar completo, uniendo sus piezas desde las fuentes primarias y secundarias.

Le comenté la idea a la profesora y, aunque mencionó que sería un trabajo difícil, la aceptó. De inmediato me propuso que comenzáramos a revisar un marco teórico que sustentara la utilización de la crónica histórica, no solo metodológicamente, sino también como un lugar teórico válido para narrar la historia. Fue así como comencé a revisar los textos leídos en mi clase de Teorías y métodos de investigación histórica, y me encontré con Burke y su libro *Otras formas de hacer historia*, precisamente con el capítulo “El renacimiento de la narrativa”. Empecé de inmediato a leerlo y a estudiarlo.

Luego, en una conversación casual con el profesor Pablo Nieto, me sugirió que leyera a Walter Benjamín, y quedé encantado con su texto *El Narrador*; por eso, siempre estaré agradecido con el profesor. También revisé teóricos desde la literatura para realizar la fusión indicada, y entre ellos encontré a Ordóñez.

Con todos estos teóricos leídos, inicié la escritura de mi marco teórico. A medida que avanzaba, se hacía cada vez más evidente la necesidad de narrar la historia con sentido humano, con poder narrativo, de contar la historia desde la crónica. Tuve que detenerme unos días en Walter Benjamín para poder argumentar teóricamente que la fusión entre el narrador sedentario y el narrador viajero da origen, en últimas, al narrador contemplativo.

Me explico: para llegar a un estado de contemplación se requiere de la memoria y de la imaginación. Ambas dialogan entre sí. Si el texto que lee el sedentario logra interpellarlo, de inmediato se transporta a los lugares recorridos y comienza a transformarse en viajero. Pero solo

alcanza el estado contemplativo cuando logra fusionar ambas dimensiones: las fuentes que está leyendo —que posibilitan y estimulan sus recuerdos— y la imaginación, que lo impulsa a narrar sin miedo desde lo propio y lo ajeno.

¿Por qué contemplativo? Porque la contemplación alude a un estado de reflexión profunda. El narrador contemplativo no pretende escribir con fines exclusivamente académicos, aunque se nutra de ellos; tampoco busca narrar sin fundamento la historia que ha construido el viajero. Su propósito es otro: atreverse a plasmar la historia desde un relato lleno de vida, con aristas humanas, pero sostenido en vértices historiográficos.

Con el marco teórico realizado, solo quedaba demostrar, a través de la crónica histórica, la funcionalidad del narrador contemplativo. Así fue como inicié: no desde el Caribe, como la mayoría de trabajos que había leído al respecto, sino desde Damasco y Beirut. Salomón Fayad fue el primer personaje que apareció en la crónica, dado que fue el primero en llegar a Colombia y, además, hermano de José, nuestro personaje principal. Lo más difícil al construir un personaje era dotarlo de personalidad. ¿Cómo pensaban? ¿Cómo hablaban? ¿Cómo era su carácter? ¿Cómo eran físicamente?

Imaginarlos, en un inicio, antes de tomar el barco, fue un trabajo complejo. Sobre todo, desarrollar los personajes y otorgarles madurez sin que perdieran la esencia del comienzo del relato.

Pero definitivamente lo que más me costó en la realización de la crónica fue jugármela con la frustración al momento de sentarme a escribir. Esta fue una crónica que elaboré a lo largo de aproximadamente un año, en el que iba leyendo el caso y, al mismo tiempo, lo iba insertando dentro del relato. Cuando volvía, después de un tiempo, a revisar los primeros párrafos, me sentía como quien regresa a un lugar que habitó durante mucho tiempo y dejó de habitar: me

invadía la nostalgia y dejaba de gustarme lo escrito. Ya no me parecía convincente y, en más de una ocasión, llegué a borrar la página entera. Escribir desde la investigación, integrando la interpretación con el estilo creativo, resultó ser una tarea tan apasionante como compleja.

Mirando hacia atrás, comprendo que este proceso no solo me llevó a escribir una crónica histórica, sino también a encontrar una forma distinta de mirar la historia. El archivo, los libros, las conversaciones con los maestros y las largas horas de lectura fueron, en realidad, estaciones de un mismo viaje: el de aprender a narrar. Descubrí que investigar no consiste únicamente en acumular datos o seguir un método, sino en entender la vida que late detrás de los documentos. Las cartas de naturaleza, que en un principio me parecían simples trámites, se transformaron en puertas hacia mundos humanos, llenos de voces, conflictos y esperanzas.

El narrador contemplativo —esa fusión entre quien viaja y quien recuerda— se volvió la brújula de mi escritura. Me permitió habitar la frontera entre historia y literatura, entre la rigurosidad del dato y la libertad del relato. Comprendí que la historia no pierde su validez cuando se narra con sensibilidad; al contrario, recupera su humanidad.

Con este capítulo cierro un ciclo de aprendizaje en el que teoría, archivo y narración dejaron de ser ámbitos separados. La crónica histórica de José Fayad se convirtió así en el escenario donde todo lo aprendido tomó sentido: el lugar donde la investigación se hizo experiencia, y la experiencia se transformó en palabra.

CONCLUSIONES

La investigación que da origen a esta crónica histórica demuestra que narrar la historia desde el sujeto es también una forma de producir conocimiento. El caso de José Fayad permite comprender las migraciones sirio-libanesas y palestinas no como cifras ni como episodios marginales, sino como procesos humanos, atravesados por decisiones, miedos y esperanzas. En esa mirada se evidencia que la diáspora levantina en Colombia, más allá de su huella económica o política, fue un ejercicio cotidiano de reconstrucción de identidad y de adaptación cultural que aún pervive en la memoria colectiva de las regiones del Caribe y del interior.

Desde el punto de vista metodológico, el trabajo valida la crónica histórica como un recurso legítimo para la investigación en historia y en educación. La fusión entre fuentes documentales y narración literaria, sustentada en la figura del narrador contemplativo, permitió aproximarse a la experiencia migrante con sensibilidad y rigor. La historia, narrada desde la emoción y el archivo, recupera su dimensión humana y, con ello, su capacidad de interpelar al lector. El cruce entre historia y literatura no diluye la verdad del acontecimiento, sino que la amplía, integrando memoria, imaginación y verosimilitud.

En el plano teórico, el diálogo con autores como Burke, Benjamin y Ricœur posibilitó una comprensión profunda del acto de narrar como forma de conocimiento. A partir de ellos, la

tesis plantea que la historia puede escribirse desde la duda, desde la conciencia de que toda interpretación es también una búsqueda de sentido. La categoría del narrador contemplativo sintetiza esa posibilidad: la de quien investiga y, al mismo tiempo, se deja afectar por lo que descubre. En cuanto a lo formativo, la experiencia dentro de la Línea de Enseñanza de la Historia (LIEH) me permitió reconocer que investigar es, ante todo, un acto pedagógico. Cada fuente consultada, cada hallazgo y cada página escrita fueron también aprendizajes sobre cómo enseñar y cómo aprender historia. La práctica investigativa, asumida bajo la modalidad “I” del Acuerdo 146 de 2021, me condujo a reflexionar sobre mi propio proceso como docente en formación, sobre la importancia de divulgar el conocimiento histórico en lenguajes accesibles y creativos, y sobre el poder de la narrativa para despertar sensibilidad histórica en otros.

En síntesis, esta tesis es el resultado de un recorrido personal y académico que une el archivo con la memoria, la teoría con la emoción y la historia con la palabra. Narrar a José Fayad fue también narrarme a mí mismo como investigador y maestro en formación, comprendiendo que la historia no solo se enseña: también se vive, se duda y se cuenta.

BIBLIOGRAFÍA

- Basmagi, S. (2019). *Migración sirio-libanesa en Colombia, Brasil y Argentina a finales del siglo XIX y principios del siglo XX: exposición y análisis desde las teorías migratorias* [Tesis pregrado, Universidad de Antioquia]. <http://hdl.handle.net/10495/15603>
- Beggiani, S. (s. f.). *Aspectos de la historia maronita (Parte diez) El siglo XIX*. Eparquía de San Marón de Brooklyn. <https://www.stmaron.org/marhist/part10>
- Benjamín, W. (1991). *El narrador* [Digital]. Roberto Blatt. <https://periodismo.uchile.cl/talleres/teoriacomunicacion/archivos/narrador.pdf>
- Burke, P. (1996). *Formas de hacer Historia* (2.ª ed.). Alianza Editorial. <https://historiacaride.wordpress.com/wp-content/uploads/2016/05/burke-peter-formas-de-hacer-historia.pdf>
- Cruz, D. (2020). Historiografía y literatura: Algunas consideraciones acerca de la literatura escrita por testimonios de hechos históricos. *Poligramas*, 199-212. <https://poligramas.univalle.edu.co/index.php/poligramas/article/view/10896/13287>

- Domínguez, Ó. (2019). Comunidades sirio-libanesas en Colombia durante la primera mitad del siglo XX. *Revista Alaüla*, Vol. 6, 48-61
- Fawcett, L., & Posada, E. (1992). En la tierra de las oportunidades : Los sirios-libaneses en Colombia. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 29(29), 1-21.
- Fawcett, L. (1989). Libaneses, palestinos y sirios en Colombia. *Uninorte*, 1-27.
<https://manglar.uninorte.edu.co/calamari/bitstream/handle/10738/78/BDC17.pdf?sequence=3&isAllowed=y>
- https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/2252/2325
- Guerra, A., & Torres, C. (2022). *El papel de la comunidad Palestina en la política Colombiana Actual* [Tesis pregrado, Universidad Militar Nueva Granada].
<https://repository.umng.edu.co/server/api/core/bitstreams/7fdfe0f7-c6cb-4704-921e-ef3348d2e0b5/content>
- Kabchi, R. (1997). *El mundo árabe y América Latina* [Digital]. UNESCO.
- LaCapra, D. (2016). *Historia, literatura, teoría crítica*. Ballaterra.
- López, B., & Fernández, C. (1983). Líbano: Una federación de comunidades. Apuntes para la historia política libanesa. *Estudios Políticos (Nueva Época)*, 37, 239-271.
<https://www.cepc.gob.es/sites/default/files/2021-12/16134repne037244.pdf>
- Meneses, J. (2024). *Sirios, libaneses y palestinos en Magangué: Redes sociales y circuitos comerciales, 1900–1940* [Tesis de maestría]. Universidad de Antioquia.

Mosquera, S. (2010). *La prensa y la inmigración sirio-libanesa en Cartagena 1912-1930*

[Trabajo de pregrado, Universidad de Cartagena].

<https://repositorio.unicartagena.edu.co/server/api/core/bitstreams/35001a9b-076c-4024-ae23-2968af42f6d4/content>

Moya-Guerra, L. (2018). *Migración, negocios y familia: Las actividades económicas de los árabes en Barranquilla 1920-1945* [Tesis de maestría]. Universidad del Norte.

Ordóñez, L. (2008). Historia, literatura y narración. *Historia Crítica*, 36, 194-222.

<https://www.redalyc.org/pdf/811/81111930011.pdf>

Rhenals, A. (2013). *Del ideal europeo a la realidad árabe: Inmigrantes sirio-libaneses en el circuito comercial entre Cartagena, el Sinú y El Atrato (Colombia). 1880-1930*. [Tesis de doctorado, Universidad Pablo de Olavide].

<https://files.core.ac.uk/download/344711726.pdf>

Rhenals, A., & Flórez, F. (2009). Escogiendo entre los extranjeros “indeseables”: afro-antillanos, sirio-libaneses, raza e inmigración en Colombia, 1880-1937. *Universidad Nacional de Colombia*, 40, 243-271. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8788937>

Rhenals, A. (2022). *Más allá de la austeridad: La historia no contada de los inmigrantes sirio-libaneses en Colombia (1880-1930)* (1.^a ed.) [Impreso, Ebook]. UIS.

Ricoeur, P. (2013). *Tiempo y Narración I: Configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo Veintiuno Editores.

<https://textosontologia.wordpress.com/wp-content/uploads/2012/11/tiempo-y-narracion3b3n-i.pdf> (Obra original publicada 1985)

Salgado, S. (2024). *Migrantes árabes en el corazón de Bogotá. Crónicas sobre libaneses y palestinos* [Tesis de pregrado, Universidad del Rosario].
<https://repository.urosario.edu.co/server/api/core/bitstreams/702cdccf-28f2-440c-8cb5-f74443800720/content>

Karawi, S. (2009). *Nosotros, los colombo-árabes: las voces de la inmigración* [Tesis de pregrado, Pontificia Universidad Javeriana].
<https://apidspace.javeriana.edu.co/server/api/core/bitstreams/64ac0110-643e-4001-afe9-f79173ac0ddd/content>

Viloria de la Hoz, J. (2003). *Lorica, una colonia árabe a orillas del río Sinú* [Impreso, Ebook]. Cuadernos de Historia Económica y Empresarial.
https://www.banrep.gov.co/sites/default/files/publicaciones/archivos/chee_10.pdf

Fuentes primarias

Archivo general de la nación

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 1), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 2), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 3), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 4), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 5), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 6), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 7), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 8), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 9), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 10), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 11), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 12), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 13), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 14), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 15), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 16), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 17), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 18), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 19), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 20), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 21), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 22), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 23), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 24), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 25), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 26), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 27), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 28), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 29), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 30), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 31), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 32), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 33), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 34), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 35), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 36), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 37), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 38), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 39), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 40), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 41), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 42), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 43), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 44), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 45), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 46), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 47), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 48), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 49), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 50), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 51), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 52), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 53), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 54), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 55), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 56), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 57), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 58), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 59), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 60), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 61), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 62), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 63), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 64), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 65), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 66), Archivo General de la Nación.

Fayad, J. (1910-1929) [Proceso de cartas de naturaleza]. Documentos históricos (Reg. 1.208..26.403, folio 67), Archivo General de la Nación.

Biblioteca Luis Ángel Arango

Barranquilla . (1882, 9 junio). La Hoja Noticiosa

Barranquilla. (1899, 27 septiembre). El Clamor.

Cartagena. (1901a, julio 3). El Tiempo.

Cartagena. (1901b, julio 10). El Tiempo.

Cartagena. (1901c, julio 24). El Tiempo.